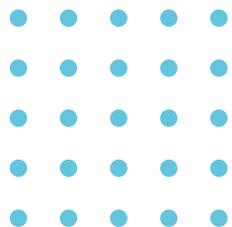




escuela virtual
HISTORIAS EN
YO MAYOR **3.0**

Tercer Heptamerón

Memorias de una cuarentena creativa



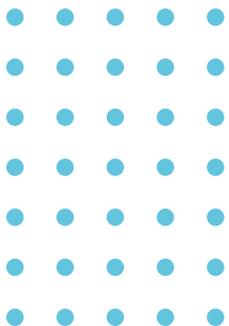
Organizan





Tercer Heptamerón

Memorias de una cuarentena creativa



Tercer Heptamerón: memorias de una cuarentena creativa
Historias en Yo Mayor 9

Organiza
Fundación Saldarriaga Concha
Fundación Fahrenheit 451

Antología, corrección de estilo y compilación
Javier Osuna, Mauricio Díaz y Sergio Gama

Equipo de Fundación Saldarriaga Concha:
Soraya Montoya González, Directora Ejecutiva
Norma Constanza Sánchez, Gerente de Operaciones
Lina María Aristizábal Durán, Líder de Educación y Formación

Diseño
Mobs Audiovisual

©Varios autores.
ISSN: 2951-3298
Primera edición digital, 2023
Anual.
Hecho en Bogotá, Colombia

Fundación Fahrenheit 451
fund451@gmail.com
www.yomayor.co
www.saldarriagaconcha.org
www.fundacion451.com

ÍNDICE

Proemio	7
 Semana primera	
El regreso	13
Jacinto	18
Hermano, dame tu mano	21
Las dos palmas y mi casa	25
La iglesia de San Felipe	29
Recuerdos de la transformación de un pueblo	32
Testigo de una historia de la historia	36
Cómo sería el dolor de la vecina Rosita	41
Extraño nombre	44
Choronara	47
Sensaciones de un confinamiento	49
 Semana segunda	
Los versos de amor	53
Elemental y mudo amor.....	57
Qué es el amor.....	61
Creador de ilusiones	63
Historia de amor	66
Al amor de mi vida	69
Carta a mi profesora Soledad	71
El reto de expresar lo guardado en los pliegues del cerebro	73
Una carta pendiente	78
Emilia	81

Semana tercera

¡Grandísima sapa... te vas a arrepentir!	85
Con cabeza fría	89
De las travesuras de mi infancia	93
Fragmentos infantiles	97
Travesuras que causaron remordimiento	100
Añoranzas de la niñez	103
La bicicleta	107
Mi infancia	109
El combés	113
La tía C.....	118
En busca de mi padre	122

Semana cuarta

Una extraña visitante	128
La casa linda que nadie quería arrendar	132
El día que me asustaron	136
El yucal o el gradual	139
Caminata nocturna	142
Historia de espantos	145
Un susto	148
Ánimas de humo	150

Semana quinta

La molienda de los compaires	154
ABC de mi niñez	158
Pedida de mano	161
Mi Bogotá	167
Mi ciudad	170
Las regiones que me vieron crecer	177

Somos viajeros del tiempo y de grandes anécdotas	181
El sanjuanero	180
Con la comida recuerdo mi terruño	189
¡Qué curioso!, los sombreritos de garbanzo	189

Semana sexta

Las aventuras amorosas de Scrappy	195
El señor Tomás	199
El gallinero	202
Gregorio y yo	205
El celoso Gallo Colorado	208
Un corcel llamado burro	211
Un increíble chasco macondiano	215
Nila	218
Garabitate	222

Semana séptima

Mi visita a la Capilla Sixtina	226
Hawái	229
Día de playa	235
Un viaje a la espiritualidad de la madre tierra	236
Ese viaje que cambió el rumbo	241
Mi viaje más grandioso	245
Una mirada	248
Gente de bien	250

Conclusiones	252
---------------------------	------------

Lista de participantes de la Tercera cohorte de la Escuela Virtual de Historias en Yo Mayor 9	253
--	------------

PROEMIO

Aquí comienza el libro llamado Tercer Heptamerón, denominado también Historias en Yo Mayor 9, en el que hay sesenta y siete narraciones, referidas en cuarenta y nueve días, durante siete semanas, por cuarenta y cinco damas y veintidós mozos.

“Y en aquella angustia tanto alivio me procuraron las afables razones de algún amigo y sus loables consuelos, que tengo la opinión firmísima de que por haberme sucedido así no estoy muerto”. La cita corresponde al célebre libro ‘El Decamerón’ de Giovanni Boccaccio, escrito en 1353, justo después de la peste negra. Para construirlo, el autor dispuso de 100 relatos que le fueron transmitidos, según sus palabras, por un grupo de diez jóvenes refugiados a las afueras de Florencia que pretendían evitar el contagio. Sobrevivieron al encierro, al menos al tedio que este les producía, contándose historias. Es decir, narrando y escuchándose el uno al otro (que no es lo mismo).

Gracias al esfuerzo de las fundaciones Saldarriaga Concha y Fahrenheit 451 y, por supuesto, al de cientos de personas mayores que integran la familia de Historias en Yo Mayor, iniciamos el año 2023 con este nuevo libro, convencidos, una vez más, de la eficacia de la narración como antídoto al hastío, al aislamiento. Frente al panorama, hoy al menos esperanzador, de la disminución de contagios del Covid-19, emulamos la apuesta de quienes, en el pasado, encontraron consuelo en la historia de vida de los demás, inclusive para preservar la suya propia.

Durante siete semanas, 195 personas mayores de 97 municipios en 18 departamentos de Colombia (Antioquia, Atlántico, Tolima, Nariño, Cauca, Manizales, Bolívar, Boyacá, Caquetá, Cundinamarca, La Guajira, Meta, Quindío, Risaralda, Santander, Norte de Santander y Valle del Cauca) participaron en la Escuela Virtual de Historias en Yo Mayor, un reconocido proyecto de cuento y narración oral que, tras seis versiones y ante el aislamiento impuesto a las personas mayores en Colombia, decidió convertirse en 2020 en un refugio virtual para burlar el riesgo del contagio y la soledad con actividades y contenidos que se encuentran dispuestos en la página www.yomayor.co. Mucho ha sucedido desde entonces. El libro aquí presentado corresponde a

un aporte más. Es el resultado de la tercera generación de nuevos miembros de la Escuela, que aceptaron, como Bocaccio y sus compañeros de encierro, el reto de preservar y alegrar la vida compartiendo historias.

Ante el registro masivo de participantes, que superó las 400 inscripciones, este año se necesitaron 13 grupos de aulas cerradas (una de ellas presencial en alianza con la Secretaría de Integración Social en Bogotá); casi tres mil personas vieron los conversatorios con los escritores Natalia Gómez, Juan Carlos Garay, Federico Díaz-Granados, Uriel Cassiani, Velia Vidal, Sergio Gama e Irene Vasco, nutriéndose de su conocimiento y experiencia en el campo literario; y, en las noches, más de 4725 espectadores acompañaron la franja del club de lectura, en la que exploraron, en vivo, las creaciones de los estudiantes de la escuela.

En esta versión, 12 integrantes de las cohortes anteriores de la Escuela Virtual de 2020 y 2021 fueron capacitados como tutores para que acompañaran el proceso de escritura de los nuevos estudiantes (Eduardo Yáñez, Luis Orlando Rojas, Lucy Aída Rojas, Amparo Peña, Ofelia Arévalo, Sonia Álvarez, Ileana Hernández, Vicente Javier Giraldo, José Dolcey Irreño, Samuel Gutiérrez, Carmen Berdugo y Fernanda Aldana). Adicionalmente, tres tutores se formaron y fungieron, por primera vez, como docentes (Miguel Rivera, Luz Marina Cediell y Aura Encinales). A ellos y ellas expresamos todo nuestro agradecimiento por atreverse a compartir su experiencia y acompañar, como cómplices cercanos, la elaboración de las historias que conforman este nuevo libro: el norte natural de un proyecto enfocado en personas mayores que reconoce el valor y la trascendencia de sus aportes en la comprensión del arte, la vejez y el envejecimiento.

El resultado de esta tercera cohorte, de la que participaron también personas de Venezuela, Panamá y Uruguay, son los 67 relatos que compendian este volumen. A diferencia de El Decamerón de Boccaccio, no se trata de personajes posiblemente ficticios que narran (como aseguran algunos analistas de esta obra clásica), sino autores de carne y hueso, con edades entre los 55 y los 84 años, que decidieron atreverse a contar y, quizás aún más importante, nutrirse de las historias de sus compañeros.

En 1998 el escritor José Saramago aseveró en la ceremonia de entrega del Premio Nobel de Literatura que la persona más culta que había conocido en su vida no sabía ni leer ni escribir.



Se refería a su abuelo Jerónimo que, a través de la narración oral, al igual que su abuela Josefa, de origen campesino, abrieron en su horizonte el mundo de la escritura con amor, permitiéndole reconocerse como creador de los personajes de sus libros y, al mismo tiempo, criatura de ellos.

Ocurre en la construcción del relato ese milagro de convertirnos doblemente en parte de lo vivido, ya no solo como protagonistas, sino como narradores que ofrecen su propia historia a ese que escucha, lee o ve. Treinta años de trasegar párrafos, versos y reflexiones le permitieron a Saramago revalidar el valor de los aportes de sus abuelos maternos a su escritura. Siempre estuvieron allí, pero no podía verlos más allá de la experiencia hasta que los inmortalizó en palabra: “escribiendo por primera vez sobre mi abuelo Jerónimo y sobre mi abuela Josefa, tuve conciencia de que estaba transformando a las personas comunes que habían sido en personajes literarios”, aseguró ante la academia sueca.

En 1353, ante la amenaza de la peste negra y la incertidumbre de una vida posible, más allá del contagio (se estima que el número de muertos llegó a los 50 millones en Europa), Giovanni Boccaccio publicó El Decamerón. En 2023, justo cuando la vida parece regresar, al menos, a un cauce más tranquilo, la Escuela Virtual de Historias en Yo Mayor ofrece este Tercer Heptamerón. En ambos casos se trata de libros escritos en el tránsito de la dificultad, obras que reafirman nuestra esperanza en el mañana: sobrevivir en palabras para quienes vayan a venir, pero, también, honrar el pasado, sin el que no existiría, entiéndase bien, presente, ni futuro.

Las siguientes páginas son el producto de una reflexión onda de las personas mayores sobre su propia vida y memoria que, de manera privilegiada, las fundaciones Saldarriaga Concha y Fahrenheit 451 hemos podido acompañar. Vale recordar que el primer y segundo Heptamerón, al que se suma esta nueva publicación, se encuentran disponibles para consulta gratuita en la página del proyecto en formato pdf y e-book.

La transformación de los lugares del pasado (recordados con nostalgia, pero a veces también con dolor ante la tragedia o la alegría del ayer); el erotismo y el amor (correspondido, fatal, mudo, eterno e inconcluso); la crianza plagada de travesuras (cometidas en impunidad o bajo el yugo del castigo; en la ciudad y en el campo); las historias de miedo y espanto plagadas de demonios, rituales y fantasmas; la riqueza tradicional de nuestro país y sus regiones presente en la gastronomía y la jerga popular; los animales salvajes y domésticos (cómplices y víctimas

de nuestro paso por la Tierra); y, finalmente, los viajes (oníricos, escogidos o forzados, pero llenos de asombro), hacen parte de este volumen que orgullosamente entregamos a los lectores con la esperanza de alimentar, al igual que Boccaccio, un fuego vivo que alumbre la vida de viejas y nuevas generaciones.

La selección de las temáticas, divididas en los 7 capítulos que conforman este libro, responde al contenido de las más de 9000 historias que a lo largo de 12 años el proyecto de Historias en Yo Mayor ha ido recopilando con la misión de mantener viva y difundir los saberes de las personas mayores en Colombia. Sus narraciones fueron la base del modelo pedagógico que acompañó a los miembros de la Escuela Virtual durante estas siete semanas y que hoy puede acompañar a cualquier persona mayor que quiera dar rienda suelta a su creatividad (todo el material está dispuesto gratuitamente en la página web con opciones de descarga para aquellas bibliotecas, centros de atención de personas mayores o municipios donde la conexión de internet no sea estable).

Justo ahora, cuando el presente parece retomar el curso de la supuesta normalidad, uno de los mayores retos que enfrentamos como especie reside en fomentar nuestra elemental capacidad de convivencia. Qué difícil nos resulta escuchar a otro distinto a nosotros mismos o a una persona ajena al círculo de nuestros afectos; sin embargo, lo intentamos juntos... y lo seguiremos intentando mientras creamos y reivindicamos en el valor transformador del relato.

Que este Tercer Heptamerón del siglo XXI, inspirado en El Decamerón del siglo XIV, reafirme nuestra esperanza en aquellas historias que brotan de la sinceridad del sentimiento; esas que terminan, como sentenciaba Saramago, creando a sus propios autores. Dejamos en las manos del lector este fuego prendido como un testimonio más de la extensa literatura, escrita por el ser humano, en la que “la creatividad no entra en cuarentena”.





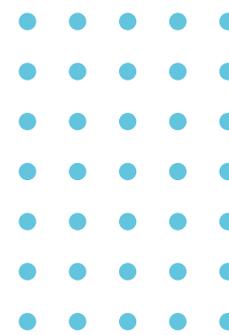
Comienza aquí la primera semana del Tercer Heptamerón, en la que, después de exponer la razón por la que las personas mayores se congregaron virtualmente, se habla de la transformación de los lugares donde solían vivir.

Como parecen sugerir las inquietantes fotografías del telescopio espacial James Webb, Martha nos invita a reflexionar sobre nuestra propia soledad en el universo; Carlos rescata, de una premiere para el olvido, la historia del primer actor colombiano en llegar a Hollywood; Margarita reclama, a son de Mercedes Sosa, una educación liberadora como la que vivió en sus primeros años de profesora; Nelcy hace una remembranza de dos palmas de aceite que fungieron como testigos vivos de su niñez; Luis nos transporta a la parroquia de San Felipe donde un figón nostálgico incomoda a los enamorados; María Eugenia narra el nacimiento del barrio Versailles en Calarcá y su conexión profunda con la finca “La Arboleda”, una época de encuentro familiar que recuerda con sabor a pueblo; Jaime resulta testigo privilegiado de los últimos instantes del famoso bandolero Efraín González en Bogotá; Luz Marina reivindica el dolor que sintió Rosita, su vecina, con la pérdida de uno de sus seres queridos; Luz Myriam visita, junto a su familia, el barrio La Palestina a bordo del mítico trolley; Beatriz retrata con profunda belleza las imágenes de una infancia intermediada por ríos, selvas y árboles; e Ingrid cuenta, a través de interrogantes sin respuesta, los aprendizajes que dejó en su vida la peste del siglo XXI (también llamada COVID-19).



Martha Sarria

El domingo de Pascua de 1964, a las cinco de la mañana, abrió por primera vez sus ojos en la ciudad de Palmira, Valle del Cauca. Creció rodeada del amor de sus padres, hermanos, abuelos y tíos. Desde pequeña sintió gran inclinación hacia la lectura. Estudió psicología en la Universidad del Valle y, posteriormente, realizó estudios de psicoanálisis en Barcelona y en París. De regreso, se vinculó a universidades para compartir sus conocimientos y experiencia. A través de Facebook conoció el programa de Historias en Yo Mayor y, su interés por la escritura, la condujo a participar con gran alegría.



El regreso

Por Martha Sarria

Sentado en la sala de espera del aeropuerto, escuchó el anuncio del vuelo. Se levantó lentamente y, apoyado en su bastón, caminó hacia la puerta de abordaje. Le llamaron para que abordara de primero, privilegio que había adquirido por su avanzada edad. La azafata lo condujo a través del túnel y le ayudó a sentarse en la primera fila del avión. Se acomodó en la amplia silla de primera clase y en seguida le ofrecieron algo de beber.

—Un whisky, por favor, señorita.

Mientras esperaba la bebida, tomó la revista de la aerolínea y la ojeó. Se detuvo en la noticia del James Webb, el último telescopio espacial enviado desde la tierra para observar el universo, titulada: “El James Webb ha fotografiado algo que no esperábamos que encontrara: nuestra propia soledad”.

—Señor, su bebida.

—Gracias, señorita.

Tomó un poco y saboreó largo rato el sorbo, tragando poco a poco el líquido. Respiró profundamente y volvió al título. En su rostro se dibujó una sonrisa amarga y murmuró con cierta ironía:

—Nuestra propia soledad.

Recordó el año en que emprendió el viaje de partida de su casa paterna, 1969, precisamente aquel en el que el hombre llegó a la luna, todo un hito tecnológico que abría la esperanza para que la humanidad pudiera encontrar no solo nuevos lugares para habitar, sino también, quizás, alguna compañía con quien compartir la inmensidad del vasto universo. En su infancia, veinte años antes de dicho acontecimiento, había observado la imagen lejana de la luna, tomada desde un telescopio terrestre, que aparecía en una sección de ciencia de la enciclopedia *El tesoro de la juventud*. Su padre había comprado esta enciclopedia, además de libros y colecciones infantiles,

para que sus hijos pudieran saborear y disfrutar el hábito de la lectura. En su estudio se encontraba la biblioteca con vidriera que ocupaba una amplia pared y en la que se ordenaban los libros que iba comprando: historia, literatura, ciencia, los libros de estudio y las revistas. Sumido en sus pensamientos, fue agotando el líquido y pronto sintió que el sueño acudía en su ayuda para soportar las largas horas de viaje que aún no iniciaba. Se estiró en la silla y esperó a que el avión iniciara su vuelo, cerró los ojos mientras esto sucedía.

De pronto, se encontró en el comedor de la casa paterna. En una de las cabeceras de la mesa estaba sentado Bernabé, quien contaba las historias de su infancia mientras todos los comensales le escuchaban atentamente y le hacían preguntas, tratando de alargar los relatos que tanto les complacían. También estaban sentados a lado y lado en sus puestos correspondientes el hermano mayor, su esposa y tres de sus hijos mayores; al otro lado, doña Emma, su madre, quien diligentemente pasaba la bandeja de postres para que cada uno se fuera sirviendo la porción apetecida. Enseguida de ella estaba sentado él mismo, al lado de su esposa y dos de sus hijos. En la otra cabecera se había adosado una mesa auxiliar que ocupaban los más pequeños. Sintió una gran emoción por encontrarse allí, en compañía de toda la familia. El abuelo, como llamaban a su padre, contaba las historias de arrieros que había escuchado en su infancia. Su padre había sido arriero y transportaba a lomo de mula los productos que cosechaba en su parcela; el viaje de ida y vuelta tardaba varias semanas, al regreso, traía abarrotes que no se encontraban en el campo. Los hijos esperaban con alegría el regreso del padre quien les llevaba algún recuerdo de su viaje: un camión, un trompo, un balero de madera o unos zapatos de cuero.

Sintió que algo le hablaba y abrió los ojos.

—Señor, por favor enderece su silla, vamos a despegar.

Le sorprendió hallarse todavía en el avión y cayó en la cuenta de que se había dormido y había soñado con esa reunión familiar. Quizás correspondía a uno de los momentos en que regresaba para celebrar las fiestas navideñas o algún acontecimiento familiar como bautizos, primeras comuniones o matrimonios. Sonrió y añoró aquellos tiempos pasados en los que las reuniones familiares brillaban y en las que tanto empeño ponían los abuelos, sus padres, para congregarse a todos sus vástagos. La gran casa paterna era engalanada para las ocasiones y todos disfrutaban compartiendo a través de juegos y conversaciones.

—Lástima que todo haya cambiado—murmuró para sí en voz baja y su rostro se ensombreció.



En efecto, después de la muerte de la abuela la casa empezó a decaer y el alma de las reuniones se esfumó. Los nietos habían crecido y partían a diferentes ciudades o países a estudiar o a trabajar. Las visitas se espaciaron cada vez más y el abuelo sintió que la casa era demasiado grande para su soledad. La vendió y adquirió una más pequeña.

La última vez que se reunieron todos, excepto la abuela y las tías que ya habían partido, fue en el funeral del abuelo. Atrás quedaron las vacaciones en el campo, en las fincas de veraneo que el abuelo alquilaba para disfrutar, en familia, del aire fresco y puro, alejados de la cotidianidad citadina y donde la algarabía era la protagonista a través de los juegos infantiles que se organizaban cada día: en las mañanas, los juegos de mesa como el parqués, el dominó, el billar infantil y monopolio, entre otros; en las tardes, la lleva, policías y ladrones, escondite simple, escondite americano, quemados y estatua. Algunos días, las caminatas de excursión por las montañas y los ríos cercanos o cabalgatas por las vías sin pavimentar. En las noches, el recogimiento en una gran habitación para escuchar los cuentos de espanto que tanto asustaban y hasta impedían conciliar el sueño, pero que producían gran emoción y, en la siguiente velada, se volvían a repetir las leyendas o a inventar nuevas historias tenebrosas. De igual forma, el regocijo de la reunión de toda la patota alrededor de la gran mesa para compartir los momentos del desayuno, el almuerzo y la cena. Cuando llamaban a la hora de las comidas, los chicos saltaban y gritaban de alegría y, luego, en silencio, tomaban los asientos que habitualmente ocupaban frente al plato ya servido.

Buscó en su maletín la agenda y encontró la foto que le envió su nieta Tatiana, la había rescatado de un viejo álbum familiar. La observó detenidamente y se perdió en el bosque de los recuerdos. Ahora estaba próximo a aterrizar. Se preguntaba quién lo recibiría en el aeropuerto, quiénes estarían presentes en ese momento tan difícil. No lograba encontrar la respuesta.

—Señor Ovidio, lo voy a conducir a la puerta de salida, allí le esperan —dijo la azafata.

—¿Puedo llevar la revista? Me ha interesado mucho el artículo del telescopio espacial.

—Claro, señor. Es un placer que haya disfrutado de su lectura.

—Disfrutar... sí. Más bien recordar es lo que me ha producido su lectura. ¿Sabe? Así como el planeta Orión, hoy me veo a mí mismo, encontrando mi propia soledad.

—Qué cosas dice, don Ovidio. Bien, ya vamos llegando. Espero que haya disfrutado del viaje y goce de su estadía en este país maravilloso.

—Gracias, señorita. Feliz día.

La azafata lo condujo hacia un señor que tenía un cartel que decía “Ovidio”. El señor tomó la silla de ruedas, lo llevó hacia el carro que aguardaba en el estacionamiento. Una vez encendió el motor dijo:

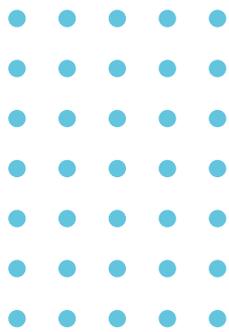
—Ahora vamos hacia la funeraria. Allí le espera su hermano, que en paz descansa.





Carlos Jaramillo

Nació en Bogotá el 2 de diciembre de 1956. Adelantó estudios y trabajó en comunicación social y corporativa, periodismo, gestión de la producción gráfica y audiovisual y otras artes que endulzan la vida y dan razón a la existencia. Trasegó la vida al servicio del país desde lo público y lo privado. Su pasión por los viajes lo llevó a darle una vuelta al mundo y comenzar a disfrutar el “reposo del guerrero”. Su sobrina lo inscribió en el taller virtual y se encontró con Historias en Yo Mayor para compartir recuerdos, añoranzas y enaltecer la palabra.



Jacinto

Por Carlos Jaramillo

Estábamos ahí, sentados en la barra del entonces y ya desaparecido Domino's de la Avenida 19 con la tercera, en una tarde sombría bogotana, con unas empanadas de carne y queso que acompañaban las cervezas.

Después de hablar de coreografías como la guabina chiquinquireña y el ballet folclórico, el maestro bajó su mirada sobre mis papeles y la dirigió hacia el horizonte. Por un segundo pensé que estaba con Anthony Hopkins, pero no, era el maestro Jacinto Jaramillo, folclorólogo, coreógrafo y actor de cine, director del Ballet Cordillera, a quien había conocido en unos seminarios-talleres sobre desarrollo cultural comunitario organizados por el entonces Colcultura (Instituto Colombiano de Cultura), en los que dictó conferencias inolvidables junto a Guillermo Abadía Morales y el cura Ignacio Perdomo, pioneros de la investigación folclórica en Colombia.

Jacinto volvió su mirada sobre los papeles que tenía sobre la barra y me preguntó si iba al “Jorge Eliécer Gaitán”, y agregó:

—Tengo una historia con ese teatro.

De inmediato le pregunté:

—¿Usted se ha presentado muchas veces ahí?

—Recuerdo la primera vez —me respondió.

Y al ver mi ingenuidad y desconocimiento, procedió a contarme la historia.

Era un joven de Sonsón, Antioquia, que llevaba el arte en el alma y quería actuar y bailar. Logró llegar a Nueva York a estudiar y participó en varias películas. Tiempo después, el administrador del Teatro Colombia en la carrera séptima de la capital de Colombia compró la exhibición de una de las películas en las que él había participado, tal vez *El Valiente*.

Haciendo gala de su creatividad, el administrador publicitó la película como el estreno del primer colombiano en Hollywood, lo cual era cierto, pero se excedió al decir que era con la actuación especial de Jacinto Jaramillo, “El Paisita”.

Gran expectativa creó la aparición del colombiano en la cinematografía del momento y cuando llegó el día del estreno el teatro contó con lleno total. Llegaron todos los bogotanos de todos los estratos y condiciones de la época.

La ansiedad de los asistentes se hacía notar por ver al primer colombiano que aparecía en el cine.

El teatro se llenó y las luces se apagaron para dar inicio a la película. Todos esperaban la aparición del Paisita. Cabe destacar que no era el papel protagónico sino el de un extra que aparecía durante una corta escena en la que moría en un tiroteo.

Transcurrió la película y el auditorio estuvo expectante hasta que apareció El Paisita. Reconocido por el público generosamente, fue exaltado en aplausos y vítores. Era apoteósico el momento, pero efímero. Al Paisita lo mataban y no volvía a aparecer, lo cual fue inquietando a los espectadores hasta que comenzaron a expresarse. Se oyó una voz exaltada que gritó: “¡Que vuelva El Paisita” y eso fue suficiente para que todo el auditorio comenzara a gritar: “Que salga El Paisita!” y todos al unísono, como en Fuenteovejuna, gritaban: “¡Que salga El Paisita!, ¡Que salga El Paisita!, ¡Qué salga El Paisita!” , mientras la película seguía rodando. De pie los asistentes comenzaron a lanzar confites a la pantalla y, al ver que no había respuesta, se armó el desorden. Lanzaban las sillas, gritaban y comenzaron a pedir la devolución de la plata.

Los tres policías apostados en la entrada de la carrera séptima no pudieron controlar aquel desorden. Saquearon la dulcería y... nada que volvía a salir El Paisita. Aquello fue incontrolable.

El creativo administrador del teatro tuvo que devolverles el dinero pagado a los asistentes y asumir la primera restauración del Teatro Colombia.

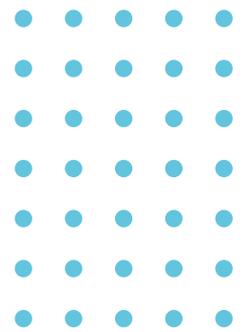
Después de recuperar el Teatro, el administrador no tuvo otra opción que ampliar la dulcería y continuar presentando la película como era su compromiso y la posibilidad de recuperar las pérdidas.

Pero el administrador creativo decidió proyectar la película hasta que mataban al Paisita y la volvía a comenzar durante tres veces. Así el público salía satisfecho después de ver al primer colombiano que había llegado al cine.



Margarita María Posada E.

Nació en la ciudad chusca y chirriada de Bogotá, por los años en la que fue aprobada la píldora anticonceptiva. Su mayor logro es haber sido maestra de educación pública en la que a través del arte pudo experimentar que todas las personas son iguales, no importa su procedencia, discapacidad o situación de vulnerabilidad, y que lo que necesitamos todos y todas son oportunidades y justicia social. Desde siempre le ha gustado escribir como ejercicio para entender las complejidades de la vida.



Hermano, dame tu mano

Por Margarita María Posada E.

Con veinte años llegué por primera vez como maestra en Bogotá (de eso hace más de cuarenta años, era por los años ochenta). Venía de estudiar música en la Universidad Pedagógica y de cantar canciones de Mercedes Sosa en cuanto acto universitario había. Con ese “Hermano, dame tu mano, vamos juntos a buscar una cosa pequeñita que se llama libertad” pensaba que era un buen himno para emprender cualquier camino que pudiera cambiar el mundo para mejor. Y con esas músicas en mi cabeza y mi corazón entré al universo de la escuela.

Había vivido recientemente un paro cívico nacional en el gobierno de Turbay, y en ese mismo gobierno se logró llegar a un estatuto docente (2277 de 1978) en el que los maestros tuvieran un camino que garantizara su acción social y que, de una vez por todas, ser maestra no estuviera al vaivén de los políticos de turno; el estatuto también permitió que se contara con un presupuesto nacional para sus sueldos y se les dejara de pagar con gallinas o aguardiente cuando había suerte, poco a poco se transformó en una verdadera profesión. También había noticias del Movimiento Pedagógico, un colectivo de maestros que no solo se preocupaba por los asuntos de reivindicación laboral, sino que impulsaba todas las iniciativas para una mejor enseñanza, inventando metodologías e innovando.

Los estudiantes, que llegaban a esta, mi primera escuela, provenían de las primarias oficiales donde repetían cursos o presentaban algún problema de aprendizaje. También de Bienestar Social del Distrito, donde habían tenido situación de abandono y llegaban, además de la Clínica de Orientación, niños y niñas autistas (en esa época se les denominaba menores con psicosis). Pensamos que la escuela tradicional no era respuesta para esta población. Teníamos que inventar y pegarnos a otros que habían inventado otra escuela.

Además de un pequeño espacio para reuniones de la comunidad, donde hacíamos nuestros bailes colectivos u obras de teatro, contábamos con aulas que llamábamos talleres (porque

creíamos que se aprendía haciendo). Yo era la encargada del taller de expresión corporal y música, y el interés principal era hacer que nuestros estudiantes se expresaran mediante el cuerpo y la música, con énfasis en la emocionalidad. Cada uno de mis compañeros, a pesar de que estuviéramos en una escuela primaria, se especializaba en un área: lenguaje, medio ambiente natural y social, matemáticas, artes plásticas, educación física. El encargarse de una sola área permitía que hubiera una especialidad en la disciplina y que, además, los estudiantes no estuvieran condenados por un año a un solo maestro con un solo estilo de enseñanza y de interacción. También teníamos el apoyo de trabajadora social, psicóloga, terapeuta de lenguaje, directora y un grupo de apoyo que también nos asesoraba.

La escuela en ese entonces se llamaba Agustín Nieto Caballero, y toda la dinámica que allí se generaba honraba su nombre con metodologías de escuela activa, trabajo colectivo entre maestros, conciencia de un trabajo pedagógico y emocional a la vez, con fuerte conciencia democrática y de construcción permanente.

No hacíamos filas sino círculos para hablar entre nosotros, que nos pensábamos como comunidad. Las calificaciones eran cualitativas, durábamos días enteros pensando en los procesos de todos(as) y cada uno(a) de nuestros(as) estudiantes. Teníamos los maestros sendas reuniones de debate pedagógico y tuvimos, en nuestra formación, la visita en seminarios de grandes pedagogos nacionales que nos invitaban a llevar las técnicas Freinet o a desarrollar materiales de Piaget que venían de la famosa escuela de Chicago de ese momento o a pensar cómo hacíamos una escuela para “vivir” a la usanza de Maud Mannonni o cómo inventábamos nuestras propias metodologías y didácticas para hacer de nuestros(as) estudiantes y de nuestro colectivo de maestros unos sujetos autónomos, pensantes, sintientes, con voz propia, con toda la riqueza de sus diferencias.

Todos y todas tenían cabida en esta escuela donde, en realidad, se respiraba alegría, fraternidad, compromiso intelectual y emocional. Con las discusiones necesarias y álgidas para no estar de acuerdo en todo, pero sí en lo fundamental.

Allí estuve por más de nueve años y luego de que esta experiencia terminó, una vez me fui, creí que todas las escuelas funcionaban así, pero no. Esto no ocurrió. El movimiento pedagógico que también nos había inspirado fue apagándose. Pese a que, con la Ley General de educación en 1994, tuvimos una carta de navegación muy interesante, que impulsó la escuela, puedo decir



que mis últimos años como maestra, incluso con muchos esfuerzos aislados, fueron la negación de todo lo vivido en mis primeros años como maestra.

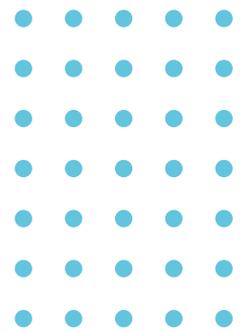
Cuarenta años después no hubo presupuesto para psicólogas o terapeutas de lenguaje o para trabajadora social. No había tiempos para reunirnos a aprender de pedagogía de manera mutua, las reuniones se convirtieron en apagar incendios. Las aulas continuaron con sus filas, como en el siglo XVIII, las filas en el patio como si estuviéramos en regimientos, los baños cerrados y sin papel higiénico, las ideas clausuradas y nosotros nos dedicamos a llenar papeles burocráticos o a participar en concursos donde se montaban escenas para dar la apariencia de que todo funcionaba bien. En lo cotidiano llamamos a nuestro director o rector “Jefe” cuando lo veíamos, porque nunca estaba en nuestra sede. Se avanzó en una cierta garantía de presupuestos para la educación, la gratuidad en la básica, los refrigerios, la posibilidad de que los estudiantes con aprendizajes diferenciales pudieran entrar a las escuelas públicas, aunque no se garantice su permanencia, esperando que ellos cambien y no la escuela. Los maestros también ahora tenemos más formación que nunca, pero, a pesar de ello, echo de menos mi primera escuela.

Ruego a mis “santos pedagogos” Agustín Nieto Caballero, Montessori, Decroly, Pacho Aguilar, Hugo Mondragón, Freinet, Piaget, Ausubel, Lola Cendales, Germán Mariño, Ainscow, Carlos Skliar, Jhon Dewey, compañeros y compañeras de resistencia y muchos tantos, para que se nos haga el milagrito y otra sea la escuela y podamos tener en cuenta por fin la pedagogía de la otredad y podamos cantar en comunidad “hermano, dame tu mano”, porque es entre todos y todas que podemos reinventar la necesitada escuela.



Nelcy Cuéllar Ibáñez

Caquetá, donde el oro es verde; fue en ese hermoso departamento, corazón de la Amazonía colombiana, donde nació Nelcy Cuéllar Ibáñez, el 18 de octubre de 1964, a orillas del río Bodoquero en el municipio de Morelia. “Una vida para servir y ser feliz” es el eslogan que ha aplicado toda su vida. Trabajó como administradora pública en el sector educación en muchos lugares del país hasta llegar al Ministerio como Gestora de Educación. Un día, revisando Facebook, conoció el Proyecto “Historias en Yo Mayor”, al que no dudó en inscribirse y en el que ha disfrutado escribir.



Las dos palmas y mi casa

Por Nelcy Cuéllar Ibáñez

No había un solo amanecer de mi infancia en el que las dos palmas y mi casa no fueran las protagonistas. Mi mayor gusto siempre fue sentarme al frente de mi casa a ver cómo llegaban en la mañana toda clase de pajaritos y se posaban sobre los ramilletes de frutos de las palmas de aceite, aquellas que llegaron a Colombia en 1932, traídas por el belga Florentino Claes. Él, con su equipo, sembró esas semillas en varios sitios del país, entre ellos, en la finca cafetera Santa Bárbara en Sasaima (Cundinamarca). También regaló una lata a Monseñor Gaspar M. De Monconill, obispo de Caquetá, que las envió a Florencia y Puerto Asís. Fue un amigo de mi padre, que trabajaba en el INCORA en Morelia, Caquetá, mi pueblo natal, quien le regaló las dos plántulas que puso frente a nuestra casa.

Acompañaban mis vivencias también el río Bodoquero que surcaba nuestro pueblo, y con sus aguas cristalinas fortalecía la existencia; por ello, las dos palmas eran el lugar predilecto para tomar fresco, como se dice en tierra caliente. Su sombra y la brisa del Bodoquero nos regalaba el mejor ambiente para las tertulias que iniciaban muy temprano. Cuando mi padre y mi madre colocaban los taburetes (asientos de cuero) bajo las dos palmas, era el momento del descanso luego de las jornadas extenuantes de él en la finca o en la búsqueda de comprar ganado, y de mi madre en la máquina de coser o preparando manjares para sus frecuentes invitados: el sacerdote, el alcalde, los maestros y hasta el obispo.

Fue en una de esas tertulias que, siendo muy pequeña, escuché la historia de la vaca rodada, con la que le agradecían a mi padre el haber realizado un gran asado o el mejor convite a los vecinos. Igualmente, allí se hablaba de muchas historias de espanto, de amor y hasta de la primera tragedia que había sucedido cuando asesinaron a una familia completa, en cercanía a una manga de pastoreo donde papá dejaba el ganado comprado en la semana y que luego vendía en la plaza de mercado el domingo, día en que un gran número de campesinos pasaba por nuestra casa y desayunaban con caldo de costilla, pajarilla y muchas arepas. Estos campesinos

son inolvidables para mí, pues mi padre les fiaba la carne y ellos nos llenaban de frutos de sus parcelas. Esa es mi gente caqueteña, llena de bondad y abundancia.

Vuelvo a las palmas siempre, porque, en mi entender, muchas, pero muchas cosas pasaban allí que impactaban a todo el pueblo; por ejemplo, era un lugar preferido de las chuchas (nombre vulgar de la zarigüeya), para buscar alimento en las pepas de las palmas. Luego de las extensas tertulias, los vecinos se retiraban a sus casas a descansar, pero otros regresaban a acechar, mejor, a hacer vigilancia y esperar de forma cautelosa la llegada de estos animalitos para cazarlos y proveer alimento para sus familias, pues dicen que huelen muy mal, pero que su carne es muy apetecible.

Muchas tardes de sábado o domingo, la pasábamos en familia alrededor de las palmas de aceite. Compartíamos nuestro almuerzo afuera de la casa, al frente no había vecinos, sino lindos y frondosos árboles que protegían al río Bodoquero, el que pasaba por la parte de abajo del acantilado. También en ese espacio muy cerca estaba el matadero del pueblo, del que siempre me sentí orgullosa, pues nunca se observaba desaseo. Era un lugar relativamente pequeño, pues recuerdo que solo se sacrificaban una o dos reses, los jueves y los domingos, para abastecer a todos los habitantes urbanos y rurales de Morelia.

Esas tardes de fin de semana también teníamos un reto con papá: poder obtener una paga si le lavábamos sus pies y le buscábamos aradores –arador de la sarna (*Sarcoptes scabiei*)–, una especie de ácaro de cuerpo no segmentado, ovoide, con cuatro pares de patas y con un tamaño de apenas 400 micras en su cuerpo. En zonas ganaderas este animalito se ubica en nuestra piel y produce irritación; era todo un proceso encontrarlos en su espalda o brazos, así pasábamos en risas y cuentos que nos generaban mucha cercanía con nuestros padres; pues, ante el duro trabajo de la búsqueda, mamá ofrecía meriendas y demás ricuras de su autoría.

Como todo pasa y todo queda, pero lo nuestro es pasar, pasar haciendo camino..., parodiando la canción Cantares, de Joan Manuel Serrat, llegó la posibilidad de un alcantarillado en nuestro sector, lo que hizo que se cortaran las dos palmas y mi casa quedara triste, muy triste. Ese espacio, luego de instalar la tubería, quedó como una vía muy amplía que, acompañada de un malecón con más cemento, ya no fue el lugar para las tertulias.



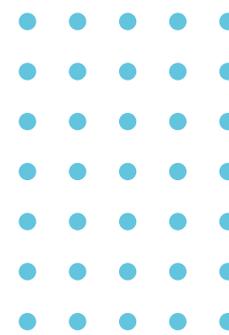
Bueno, además, nuestros padres decidieron vivir en Florencia, para que sus 2 hijos y 9 hijas lográramos mejores oportunidades para estudiar y ser alguien en la vida, como lo decían repetidamente. Eso sí, hoy, gracias a Dios, todos nos hicimos profesionales y grandes seres humanos, con una infancia llena de ambientes sanos y mucho amor.





Luis Alberto Lara

Luis Alberto nació el 8 de junio de 1954 en Bogotá, Colombia. A sus 68 años, ha tenido varias pasiones y gustos, pero el que disfruta inmensamente es la lectura. Uno de sus sueños más grandes y añorados es escribir, poder plasmar ideas, recuerdos e historias. La Escuela Virtual llegó a su vida por casualidad, por medio de una publicación en Facebook. Estar en las clases le permitió aprender y disfrutar de la pasión por escribir, considera que es una experiencia muy bonita que sin duda alguna quiere volver a repetir.



La iglesia de San Felipe (Fragmento)

Por Luis Alberto Lara

El doctor Jeremías Bravo había terminado su jornada de trabajo y se dispuso a salir de su consultorio, luego de haber atendido al último paciente del día. Rondaba en su cabeza la consulta hecha por éste, pues se involucraba más de lo debido profesionalmente en los problemas de sus pacientes, que los llevaba siempre en sus pensamientos. De camino a su apartamento, donde vivía solo con sus recuerdos y su gata Nieves, acostumbraba a seguir siempre por la misma ruta, aunque él sabía que no era lo correcto, pues la rutina de las acciones nunca había sido aconsejable, ya que no permitía explorar nuevos horizontes. Esto él lo sabía hasta la saciedad, pero uno de sus grandes defectos sería siempre la terquedad o, para mejor decirlo, la necedad.

Mientras conducía por aquellas calles, que de alguna manera le traían recuerdos de situaciones y personas, desde su carro observaba a la gente ir y venir con sus respectivos afanes y vivencias; de pronto, el tráfico vehicular se atascó, por lo que se vio obligado a cambiar de rumbo, cogiendo por una calle que luego lo condujo a un sector donde hacía muchos años no pasaba. Poco a poco se acercó al barrio donde había vivido cuando joven. De momento, se alegró por tan agradable coincidencia y decidió estacionar su carro al lado del parque que quedaba justo al frente de la parroquia de San Felipe. Apagó el auto y también la radio donde sonaba una vieja canción de Aznavour: Los verdes años. Eran como las cinco de la tarde y el sol aún brillaba con todo su esplendor. Por un momento se sumió en el silencio y su mente lo trasladó cincuenta años atrás. Todo empezó a darle vueltas y por unos pocos minutos se quedó dormido. Cuando despertó, se sintió un poco extrañado por el sueño que acababa de tener, pero al tratar de recordarlo, por más que se esforzó, no logró revivirlo. Decidió salir del coche, el sol ya declinaba y el aire pesado de la tarde no le hizo nada bien. Atravesó el parque, donde jóvenes y niños jugaban, y se dirigió a una de las bancas.

Era un hombre de aproximadamente ochenta años, de tez trigueña y contextura media. Tomó asiento y, como siempre acostumbraba a hacerlo, observó a las personas que allí se encontraban. Miró con detenimiento la edificación imponente de la parroquia, la cual sobresalía entre las casas casi centenarias de aquel viejo barrio, y le pareció que todo se encontraba en el mismo lugar de siempre. Para él nada había cambiado. El tiempo había transcurrido sin alterar absolutamente nada. Al frente de él se encontraba una pareja que intercambiaba besos y caricias, y que, instintivamente, captó su mirada triste y lejana, por lo que se sintió un poco incómoda, viéndose obligada a levantarse y partir.

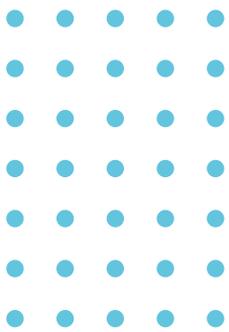
La banca quedó vacía, como vacío quedó su corazón. Poco a poco sus pensamientos se fueron llenando de recuerdos que de inmediato rechazó. Se levantó rápidamente, se dirigió de nuevo a su auto y partió de allí, azarado por la situación que acababa de vivir; pero, a medida que se alejaba de aquel lugar, no pudo evitar recordar algunas de las experiencias sucedidas en sus años juveniles, como tampoco a las personas que allí conoció.





María Eugenia Beltrán Franco

Ocañera, por desempeño laboral de mi padre. Nortesantandereana de nacimiento y quindiana por adopción; de familia conformada por dos vertientes de primeros pobladores de la ciudad de Calarcá: los paternos, de Cundinamarca y los maternos, de Antioquia. La mayor de seis hijos. Cinco maridos. Dos hijas brillantes y creativas y una nieta que será muy seguramente escritora. Ciudadana de un mundo sin límites, viajante incansable, lectora compulsiva, arquitecta de formación, amante del patrimonio cultural y el ordenamiento territorial. Escritora clandestina de cuentos cortos, cantante y buena bailadora. Investigadora en memoria local con publicaciones y formadora de nuevos ciudadanos en varias facultades de arquitectura en Colombia.



Recuerdos de la transformación de un pueblo

Por María Eugenia Beltrán Franco

Calarcá es una población del antiguo Caldas, hoy Quindío, territorio patrimonio de la humanidad en categoría de paisaje cultural cafetero. Mi familia es, por parte de padres, calarqueña, cuyos padres vinieron a principios del siglo XX desde Cundinamarca. Fueron de los primeros pobladores. El abuelo Beltrán venía de Fusagasugá y la abuela Sabogal, de Fómeque. Los primeros comerciantes de sal, en sus recuas, llevaron y trajeron mercancías y alimentos. Los de la abuela eran ganaderos, así que unos se establecieron en el pueblo recién fundado y tuvieron una fonda, tienda en la cual se conseguían todos los elementos necesarios para la vida de entonces. Los otros se compraron mejoras rurales y se establecieron donde hoy se conoce como el paraje turístico de Colombia.

Pasó el tiempo, la población creció y fue muy reconocida como productora cafetera, pero sobre todo por ser el paso obligado de todo el transporte desde el sur de Colombia hacia Bogotá. Los abuelos Beltrán Sabogal habían comprado una tierrita al borde de carretera; la finca se llamaba “La Arboleda”, haciendo alusión a los hermosos árboles que la circundaban. La casa, de grandes corredores alrededor de un gran patio, albergó por muchos años a la gran familia, ya que fueron 11 hermanos, y estos, una vez casados, aportaron 42 nietos, entre ellos yo, por supuesto.

Mi padre fue el cuarto de los hijos y, como todos los demás hermanos, llegó a ser profesional; el mayor era abogado, las dos mujeres mayores fueron maestras; Paulino, el segundo de los



**FOTO DE PRIMOS EN LA ARBOLEDA,
CON LOS ABUELOS.**

hombres, mi padre, fue ingeniero civil, tuvo el privilegio de estudiar en Popayán, en una de las primeras facultades de Colombia en esas áreas y hacer una especialidad con apoyo del gobierno nacional como mejor estudiante en un programa de intercambio con ingenieros de Estados Unidos y Colombia en épocas del doctor Mariano Ospina Pérez.

La especialidad era sobre puentes y pavimentos, este hecho le dio la posibilidad de aportar al país, y después de muchos años trabajando para el ministerio de obras públicas, regresó a Calarcá e inició su vinculación al desarrollo urbano de la ciudad. Así, con el beneplácito de los abuelos, mi padre propuso urbanizar “La Arboleda”, este hecho transformó la población y se convirtió en el primer barrio residencial. Le colocaron el nombre de Versalles. Los abuelos continuaron viviendo en su casa de grandes corredores y jardines, ya que esta quedaba en lo alto y el desarrollo no les afectó de gran manera. Fue un lugar referente por muchas décadas más, como punto de encuentro de vecinos y familiares, pero finalmente dejó de ser rural para quedar en las goteras de lo urbano.

Para nosotros fue toda una experiencia ver maquinaria grande de color amarillo que solo se veía en las revistas que mi padre había traído de EE.UU. Era todo un evento, poco a poco se transformó la parte delantera de la finca en una cuadrícula de calles y de lotes que fueron vendidos y, de los cuales, muchos fueron construidos por mi padre: casas de dos pisos, de vivienda unifamiliar, con garaje y antejardín. Eran toda una novedad.

Nosotros fuimos los primeros habitantes de las primeras casas, que además servían de modelo para que otros pudientes compraran y encargaran su nueva vivienda. Estaba yo, entonces, en los primeros cursos de primaria, en un colegio de monjas vicentinas, lejos de imaginar que más tarde sería arquitecta. Muy seguramente estos recuerdos hoy confirman la vocación.

El movimiento de tierra dejaba ver las diferentes capas de colores de la tierra, y muchas veces grandes huecos. Mi padre decía que debieron ser guacas ya saqueadas. Había otros huecos más pequeños en los cuales encontramos huevos de colores y pecas que el abuelo decía eran de serpientes. En fin, ese proceso fue toda una aventura para nosotros, pero también para los vecinos, con quienes siempre encontramos tema de excursión en esas obras. Pasó el tiempo y el barrio se consolidó como el moderno de la ciudad. Hoy en día, a pesar de ya tener más de 50 años, conserva la calidad de las casas, de las calles y vías, no ha sufrido deterioro quizá porque las familias iniciales han conservado su propiedad y, aun cuando mis abuelos ya no están y mi

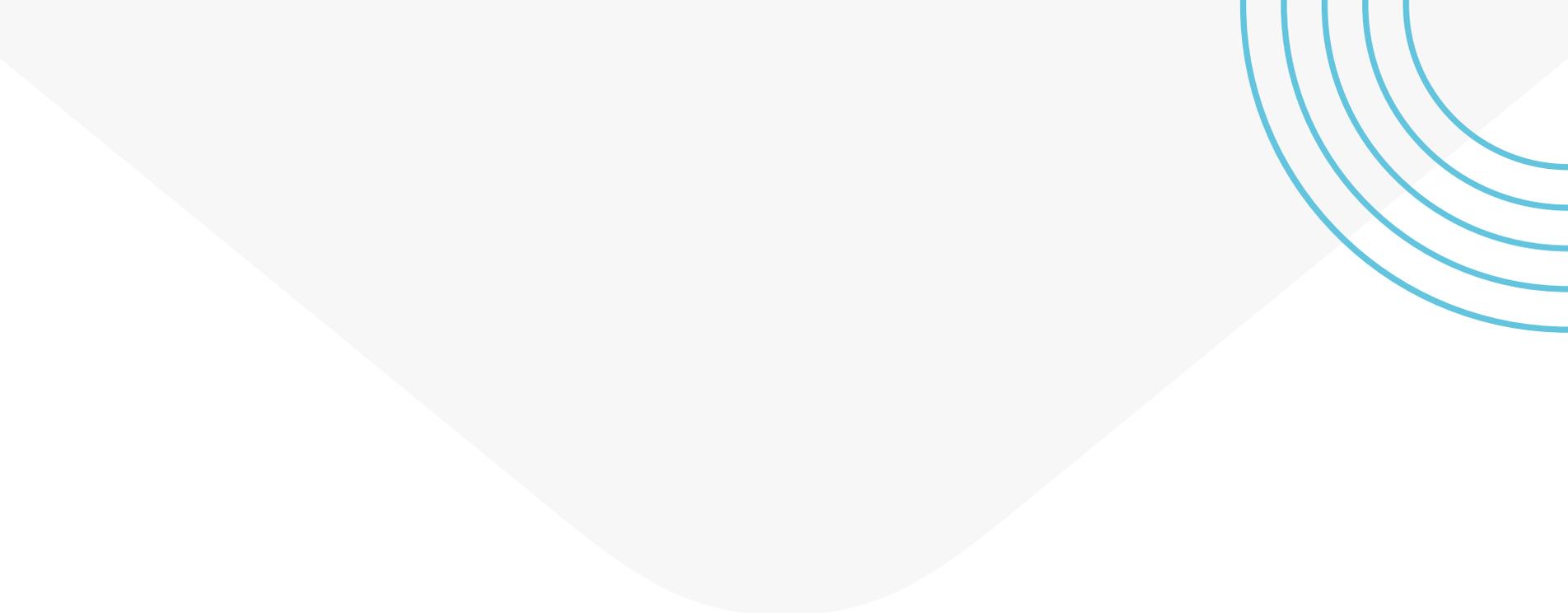
padre tampoco, mis tíos sobrevivientes al paso de los años aún conservan sus casas ya en renta porque no viven por acá.

Para todos en la familia Beltrán Sabogal, “La Arboleda” y el barrio Versailles son referentes de una época de encuentro familiar con sabor a pueblo, a paseo de finca, a compartir entre primos. La parte de atrás de la finca se vio afectada por el trazado de la variante Calarcá-Chagualá, vía que hace travesía para conectar, sin pasar por el pueblo, en el paso de Bogotá, la línea, ahora los puentes y túneles.

La casa de “La Arboleda” sucumbió en el sismo del 25 de enero de 1999, y solo queda ahí el recuerdo de la familia, de la casa, la añoranza de su imagen referente en su parte alta, aún sin urbanizar.

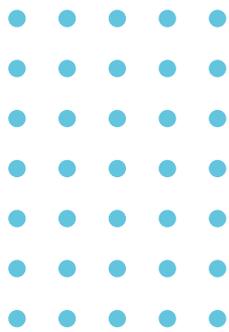
Hoy he sido docente de arquitectura por muchos años y ya estoy pensionada, pero en materias de urbanismo dediqué especial interés a revisar las transformaciones de los pueblos, los centros históricos y los sistemas constructivos. Esto lo hice para que los jóvenes valoraran los legados que casi invisibles se hacen al gestionar una urbanización, o urbanizar una finca para incorporarla a la mancha urbana en las poblaciones del mundo.





Jaime Alberto Castiblanco

En la mañana de 14 de mayo de 1955 conoció la luz del mundo, en la fría y generosa Bogotá, Jaime Alberto Castiblanco. La enfermedad de su abuelo motivó a la madre a regresar a la casa paterna, lo que implicó que Jaime estrenara sus pasos e iniciara su formación académica en la Palma, Cundinamarca. Mientras nacía, en el mundo se firmaba el tratado de Varsovia, hecho premonitorio, tal vez, para que estudiara Relaciones Internacionales; concordante con su personalidad de librepensador, observador y servidor. Al retiro de la vida laboral, ha dedicado su tiempo a la familia, los amigos, los éxitos ajenos y el ocio creativo. Agradece a amigos como Aura y Walter que lo invitaron a unirse al grato ocio creativo que es Historia en Yo Mayor.



Testigo de una historia de la historia

Por Jaime Alberto Castiblanco

Un día de junio de 1965, mi madre empacó maletas y nos vinimos a Bogotá, a visitar a la tía Blanca, quien estaba siendo destrozada por las garras despiadadas de un cáncer.

Mientras ella se dedicaba con absoluta devoción a los cuidados de la hermana, yo me dedicaba al vagabundaje por las polvorientas calles del barrio San José sur, aún en proyecto de construcción. Frente a la vivienda visitada, habían descargado un viaje de arena, escenario propicio para jugar canicas. Sin mucha dificultad nos reunimos un grupito de unos cinco niños, hicimos la pista y empezamos las competencias.

Al día siguiente, luego de lo que ya parecía una penitencia irremediable, el lavado de platos, o peor aún, de las ollas utilizadas para el almuerzo; nos reunimos para reiniciar los desafíos, pero nos pareció que las canicas ya no eran tan interesantes; a alguien se le ocurrió la magnífica idea de convertir la pista en una carretera, por la cual haláramos una volqueta transportando arena de un extremo a otro.

Hicimos la carretera, de unos 3 metros, que a nosotros nos parecía descomunal, la obra cimera de nuestra existencia, con muchas montañas, valles, incluso puentes sobre ríos imaginarios; pero surgió un problema insalvable: no había volqueta y no teníamos dinero para comprarla. Revolcamos baúles, revisamos cajones, suplicamos a padres, hermanos, primos y a toda la gente mayor que conocíamos, pero fue en vano, solamente reunimos 50 centavos y necesitábamos \$2.50.

Estábamos sumidos por el peso de la derrota, sentados en el suelo al lado de nuestro anhelo, sin saber qué hacer ni decir, cuando irrumpió la voz del cuerpo de unos pies que estaban junto a nosotros en la puerta de la casa siguiente, que vimos, pero no miramos, y nos dijo:

—¿De verdad quieren comprar ese carrito?

Sí, respondimos en coro y expusimos de igual manera innumerables argumentos.



Era un hombre alto, de bigote, muy serio, malacaroso diría yo, pero con su alma de niño despierta. Con la mano estirada nos ofrecía un billete de dos pesos:

—Tomen, vayan a comprar el carrito pa' que jueguen.

Un par de días después, como siempre después del almuerzo y el suplicio de los trastos de cocina, cuando llevábamos un cargamento de arena a medio camino, algo cayó junto a la volqueta, escarbamos y encontramos el objeto.

—Es una bala —exclamó alguien.

Recuperamos la conciencia y escuchamos con atención. Se oían disparos, muchos disparos, unos en ráfagas y otros, tiro a tiro, luego una explosión fuerte.

Impulsados por una extraña fuerza, corrimos las cuatro cuadras de la carrera 14, que nos separaban del lugar de los disparos; al llegar a la esquina de la calle 27 sur, un soldado nos gritó que nos devolviéramos y atravesó su fusil formando un triángulo, pero tres de nosotros cruzamos veloces por debajo y por los lados. Más adelante nos gritaron que nos acostáramos en el suelo, un hueco formado por el peso de los buses en la calle sin pavimentar fue nuestra trinchera.

Al lado derecho estaban las casas, al lado izquierdo había una pared de ladrillo bordeando un potrero, donde hoy es el barrio Gustavo Restrepo. Cientos de soldados, por todas partes, disparaban hacia una casa, de esta también disparaban a los soldados. Vimos que algunos fueron muertos o heridos; no mucho tiempo después nos indicaron que saliéramos de ahí para dar paso a las ambulancias, el fuego cesaba por momentos. Los soldados transmitían mensajes voz a voz, “el bandolero Efraín González está atrincherado y desafía a los soldados a pelear a puño”, “que no disparen que van a dejar salir a una vieja con chinos”.

Un rato después, nos llevaron a una tienda, no exentos de regaños. En la tienda había un teléfono público que se lo disputaban personas con brazaletes que decían prensa, ataviados con cámaras fotográficas y otros equipos e informaban de diferente manera: “doscientos soldados tienen rodeado al criminal Efraín González”, “Cuatrocientos soldados resisten el ataque del bandolero Efraín González”, “Ochocientos soldados sostienen un intenso combate contra el temido delincuente Efraín González, quien se encuentra fuertemente atrincherado en una casa del sur de la ciudad”. Un militar solicitó que le desocuparan urgentemente el teléfono, llamó y, cuando le contestaron, dijo:



—Habla José Joaquín Matallana, necesitamos que nos envíen urgentemente un tanque de artillería —luego pidió no sé qué más cosas.

Centímetro a centímetro me fui corriendo hasta salir nuevamente a la calle para ver lo que ocurría. Había enjambres de soldados, vehículos militares y unos cuantos civiles acostados a lo largo de la calle, los soldados continuaban murmurando mensajes voz a voz, “hay un alto al fuego, porque el bandolero González dice que se entrega si viene el representante Cuadros y María Eugenia Rojas”. Un helicóptero sobrevolaba muy bajo, al parecer con la intención de atemorizar con el estruendoso ruido.

La tarde fue avanzando en un escenario caótico, esporádicamente lanzaban lluvias de balas contra la humilde casita de un piso, y las reacciones desde la casa a veces alcanzaban la humanidad de los soldados.

Llegó el tanque con su poderoso y amenazante cañón, derribaron la pared que estaba frente a la casa; de esta manera podían dispararle a González de frente y con cañonazos. Agonizó la tarde, llegó la negra noche, trajeron un carro de bomberos para que le disparara a la casa sus potentes reflectores de luz.

De repente, un hombre salió corriendo de la casa, atravesó la calle y, mientras corría, miró hacia los reflectores del carro de bomberos y disparó. No pude ver con exactitud si el hombre se cayó al tropezar con los escombros de la pared derrumbada o si un soldado lo tumbó, pero alcancé a ver a un soldado empuñar y disparar su fusil hacia el suelo. De repente, un grupo de soldados danzaba como monos, gritando en coro, “cayó Efraín”.

Me dirigí al lugar donde estaba el muerto. No me quedó duda, era el hombre que nos obsequió los dos pesos. Vi a una señora que recogía tierra con la sangre del muerto, en ese momento un oficial ordenó:

—Despejen, despejen, saquen a los civiles.

Un soldado tomó por el brazo a la señora para que se retirara, ella se levantó furiosa, echó la tierra ensangrentada en su cartera y luego le dio una cachetada al soldado. Él se llevó la mano a la mejilla, luego se miró la mano manchada, aún recuerdo su mirada, triste, adolorido, desconcertado, sin saber qué hacer ni decir. En ese momento una mano fuerte me tomó de la mano, era mi tía, la enferma, furiosa por nuestra travesura, pero feliz de encontrarnos con vida.

Al día siguiente, todas las emisoras de radio y los periódicos difundieron y comentaron la



noticia. Un locutor decía, “las fuerzas armadas se enfrentaron a uno de los hombres más machos que ha producido la naturaleza”. Un periódico indicaba que en el combate habían participado mil doscientos hombres del ejército y la policía, contra González. Después informaron que su cadáver lo habían llevado en helicóptero a Yopal y mantenían vigilada permanentemente la tumba, porque sospechaban que el criminal podría resucitar.

El sitio de la batalla se convirtió en lugar de romería para cientos de personas, se llenó de vendedores ambulantes, emitieron periódicos con su historia que la gente compraba como si fuesen catecismos. Le compusieron muchas canciones que se volvieron los éxitos musicales del momento, como aquella que decía, “lo enterraron en Yopal, donde entierran a los guapos, en medio de un regimiento y lo cuidan más de cuatro”.





Luz Marina Olarte

Nacida en Bogotá, el 6 de marzo de 1958, un día célebre por el natalicio del Nobel Gabriel García Márquez. Su nombre fue en honor a la Miss Universo Luz Marina Zuluaga. Se formó como contadora pública. Sus escritos siempre fueron sobre informes financieros. Disfrutó de la compañía de un ser maravilloso como esposo, durante treinta años. Él, desde el cielo, es su ángel. De este gran amor quedó un hijo excepcional. Sus grandes pasiones después de jubilada: viajar y leer. En un diario digital, encontró la invitación de Historias en Yo Mayor y con gran emoción se registró. Quedó hechizada desde que fue aceptada.

Cómo sería el dolor de la vecina Rosita

Por Luz Marina Olarte

Por el año 1968, en la ciudad de Bogotá, en un barrio cerca al 20 de julio, en la iglesia del Divino Niño Jesús, muy concurrida todos los domingos por los devotos a este santuario, se donaba chocolate para entregarlo a los niños pobres por iniciativa del padre Juan del Rizo, de la comunidad salesiana. En la actualidad esta obra continúa, pero ya es dirigida a las familias de bajos recursos con mercados, bajo el mismo lema.

Todos los vecinos de la cuadra y del barrio se conocían, ya que habían comprado sus lotes a una compañía y cada uno construía de acuerdo a sus capacidades económicas. Unas casas eran de dos pisos, otras de apenas uno, algunos hacían enramadas mientras podían construir. Solo un vecino tenía televisión, que cuando había algún acontecimiento trascendental podíamos ser invitados a ingresar y acomodarnos en el suelo. Poco a poco el barrio se iba adecuando para lograr ser un barrio residencial. La mayoría de los niños y las niñas nos reuníamos de acuerdo con nuestras edades, también existían los que no se integraban al grupo, estos eran los que tenían bonita ropa y bonitos juguetes. Mi hermano jugaba bolas, cinco huecos y al fútbol. Los más pequeños jugaban a los ponchados, la lleva y golosa. En las navidades se compartían platillos, se ofrecía vino y galletas, se disfrutaba la música navideña de los vecinos que tenían tocadiscos y quienes los colocaban a todo volumen. Nadie se disgustaba por el ruido, disfrutábamos prendiendo pólvora; nuestra alegría era estar pendientes de que cualquier amiguito saliera para compartir nuestros juegos. Nunca escuché a mis padres decirnos que no saliéramos porque corríamos peligro.

En una tarde, como a eso de las 6 p.m., ya estaba oscureciendo y nosotros estábamos disfrutando de nuestros acostumbrados y divertidos juegos; de pronto llegó un carro. Era extraño verlo en nuestra cuadra, todos nos fuimos acercando al misterioso vehículo que se parqueaba a

un costado del frente de la casa de la vecina Rosita. De allí descendieron unos hombres vestidos con sombreros y trajes como campesinos, abrieron las puertas del vehículo, un campero de color verde manzana que era usado por los señores esmeralderos, pero nosotros en nuestra inocencia no lo sabíamos. Abrieron las puertas de atrás y sacaron un bulto envuelto en sábanas blancas, donde se evidenciaba un cadáver; estaba amarrado como la imagen de Lázaro. Atravesaron la calle y lo entraron a la casa, lo depositaron en el piso sobre una estera. Recuerdo que la sala se veía vacía, como si estuviera preparada para recibir a su dueño. Después de un corto tiempo, el carro arrancó, cogió una pequeña curva y desapareció ante las miradas sorprendidas de todos los que estábamos jugando.

Regresamos a nuestras casas con un día que terminaba con una escena de terror. Ese día se supo que el vecino trabajaba en una mina de esmeraldas, no recuerdo haber escuchado la causa real de la muerte del señor, si fue violenta, natural o un accidente, pues en aquella época no podíamos escuchar ni participar en las conversaciones de los adultos. Desde ese momento siempre mi mirada se dirigía hacia esa casa con mucho miedo. Este recuerdo se fue borrando, ya que la casa fue demolida por hundimiento del terreno, pero nuestra casa sí continúa habitada.

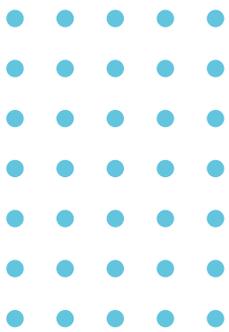
Esta situación me hizo comprender cuando mis padres nos llevaban de paseo al centro de Bogotá, a recorrer la Catedral, la Plaza de Bolívar, la Casa del Florero y degustar los dulces de La Puerta Falsa, y nos decían que pasáramos rápido porque de pronto se armaba una balacera por los comerciantes de esmeraldas que aún se ubican en la calle trece con carrera Séptima y la Plazoleta del Rosario, zona en la que en esa época se recuerda muy violenta en Bogotá, a pesar de que su origen y explotación era y continúa siendo en Muzo, Boyacá.





Luz Myriam Palacios

Nació en Bogotá en tiempos en que la humanidad se lanzaba a la carrera espacial, explorando el universo y, contradictoriamente, también se levantaban muros y alambradas. Desde muy niña amó los libros y la lectura. Ya mayorcita realizó la carrera de Psicología y se hizo activista por los derechos de las mujeres; entre el 2013 y 2014 trabajó con personas mayores, desde ese tiempo escuchó del programa Historias en Yo Mayor, pero es hasta el 2022 que supo de la convocatoria de la Escuela Virtual y, sin pensarlo dos veces, se inscribió. Ahora quiere seguir aprendiendo cómo labrar palabras y tejer historias.



Extraño nombre

Por Luz Myriam Palacios

Quizás tendría unos 4 años, pero recuerdo un camión cargado de enseres, de pesados muebles de madera. Habíamos llegado a la casa del barrio La Palestina, extraño nombre, para un barrio bogotano, que rememora una región que vive en conflicto. Para más mescolanzas, el barrio fue construido por una sociedad laica católica, la Sociedad San Vicente de Paul, y con un tejemaneje adicional, el Instituto de Crédito Territorial. Para ese momento, la ciudad también tendría lo suyo, eran los años 60 y Colombia transitaba hacia la vivienda urbana. Pero ¡qué extraño nombre!, “La Palestina”, ¿a quién o quiénes se les ocurrió tal nombre y por qué? Pero, en fin, cosas que difícilmente llegaremos a saber.

Eran tal vez las 4 de la tarde, llegábamos a un barrio para disfrutar de una casa completa. Hasta entonces, mis padres lograban rentar apartamentos con una o dos alcobas. Ahora disponíamos de una casa con su solar, su jardín y 3 habitaciones; cuando llegamos, la familia estaba compuesta por las dos abuelas, mi madre, mi padre, mis 3 hermanos y una eterna amiga de mi abuela materna con su hija, que en tiempos pasados y menos aciagos había sido inquilina de la abuelita Ana. Esa era la casa por la que mi madre había luchado con verdadera disciplina y trabajo. La casa propia y en la que viviríamos por 30 años. Sería el territorio largamente caminado con los amigos, los juegos y los amores de la infancia y mi adolescencia, sin saber qué rápido todo se desvanecería, porque, en la fugacidad de la vida, ¿qué son 30 años?

Las casas eran de una sola planta. Con el tiempo, mucha gente llegaría a construir más de una. El vecindario estaba planeado para que las puertas de cada una coincidiesen frente a otra similar. Se veían en filas de a dos, como quien se alinea en un juego o en un combate, al menos así era mi calle. En medio, había un pequeño callejón no muy apto para los autos, pero igual, por ahí, se trepaban las máquinas. Finalmente, muchos construyeron en el jardín un garaje.

A espaldas de mi hogar, había una larga hilera de casas que daban frente a un bosque, por



ahí cerca estaba el Club de Los Millonarios. Las que estaban al frente tenían, a su vez, adosadas otra larga fila de casas que daban al parque y a una pequeña iglesia. De ahí en adelante, el barrio tenía sus recovecos, pero yo me los llegue a conocer todos: algunas casas eran como más grandes y espaciosas, el barrio llegaba hasta la carrera 75, el que le seguía era el famoso “Minuto de Dios”, mucho más renombrado que el nuestro. Ya, con el tiempo, me sorprendí cuando (por razones de trabajo) transitaba por esos lados, pues noté cómo muchas de las casas que daban a la 80 hoy son negocios de todo tipo, bancos, restaurantes y almacenes de cadena.

El barrio La Palestina, mientras fue el último de esos lares, era la estación final del trolley, el cual conocimos bastante bien mis 3 hermanos y yo. Este era el medio de transporte que utilizábamos para ir hasta el colegio, mi hermana y yo al Liceo los Alcázares y mi hermano mayor y menor al Colegio Mayor del Rosario. Desde muy pequeños nos acostumbramos al transporte público, hoy en día eso sería algo impensable, ¿eran tiempos más tranquilos? No creo mucho.

En todo caso, mientras el barrio fue el último de la calle 80, abordábamos el trolley desocupado para ubicarnos en cuatro puestos en que íbamos como parcos los 4, las dos hijas al frente de los dos hijos. Así nos íbamos.

Un día mi padre decidió, en uno de sus planes domingueros, llevarnos a lo que llamó una caminata para conocer qué había más allá del bosque. Entonces, recuerdo por primera vez el barrio Quirigua; los límites construidos de la ciudad crecían y yo con ellos.

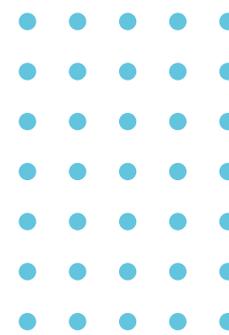
Con el tiempo, esos troleys de largas cuerdas conectados a no sé qué electricidad y con uniformados conductores dio paso a buses atestados de pasajeros y a la guerra del centavo. Luego, vino el Transmilenio.

Igual, nosotros, los cuatro, también hicimos nuestros propios mapas y caminos, de acuerdo con nuestras propias cábalas. Seguimos unidos, eso sí, pues vivimos relativamente cerca los unos de los otros y, de vez en cuando, nos acordamos de La Palestina, ¡qué extraño nombre!



Beatriz White

Mamá, esposa, hermana mandona, tía querida, amiga incondicional y psicóloga; apasionada por la siembra de árboles nativos y la restauración natural; le gusta el agua, los perros, alimentar pájaros, cocinar delicioso y tomar malas fotos. ¡Ah!, y también contar chistes no muy graciosos y reírse de sí misma. Beatriz White Correa nace en Medellín un 4 de mayo de 1961 y allí ha vivido su existencia familiar, política y social, centrando su vida en el servicio a las personas y la comunidad. Historias en Yo Mayor ha sido un espacio de aprendizaje, disfrute y atrevimiento para lanzarse a escribir en compañía de personas e instituciones extraordinarias.



Choronara

Por Beatriz White

Lento discurre el río pues el valle es amplio y los meandros generosos. Tiene que ser así pues viene de la selva, de la profundidad de los montes de Arquía, de las Puntas de Ocaidó y trae tanta historia verde que tiene que bajar despacio.

Lo espera el Atrato, pero después, en tanto, recorre el valle donde los sauces llorones besan sus orillas al movimiento del viento suave y frío. Allí recibe tributos de numerosas fuentes, bajan de las heladas montañas donde las orquídeas y los colibríes abundan en riqueza y color. Montañas que además guardan los secretos de la tribu de Toné, tumbas en tierra que en forma de Pirú dan cuenta de la forma como se habitó ese pueblo.

La Magdalena, San José y San Joaquín nombran algunos lugares, uniéndose a los nombres ancestrales de Andabú, Choronara, Murri, Mojauro, Chibugadó y Nendó; dando con ello cuenta de la unión –no exenta de sangre– entre culturas y razas.

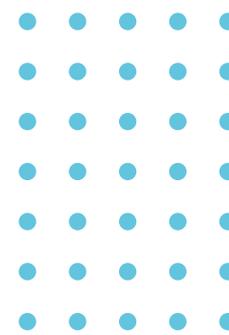
Una colina poblada de ideas, plantada con pasión de árboles. La pequeña casita apenas si guarda calor y sombra, un trazado en la tierra esperando construir el sueño y, en tanto, la vista de la cúpula y la espera para bajar allí para caminar las calles y sentarse en el parque a observar cómo, en una plaza, confluyen los habitantes del paraíso y se graba en la mente la historia de los abuelos y el amor del padre a través de su mano protectora.





Ingrid Cubillos Vanegas

Nació un viernes 30 de octubre de 1959 en la Clínica David Restrepo, en Bogotá, en un parto que fue, según su madre, el mejor parto que ella había tenido de entre siete partos. De niña siempre fue curiosa por saber y aprender. Recuerda que le halaba la falda a su madre mientras lavaba y le decía: que quería ir al colegio. Creció feliz, juguetona y vivaz, participó en deportes y artes en su etapa estudiantil, después un llamado espiritual la hizo buscar la Yoga y la meditación. Se graduó en una universidad muy querida por ella, ahora vive en el campo feliz y da clases de yoga a adultos mayores. Le encanta escribir. Aunque su tendencia es mayor hacia la poesía, se declara analfabeta en cuanto a los saberes de la escritura.



Sensaciones de un confinamiento

Por Ingrid Cubillos Vanegas

Y contome que, en una lejana tierra y en un lejano tiempo, por allá en 2020, la gente se escondía en sus casas y no salía, a menos que con urgencia y apremio alguien lo requiera. Entonces, la dispensa del rey lo pasaría, perdón, de la ley lo admitiría, por ejemplo, algo de comer. Unas leyes surgieron en esos lejanos tiempos en los que salir de casa era rotundamente prohibido. Si querías tomar un aire, buscar una hendija en tu casa, un hueco o ventana y abrirla a escondidas para respirar un aire diferente al encerrado en cuatro paredes, era preciso hacerlo casi a hurtadillas.

Eran los días de abril del 2020, y caminar por las calles era un delito que se cobraba con multa. Aunque no te llevaran preso, si te salías, pensabas a qué hora un policía te detendría y que excusa justificada le contarías para que no te sacara la mencionada multa. Eran los días del COVID, increíble, pero cierto, ¿quién se iba a imaginar que en pleno siglo XXI, salir a la calle fuera castigado?

Las calles se veían vacías; los parques, bellamente solitarios; las avenidas, románticamente abandonadas; y el aire, más limpio. Lo verde reverdecida, los ríos estaban más cristalinos, las playas eran más limpias. En las noticias mostraban que, en donde había selvas, los animales salían a las avenidas de las ciudades más próximas, como diciendo ¡la vida ahora prima!, ¡la naturaleza ahora es la que vence al depredador humano!, ¡lo salvaje y lo primitivo ahora se restablecen! Animales pensados extintos (en el pasado) fueron vistos a hurtadillas en algún esbozo de una montaña citadina. Muchas maravillas se expusieron, hasta en las casas el diálogo familiar encontró un atisbo de verdad. Encontrar a los vecinos, cada uno en sus ventanas, se volvió común, para unos en el placentero encierro, para perecear en casa; para otros, lo incierto de la ruina, del devenir sin el sustento diario que traía el vendedor ambulante que lo perdió todo por la vigencia de una ley que lo escondía por el miedo a un virus desconocido. Muchos

fueron los que, quebrados ahora, fueron ayudados por otros familiares con mayor solidez. Otros se gastaron el pequeño ahorro que guardaron para un placer futuro. Otros se endeudaron para sobrevivir en este apagón de la vida y el bullicio citadino. Cuántas, rabias, cuántas impotencias, encerradas en una habitación, en un apartamento en una casa, y la frívola campaña “Quédate en casa” que solo la promulgaban quienes tenían la solidez de un ingreso, de un sueldo, de un trabajo que se tornó progresivamente más y más *online*. virtual y a distancia. Estos términos, con el tiempo, se volvieron coloquiales, normales y habituales. Pero ¿y aquellos que lo perdimos todo o casi todo, nuestros empleos, nuestros trabajos y nuestros ingresos? ¿En qué estadística quedamos? Todos quienes cerraron su negocio, su restaurante, su venta de dulces en la calle, su venta de cafecitos en la calle, su venta de sueños en la calle, ¿en dónde quedaron las estadísticas de trastornos mentales a raíz del encierro? ¿En dónde quedaron las estadísticas de seres que se humanizaron un poco más gracias al sentido de solidaridad que surgió al ver a otros no tener para comer?

El pobre se volvió más pobre, y otros pobres a la mendicidad, a la informalidad de la informalidad, allá fueron a parar, y...

Las palabras necesidad, quienes, iliquidez, hambre, indignación, muerte, impotencia, ausencia, confinamiento, soledad, dolor, enfermedad, UCI -unidad de cuidados intensivos-, respirador artificial y oxígeno se hicieron comunes; pero, también, las palabras solidaridad, compasión, ayuda mutua, cooperación; también, el amor fraternal, apoyo y protección; pero, también, soledad; pero también online, virtualidad, acercamiento por la tecnología también se hicieron comunes, habituales.





SEMANA 2

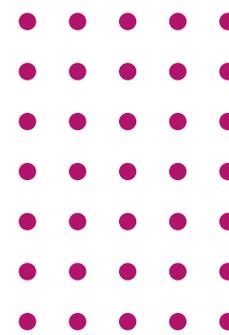
Termina la primera semana del Tercer Heptamerón y comienza la segunda, en la cual los mayores discuten sobre el amor: posible, ausente, mudo y eterno.

Miguel escribe versos de amor tan efectivos que terminan, en labios de otro, robando a su enamorada; Guillermo descubre en Praga que la pasión prescinde del diálogo y que las palabras hacen falta, pero para despedirse; María Aurora encuentra el amor, al que define como un perfume suave y delicado, cuando deja de buscarlo en los demás; Nicolasa recuerda el día en que las ilusiones dejaron de deslumbrarla; Martha recuerda, con agradecimiento, a su verdadero amigo y su gran amor; María Ángela describe la historia de un nexo tan vigoroso que disolvió el futuro y el pasado; Germán dirige una epístola a su maestra de la infancia (a quien invita a encontrarse en sueños); Orlando escribe, más allá del tiempo, con hondo agradecimiento a la madre de sus hijos; William honra la memoria de Laura Marcela, su hija, con una carta que trasciende de las barreras; y Gloria teje en palabras y lana un saco que también es poema para su nieta, Emilia.



Miguel Peña

Nació en Bogotá en 1965. Recién nacido, su familia se trasladó al bello altiplano de Guasca, Cundinamarca, junto al frío y majestuoso páramo de Chingaza, tierra de sus ancestros maternos. Allí gozó, en su infancia y su adolescencia, vivencias que plasmó en sus escritos realizados para Historias en Yo Mayor. Recibió hace veintiocho años su título de abogado en la Universidad Nacional de Colombia, profesión ejercida en varios cargos públicos. Youtuber, bloguero y tiktokker, redes a través de las cuales divulga su conocimiento en relación con la administración municipal. De niño soñó con ser poeta y escritor, pero solo ahora lo está logrando, gracias a esta Escuela, a la cual llegó por invitación de viejos compañeros en otros talleres de escritura creativa. Actualmente reside en Fusagasugá.



Los versos de amor

Por Miguel Peña

La vida no era fácil para un joven de catorce años con una terrible y enfermiza timidez y, para colmo, profundamente enamorado de la niña más hermosa que jamás habían visto sus ojos en aquel colegio. Las románticas baladas de aquellos años setenta, a las que era aficionado, no le ayudaban mucho que digamos a superar su crisis y, por el contrario, con sus letras dulzonas le daban más motivos para andar suspirando ensimismado por el día y soñando despierto por la noche.

Como estudiaban en cursos diferentes, los recreos hubieran sido el momento ideal para hacerle saber sus sentimientos. Pero ¡hablar con ella! No... eso no era posible. El simple hecho de sorprenderse de pronto, accidentalmente, a menos de un metro de ella era motivo suficiente para que la sangre alocada enrojeciera sus mejillas, temblaran sus manos, sus piernas no le ayudaran a conservar el equilibrio y una mudez absoluta se apoderara de su lengua y de su mente.

El joven sabía claramente –y lo supo para siempre– que el amor es un sentimiento cruel, doloroso y tirano, que nos atrapa contra nuestra voluntad, nos golpea sin compasión y ni aun cuando nos tenga arrojados al más profundo abismo de la depresión nos da la menor tregua. O somos capaces de gritar a los cuatro vientos nuestros sentimientos o nos ahogamos lentamente con el más dulce y amargo de los venenos.

No, no había de otra. El joven tenía que encontrar la forma de hacerle saber que se estaba consumiendo de amor por ella. Escribirle versitos en lugar de tomar apuntes durante las clases sin tener las agallas para asegurarse de que ella los leyera no era un buen procedimiento. Pero entregárselos personalmente... no, ni pensarlo. El miedo al ridículo y el temor al rechazo paralizaban completamente a nuestro joven. Entonces, ¿cómo hacerlo?

Claro. Un amigo común. Un mensajero de confianza en estos casos siempre es la mejor

alternativa. Eso pensó el joven; el no tener que someterse directamente al terrible predicamento de hablar con ella lo convenció de toda duda. Y ya tenía claro cuál de sus amigos era el perfecto para esta delicadísima misión.

—No te preocupes. Hoy mismo le entrego a ella tu carta y estos versos —le dijo el mensajero con sincero aire de complicidad—. A propósito, están geniales tus poemas. Yo no sabía que escribías.

—No. Nadie lo sabe —respondió el joven—. Tú eres la primera persona que conoce mis escritos. Todos están dedicados a ella, pero, como soy tan tímido, tú ya sabes... Tienes que hacerme este inmenso favor, y ruégale que me haga saber por ti qué piensa ella de lo que le he escrito. Quedo en tus manos.

—No hay problema. Despreocúpate por todo, que yo sé muy bien lo que tengo que hacer —le prometió el amigo, despidiéndose.

El joven enamorado siguió suspirando ensimismado por el día y soñando despierto por la noche, esperando con ansias la respuesta que habría de enviarle su amada con su leal amigo. «¿Le gustarán mis versos? ¿No los encontrará muy simples y cursis? ¿Será que ella también me ama, pero tampoco se atreve a decírmelo? Por supuesto, las chicas —aunque se estén muriendo de amor— deben esperar a que su amado se les declare. No está bien visto que ellas hablen primero. Por lo menos no en esta época. Eso tiene que ser. Ella me ama, pero está ansiosa esperando que yo me manifieste. Y yo con esta estúpida timidez».

Un día pasó sin saber del amigo mensajero. Dos días, tres días, una semana y nada. Esta angustiada espera estaba matando lentamente al joven. «¿Por qué mi amigo no se deja ver?, ¿por qué no me busca para hacerme saber de su respuesta?, ¿será que ella se molestó por mi osadía?, ¿será que lo rechazó indignada?, o, ¿será que sí me ama, pero no se atreve a permitir que yo lo sepa?, ¿será que le pidió un tiempo para leer mis versos y pensar la respuesta? No sé qué es más duro, si amarla en silencio o haberle confesado con mis poemas cuánto la adoro. ¿Qué estará pasando...?».

Con estos terribles pensamientos, nuestro joven ya no ocupaba sus clases en escribir versitos, sino en hacer garabatos incomprensibles en los cuadernos, reflejando en ellos la maraña de sentimientos y angustias que ocupaban su mente adolescente. Y siguió así durante un largo mes, suspirando ensimismado por el día y soñando despierto por la noche.



En todo ese tiempo no había vuelto a ver su adorada –ni siquiera en los recreos– ni había tenido noticias de su amigo el mensajero.

Una tarde, sin embargo, mientras estaba ocupado jugando ajedrez en el andén de su casa con un vecino, a lo lejos, al otro extremo de la calle, vio a una pareja de novios que venían tomados de la mano y que, con sus besos y caricias, mirándose embelesados, se daban muestras de su profundo amor.

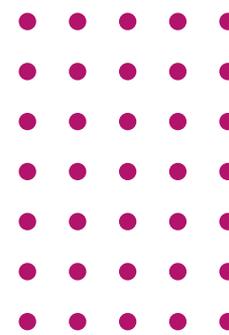
El vecino ajedrecista no comprendió por qué su compañero de juego derrocó de un golpe a las dos reinas y a sus séquitos, y dejó a los dos reyes profundamente afectados de jaque mate en la mitad de la calle. Tampoco advirtió, que mientras el joven huía velozmente hacia su casa para no ser visto por la pareja, vio claramente en la forma como su amada miraba a su amigo el mensajero, el éxtasis y el ensueño que solo producen en las mentes de las niñas los buenos versos de amor.





Guillermo Panizza

En un rincón tranquilo del cono sur, nace un 28 de marzo de 1955 Guillermo Panizza. En Montevideo, capital del Uruguay, culmina su carrera de arquitecto y decide emigrar al centro de Europa. Se radica en Praga, República Checa, donde trabaja como periodista en Radio Praga Internacional y, como corresponsal de Televisión Española, cubre el fin de la Guerra Fría y el devenir democrático de los países tras la cortina de hierro. No descuidando su profesión, cultiva su interés en los estilos históricos y las artes plásticas. Motivos relacionados con su profesión lo traen a Bogotá, donde encuentra también un amor definitivo y la posibilidad de contar sus experiencias gracias a las Fundaciones Fahrenheit 451 y Saldarriaga Concha y su escuela virtual de Historias en Yo Mayor.



Elemental y mudo amor

Por Guillermo Panizza

Praga, diciembre de 2005

Hoy la vi. Luego de 15 años volví a verla, tan fresca, desordenada y sensual como cuando la conocí. Confieso que todavía me invade el reproche por no haberme detenido y al menos obtener su número telefónico, fue tan sorpresivo y casual que maldigo mi descuido.

Nos saludamos con un “Ahoj... (hola, ¿ya hablas checo?)”, asentí con mi cabeza y seguimos cada uno por su lado; yo, terriblemente perturbado por la avalancha de sensaciones de aquella época; ella, ¿quién sabe?, se alejó risueña y veloz. Compré cigarrillos, hacía diez años que no fumaba, encendí uno y en un banco cercano me senté a repasar mi pasado y a enfriar mis rubores gracias a la nieve que caía calma y constante.

Nos conocimos en un concierto de música clásica en el teatro Smetana. Aquel esplendor barroco de doradas cornisas, balaustres cóncavos y convexos, rosetones rojizos y emblemas patrios exaltaba los sentidos. La elegancia de las damas, la copa de champagne en el entreacto y la sinfonía embriagadora de Dvorak aflojó mi timidez y, así, un poco por señas y un par de palabras mal pronunciadas, invité a Daniela a cenar apenas terminó el concierto. No era precisamente belleza lo que emanaba de su ser. Su mirada azul profundo, sus piernas torneadas por genes expertos, su risueño desorden emocional y sus desenfadadas poses la hacían encantadora y poseedora de un excitante no sé qué. Su ansia por conocer, por aprender sobre el incipiente capitalismo tras la caída de un sistema y la fascinación por todo lo extranjero me facilitaron la conquista.

Desde un principio ambos entendimos que prescindir del diálogo era lo más sensato y que nuestra mutua atracción debía centrarse en las coincidencias: lo gastronómico y lo sexual. Con la iniciativa que caracteriza a la mujer eslava, la segunda cita ya fue en su céntrico apartamento. La cena con velas terminó abruptamente en el incómodo sofá tironeando de nuestras ropas en aquel pequeño y mal iluminado ambiente decorado con muebles antiguos, almohadones persas



y pesados cortinados. Ambos gozábamos con locura; apenas terminábamos de cenar en algún restaurante ella hacía sonar las llaves de su apartamento, ese tintineo era la señal del inicio de un desbocado placer.

La decadencia que había dejado el socialismo real se respiraba en todos los rincones de aquel viejo edificio del centro de Praga. La entrada flanqueada por ruinosas cariátides lucía el nombre “Sumava” y todavía conservaba el dorado de otras épocas. Traspuesto el umbral, invadía los sentidos un vaho maloliente proveniente de dos tachos de basura, abollados y rebosantes; el pasillo que conducía al ascensor de fuelle metálico, descascarado y repintado en un tono verde claro, no ocultaba el roce y el trasiego de muebles antiguos; el piso, que en un tiempo fue de mosaicos con motivos cretenses, había sido remendado tantas veces y de manera tan grotesca que ya nadie se preocupaba por tapar cuando repintaban o se dañaba alguna de las instalaciones. Lo único que traía el recuerdo de un pasado ecléctico y de esplendor era la inmensa araña de cristal estilo María Teresa que iluminaba con dos únicos bombillos la granítica escalera helicoidal. Remataban este patético descuido los viejos zapatos que los vecinos dejaban junto a sus puertas y que uno tropezaba en aquella penumbra nauseabunda.

El socialismo se había encargado de dividir en pequeñas unidades los antiguos apartamentos de las familias burguesas expulsadas en su mayoría en nombre de la clase obrera. Daniela poseía uno de esos pequeños cubículos con un baño desproporcionado fruto de aquella retrógrada política social. Lo cierto es que nos entregábamos a un desenfreno erótico sobre aquel destartado sofá que bien pudo servir para el descanso de un faquir. La calefacción a tope en un único invierno que compartimos nos permitió aquellos sonoros excesos, teníamos mucho de qué hablar, pero no alcanzábamos a comunicarnos. Esa carencia descomunal la atenuábamos con música clásica que ella seleccionaba mientras yo la desvestía. ¿Puede más la barrera del idioma que la entrega total de dos jóvenes amantes? Han pasado tantos años, tantas amarguras y desencuentros amorosos que hoy al evocar su halo en la penumbra, su aroma y su total entrega, no dejo de excitarme y hasta me ha visitado su imagen durante diversos momentos amorosos. En uno de nuestros encuentros Daniela me enseñó un pequeño diccionario Checo-Español Español-Checo, que de poco nos sirvió ante el apremio del sexo que culminaba con armónicas sinfonías, felices, abrazados y en calma.



Llegó el año 92, la democracia, la restitución de bienes inmuebles, la privatización de la mayoría de las empresas, el desodorante en barra, la crema depilatoria y la moda occidental. Rápidamente, Daniela tuvo que abandonar su minúsculo apartamento y mudarse con sus padres, milagrosamente conservó su trabajo, cambió su desprolija indumentaria, su pelo largo y suelto, su aroma a sexo durante el periodo menstrual y la última vez que cenamos juntos en un restaurante libanés, abordó un taxi y ya no volvimos más al ecléctico edificio malvendido a inversores italianos.

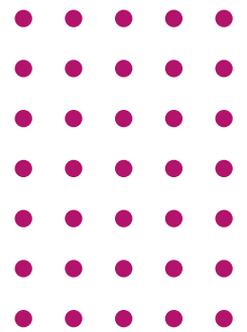
Por primera vez yo dejaba ir a Daniela. Ni siquiera intenté retenerla con nuestros apasionados besos e intrépidas caricias. Aquella vez no sonó el tintineo de las llaves de su apartamento. Empezaba una nueva era en Europa del Este y terminaba lo que en aquel momento no supe que era amor. Mi trabajo periodístico como corresponsal extranjero me permitía frecuentar buenos lugares, recepciones de embajadas y disfrutar de charlas con cultos periodistas que llegaban a cubrir el fin de la guerra fría. Los cambios sociales, la división del país en dos repúblicas independientes, la retirada de las tropas soviéticas, en pocas palabras, “el fin de la historia” ocupaba mis horas intentando cubrir el acontecer político, social y cultural. No fui capaz de entender en aquel momento que yo también era parte de esos profundos cambios que dejaron en mí una profunda sensación de soledad. Ya no estaba Daniela, la decadencia de aquellos edificios se transformó en pocos años en lujosos apartamentos de fachadas restauradas al detalle y el pueblo checo rápidamente asimiló el bienestar occidental gracias a la entrada en la Unión Europea. Todo revivía, renacía luego de un periodo oscuro, incluso yo comenzaba a balbucear un idioma tan complejo, poético y singular.

Curiosamente no conservo ni un solo objeto de aquellos apasionados encuentros, no hubo fotos ni regalos, ni siquiera algún amigo en común que pudiera servir de puente en la comunicación. No hubo un antes ni tampoco un después. Dejé ir a Daniela por segunda vez, solo sé que me aferraré a aquel recuerdo que ha contribuido a sentirme viril y activo. Si mañana el destino volviera a cruzarme con Daniela, seguro que le rogaría una nueva locura lujuriosa, ahora sí, enriquecida con palabras de amor que una y otra vez he repasado en la soledad del apartamento que compré en el edificio “Sumava”.



María Aurora Martínez

Nació en 1964, un 16 de octubre. En su nombre, María Aurora Martínez Suárez (Auris), se reflejan el amanecer y la devoción a la madre de Jesús. Sus padres, de origen boyacense, se ubicaron en Bogotá. Allí, inició su primaria y luego ingresó a un colegio privado; más adelante entró a la Universidad Pedagógica. Aunque no era su sueño, pues ella deseaba ser bióloga marina, terminó su licenciatura y la ejerció durante muchos años, brindando lo mejor de ella. Ahora se dedica a disfrutar de su hijo Nicolás, Angie (su nuera) y sus nietos, Alan Thomas y Joel Andrés.



Qué es el amor

Por María Aurora Martínez

El amor es tan difícil de definir, lo puedo comparar con un perfume suave y delicado, que lo percibes, que te acaricia y desvanece con el tiempo. Son muchas preguntas sobre por qué no se quedó este sentimiento, fue efímero; solo me hacía recordar si solo era una prueba más en mi vida.

Solo me hacen recordar y pasan por mi mente, ¿amor de mis padres?, no lo creo, ya que me hacían sentir como un lazo, no propiamente de amor, que los hizo que se uniesen; tal vez no era la hija deseada. Yo sentía amor a mi madre, me sentí identificada con el convivir con ella; con mi padre fue diferente por su actitud, por su forma de ser, el trato que nos daba no era de respeto, era miedo.

Ya, con el pasar de los años, en el colegio hubo momentos agradables, tenía pocas amigas, pensé que esto era fuerte y perdurable, pero con el tiempo no fue así. Solo fueron momentos, compromisos escolares. Todo esto fue roto por los comentarios de mis secretos más íntimos y fui víctima de comentarios que, a mi juicio, deterioraron mi autoestima, mi seguridad y mi confianza. No encontré el amor en mis amigas.

Me refugié en el amor de Dios, con este aprendí a amarme, a amar a los demás y a perdonar, y de esa forma aprendí que no solo el amor estaba en recibir o dar, es compartir, ser sensible ante los demás, es dar un abrazo, quedar en silencio. Esas manifestaciones las aprendí porque muchas veces eso era lo que deseaba recibir de los demás. Es tan fácil amar así, sin esperar nada, solo observas, escuchas y das de lo que has aprendido. ¿No es necesario recibir? No lo sé, solo sé que cuando amas das lo mejor de ti y deseas recibir lo mejor, lo que quede en tu ser, en tus pensamientos y sensaciones.

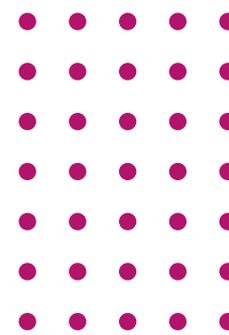
Sé que el amor de pareja me fue esquivo, marcado por un tiempo de felicidad, por un corto tiempo, y desaparecía sin ninguna explicación. Ahora solo sé que el amor está en cosas tan pequeñas que están a tu alrededor de ti o en ti. Solo ámate y ama.





Nicolasa Burgos Medina

Un domingo de mayo, en el que se estaba celebrando el Día de la madre, en el año en que se inicia la década de los sesenta, nació en la ciudad de la eterna primavera. Su formación académica fue inestable: inició estudios en Medicina, en Arte y luego en Salud ocupacional, para finalmente dedicarse a la gastronomía. Ya en sus años dorados disfruta del amor de su familia, continúa con su restaurante y, en las horas de descanso, disfruta de diferentes actividades lúdicas, una de ellas asistir al proyecto “Historias en Yo Mayor”, que le ha brindado gran satisfacción al permitir compartir una de sus vivencias.



Creador de ilusiones

Por Nicolasa Burgos Medina

“Yo no nací para amar, nadie nació para mí”. Aunque era muy joven, solía cantar esto mentalmente, ya que no me atrevía —ni me atrevo— a cantar de viva voz. Me identificaba con esa canción, pues mis compañeras de colegio ya estaban casadas, algunas con hijos, y yo continuaba dejándome conquistar por cada novio nuevo que, obviamente, no me iba a durar. Fueron tantos los novios que tuve, que perdí la cuenta. Yo, una jovencita educada por monjas, con la fortuna de haber pertenecido desde los 13 años a la Cruz Roja y a los scouts, había ganado mucha experiencia para relacionarme con hombres, a los que siempre he considerado como iguales y por los que jamás me he sentido marginada o discriminada. Pero, a pesar de tener decenas de amigos, lograr un amor de verdad me costaba desvelos y era causa de una enorme ansiedad. Por eso las relaciones con mis novios nunca fueron duraderas, se terminaban convirtiendo siempre en relaciones de camaradas, de grandes amigos que todavía conservo; eran más una atracción intelectual que carnal.

Estaba iniciando mi universidad en la carrera de Medicina; éramos muy pocas mujeres en la Facultad y teníamos a nuestra disposición un abanico de jóvenes para escoger. Me seducían los de ideas izquierdosas, los de voz grave y que convocaban a las marchas, los inconformes y de sensibilidad social.

Por ello llegué a mis veintitantos sin un amor estable, hasta que lo conocí. Fue una atracción que mezclaba los aromas de la química y el magnetismo de la física; era tal su carisma, producto de su riqueza en el manejo del lenguaje, que se sentía como un seductor innato, con una cultura enciclopédica que era, además, el sello de su familia; una familia destacada por ser grandes oradores y políticos. Ante el hallazgo de este macho alfa, atractivo, seductor y dominante gracias a su mar de conocimientos, no tardé en sucumbir a sus encantos; me dije, “no importa cuánto dure, lo disfrutaré al máximo”. Estaba segura de que iba a ser un amor fugaz más, pero mira que el corazón y la razón muchas veces se equivocan.



Abandoné mi carrera y me fui con él a vivir en un mundo de aventuras; nunca hubo dinero, pero jamás faltaron los amigos en casa, pues cada uno llegaba con un aporte para armar y compartir un ágape. Cada noche era una tertulia rica en versos y prosa, inventos, pinturas y composiciones musicales, una peripecia sin fin, sobreviviendo de ilusiones.

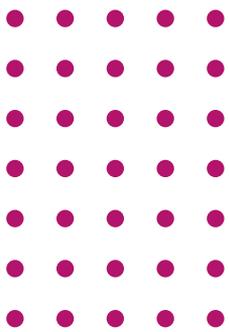
Era un amor que lo abarcaba todo: creación, diversión, diversidad de conceptos, de intereses que convergían en una seducción permanente, fruto de la cual tuvimos cuatro hijos. Nuestro amor duró hasta que las ilusiones dejaron de deslumbrarme.





Martha Benavides Delgado

Nació el 15 de abril de 1957. Es la segunda de 8 hijos (7 mujeres y 1 hombre). Desde niña, sus padres le inculcaron el amor a la naturaleza y a disfrutar de las cosas sencillas de la vida. Por esta razón, estudió Biología en la Universidad Javeriana. Luego hizo un postgrado en Gerencia de Recursos Humanos en la Universidad Externado de Colombia. Durante varios años trabajó como voluntaria en el diseño y puesta en marcha del Programa de Atención a las Familias de pacientes con Alzheimer (PAF), en la Universidad Nacional de Colombia. Se enteró de Historias en Yo Mayor a través de una publicación e invitación que vio en Facebook. Está muy agradecida y feliz de haber tenido esta gran oportunidad de escribir y contar sus propias historias de vida.



Historia de amor

Por Martha Benavides Delgado

Vivíamos en Bogotá, en el Barrio los Alcázares en una casa grande con cinco habitaciones y tres niveles, con un patio interior muy grande que disfruté mucho en mi infancia y adolescencia.

Cómo éramos tantos hermanos (ocho hijos), mi madre nos exigía ayudar en los quehaceres del hogar. Nos asignaba a cada uno una tarea diaria que organizaba en un cuadro semanal. Cuando llegaba el domingo nos daba un premio por la ayuda: una deliciosa milhoja que compraba en la panadería El Gardenia. Inolvidable ese premio semanal.

Yo cumplía con las tareas asignadas por mi mamá y las hacía rápido, con el interés de que me dejara salir a la calle a jugar con mis vecinos. Jugábamos tarro, escondidas, quemados, soldados libertados, montábamos cicla, y disfrutaba mucho patinar con los patines que me regalaron en una Navidad. Esa cuadra fue inolvidable. Se organizaban las coca-colas bailables de 3 a 5 pm. Íbamos a aprender a bailar con nuestros vecinos que más nos gustaban. A veces “comía pavo”. Había un amigo en especial que me encantaba, tenía un perrito y, con la disculpa de vernos, timbraba en mi casa para que saliera a ver al perro. Pero qué va, nos gustábamos mucho, esos ojos nos brillaban. Por las mañanas pasaba el bus de su colegio y yo le sonreía cada vez que pasaba frente a mi casa. Nunca pasó nada entre los dos ni lo volví a ver.

A mis quince años me invitaron a una fiesta de una prima de mi prima. Era una fiesta con vestidos largos gitanos. Yo iba muy contenta con mi vestido y con el corte de mi pelo por capas que me hicieron después de muchos años de tenerlo grueso y largo, de color canela muy bonito (tanto que el peluquero no quería cortármelo ese día). Fui muy elegante y feliz.

Me sacó a bailar mi gran amor y ese día me pidió el teléfono.

Comenzó a visitarme en mi casa, a recogerme en el colegio y a llevarme rosas. Nos hicimos novios. Mi papá era muy celoso. Lo sentaba en la sala a preguntarle por la familia, que quién era su papá, qué hacía, etc. Un cuestionario completo llenaba mi novio. Recuerdo a su papá, un viejo lindo, veterinario, con una barba larga blanca. A veces lo visitábamos.



Recuerdo una fiesta de 15 años que nos invitaron en el Hotel Tequendama. Para esa fiesta mi papá y mi mamá nos compraron a mi hermana y a mí unos vestidos largos azul y amarillo. Mi papá nos llevó en el carro a la fiesta con nuestros novios, pero a las 12 de la noche fue por nosotros. A mí me sacó de la pista de baile, estaba muy contenta con mi novio y eso creo que a mi papá no le gustó para nada.

En Navidad, no sé cómo hacía para reunir algo de plata para comprarle a mi novio un regalo. Recuerdo el esfuerzo tan grande para comprarle una loción Old Spice. Me sentí feliz el día que se la pude regalar. Él me dio un osito de peluche azul y blanco que mantenía en mi cama.

Duré con él dos años de novia, y cometí el gran error de terminarle que dizque porque me gustaba otra persona. Totalmente falso. Me gradué del colegio y luego él me contó que ese día estaba en un carro viéndome entrar a mi casa con mi vestido rojo largo de grado.

Entré a la universidad y todo cambió, pero este gran amor nunca dejó de llamarme para mis cumpleaños. Nos queríamos mucho. Igual que él, yo me casé, pero seguíamos hablándonos. Hasta que se enfermó y lamentablemente murió muy joven.

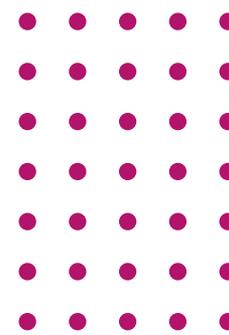
Desde donde esté, quiero agradecerle por este tiempo compartido, por su amor y amistad de toda una vida. Lo llevo en mi corazón por siempre. Fue mi verdadero amigo y mi gran amor.





María Ángela Pacheco

Nació en Bogotá hace ya cincuenta y nueve años. Contó con una niñez normal al lado de sus padres, trabajadores y muy luchadores. Siempre ha vivido en esta ciudad de encantos y amores desencantados. El viento la recorre día a día y trata de apoyarse en sus días nublosos y románticos. Recorre sus cuitas y no logra imaginarse a María Ángela sin este entorno lluvioso y frío. Escribe de la vida, del amor y de lo cotidiano de los días. Se envuelve en ilusiones, en pérdidas y ganancias. Aquí se queda, pasando los días construyendo historias lejanas, pero muy internas y amorosas. Aquí está renovando día a día la construcción de historias.



Al amor de mi vida

Por María Ángela Pacheco

M.A SINHUAR

Hoy le hablo al amor desde adentro, sin maquillajes, sin veleidades, con corazón y entrañas, hasta con odio. Te hablo primero a ti, al que creí mi verdadero amor, ese que me llegó una tarde llena de sol. Yo tan joven, tú tan joven, apenas aprendiendo a respirar y a soñar. Te vi de lejos y un corrientazo me atravesó toda de arriba abajo, con un puñado de emociones entremezcladas. Entraste en mis pensamientos con aquellos ojos ensoñadores y turbulentos al mismo tiempo. Sí, fueron tan solo unos segundos los que bastaron para quedar prendada e inevitablemente enamorada de ti, amor mío. Te quise tanto que aun hoy me asombro de que tanto amor pudiese haber existido de un ser a otro. Así te quería, con fuerza, con altivez, con orgullo, con celos, sin pensar en el mañana, sin pensar en el ayer. Fueron días y noches de soñar contigo, de sentirte cerca y lejos al mismo tiempo, y quién iba a creer que tanto amor nos mataría, tú lo mataste; sí, fuiste tú, así lo asumí siempre y hasta el día de hoy trato de no lamentarlo. Eras lo primero en el mundo y lo único, ese fue mi error y, sin sonrojarte, me arrumaste en el olvido, eso sí, sin perdón de mi parte. Luego, un tiempo después, te enlazaron otros brazos, otros labios calentaron los tuyos y los míos permanecieron por mucho tiempo fríos y yertos como el hielo, como el invierno.





Germán Cepeda Giraldo (Martín Baroja)

Asumió el seudónimo MARTÍN BAROJA en honor a don Pío Baroja (1872-1956). Nació en el Líbano (Tolima) el 16 de mayo de 1953. Le gusta la excelente comida. Llegó a la Escuela Virtual por insinuación de la docente Adriana Sáenz y de la mano de su nieto mayor Camilo Marulanda Cepeda, además del gran amor que profesa por las letras. Ha sido corrector y periodista de El Tiempo, El Espacio y Revista Credencial. Todos sus logros son para su esposa Yolanda; sus hijas Ginna Paola y Diana Marcela; sus nietos: Victoria, Isabella, Julián y, ahora, Jerónimo, su bisnieto.

Carta a mi profesora Soledad

Por Germán Cepeda

Bogotá, 21 octubre de 2022

Profesora Soledad

Ciudad.

Siempre recordada profesora Soledad, aquí estoy, tal y como hace 62 años, cuando hice muchas frases como castigo —ordenadas por ti—; estas, al contrario, las escribo para expresarte mucho afecto y, de paso, todo el amor del mundo.

Sentí mis primeras ilusiones amoroso-infantiles en épocas lejanas, al verte desfilar por aquel salón de clases, donde tú eras la reina, una señorita muy linda, de esas que dicen los muchachos de ahora que “paran el tráfico”; y yo, apenas un niño, pero ya con un corazón que sentía un gran enamoramiento por ti, por aquella profesora que me quitaba el sueño y que apenas me veía como un simple bebé.

Espero que estés bien de salud y que, al igual que a mí, algunos achaques de la vejez no te hayan afectado tanto; además, siempre rodeada por tu linda familia que, imagino, te haya dado hermosos nietos.

Y si el cartero no te encuentra, en caso de que ya hayas partido hacia el cielo, tiene claras instrucciones para que aborde un transporte espacial y deje flotando esta misiva en algún lugar del infinito espacio, donde uno de esos ángeles interestelares te la hará llegar.

PD. En caso de leer este mensaje, por favor hacérmelo saber mediante uno de mis sueños.

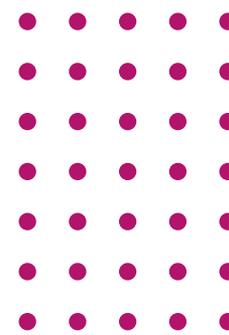
Con todo mi amor, Germán.





Orlando Uribe

La madre corría con su hermana y hermano, era la orden del abuelo. Atrás queda la familia tirada en los maizales. Ella llega a Bucaramanga. En 1953 nace Orlando y, con sus 5 hermanos, hacen de la solidaridad, la justicia social, las sonrisas, la felicidad y el estudio el centro de sus vidas. Los retos familiares los ha enfrentado junto con Carmelita, sus tres hijos profesionales y Martín. Viajan y comparten. ¡Son felices! Él es maestro y profesional, recorre países. Carmelita se apaga. Orlando conoce Historias en Yo Mayor por internet. Descubre que lo rayado en el papel trasciende más allá de su intención. Continúa fotografiando paisajes, compartiendo sus saberes y sueños.



El reto de expresar lo guardado en los pliegues del cerebro

Por Orlando Uribe

¡Hola, Carmela!

Escribir, cuando se quieren decir tantas cosas es llenar el cerebro de muchos recuerdos, sueños, utopías, tristezas, alegrías y la felicidad de haber transitado senderos y laberintos, unos impuestos por las circunstancias y otros forjados conjuntamente. Todos ellos contruidos entre los dos, con diferentes miradas y andares desde la convivencia que surgió de un encuentro maestro con una estudiante, del cual fue cómplice otro estudiante. Hoy, ellos están plasmados en paisajes coloreados por el tiempo.

Muchos estarán presentes en la galería de la memoria, otros revividos como cortometrajes llenos de desencuentros y encuentros producto de las dinámicas propias de la vida; los demás están en el baúl de los recuerdos o en el sótano del olvido.

Hoy, tu recuerdo permanece en la galería de mi vida, la cual recorro día a día, en unos momentos solo y en otros con nuestros hijos e hija. Ha sido un recorrido lleno de muchas reacciones contradictorias. Unas llenas de tristeza, otras de dudas e interrogantes y muchas llenas de felicidad con las cuales afanosamente busco respuestas o simplemente busco convertirlas en el diálogo que mantuve elaborando en silencio con el temor de expresarlo, de compartirlo; pero, sobre todo, de sincerarlo. La debilidad o la cobardía no me dejaron convertirlo en sonidos o grafos llenos de pinturas y de formas.

Atreverme a rayar esta hoja es el intento desordenado de abrir mi corazón para plasmar en ella, no los recuerdos, pues ellos viven y vivirán sin necesidad de abonarlos. Tampoco la tristeza, pues no es necesario ya llorar ya que tu presencia se transformó en la sonrisa y la alegría de Martín; en la sonrisa, el empuje de Isabel; en el guardar secretos y silencios de Alberto; en el compartir de Luis Carlos.

Agradezco el desarrollo de las tecnologías de la comunicación porque hoy las hojas son virtuales, así no verás la tinta corrida y los tachones al humedecerlas y presionarlas por la emoción, la pasión, los sentimientos y sinceridad con las cuales las lleno.



Como has notado, he venido divagando mucho; solo he tenido fluidez para adornar el diálogo que deseo tener, así solo vaya en una dirección por ahora. Como lo manifiestan los conceptos tradicionales, el diálogo tiene dos canales. Hoy hay un solo canal que recoge sin límites, las voces, las risas, los caminares, de un recorrido el cual está plasmado en las hojas de los calendarios que nosotros caminamos individualmente y como pareja. Ese es el libro de nuestras vidas y la vida de nuestros hijos, hija y el inicio del de Martín. ¡Ah!, aclaro que en el caminar que asumimos han llegado nuevas compañías que nos fortalecieron como familia. Ellas son Ana María, Carolina y Andrés.

También nosotros gozamos la felicidad de la compañía de nuestras familias, en especial yo he vivido la felicidad de contar con la acogida de la tuya, la cual, en últimas, se convirtió en la mía y con ella viví el conocer y el compartir con tías, primos y en especial con tus padres. ¡Gracias, vida, por la oportunidad que me brindó y me brinda de gozar grandes y permanentes momentos de apoyo en las muchas dificultades por las cuales atravesé y todavía atravieso, pero sobre todo en los triunfos y alcances que como padre, maestro y amigo alcancé!

He sido un andariego sin caminos determinados, ello no quiere decir que no sabía para dónde iba, solo que he sido un explorador permanente. Ello me dio la oportunidad de llegar a estos suelos. Acá realicé mi vida como padre, abuelo, suegro, ciudadano, profesional y maestro. Pero sobre todo como hombre feliz al compartir al lado de la mujer con quien tejimos esta larga red multicolor llena de gratos y perdurables momentos de nuestras vidas, quien reorientó mi andareguear forjando en mí el espíritu, la tenacidad para construir el futuro que siempre perseguí y sigo persiguiendo, el cual es el de ser feliz, para así llenar de felicidad a nuestra familia extensa, como muy bien la definió Martín una tarde cuando lo esperaba a la salida del colegio.

Muchos obstáculos, terrenos resbaladizos con grandes nieblas que poco a poco fuimos superando juntos, facilitaron nuestro avance profesional y laboral. Acá reconozco y agradezco toda la energía que me inyectó para llegar a ser el maestro, líder sindical y político que hoy soy. Recuerdo esas miradas y voces de llamados de atención, cuando me sentía agotado y a veces sin ganas de continuar, o cuando asumía posiciones radicales en mi vida política o sindical. ¡Recuerdo cuando se atrevía a acompañarme marchando en muchas jornadas!

En estos instantes llega a mí la primera vez que como estudiante participó en una protesta.



Ja, ja, ja, tuve que ir a hablar con la rectora para que no la sancionaran. Fue un secreto por un tiempo. El espíritu de defender tus derechos y los de tus compañeros fueron parte integral de tu vida. Recuerdo las conversaciones y los argumentos que me abrieron otra mirada de mis sueños de lucha por una patria incluyente, democrática; generaron en mí una fortaleza para cambiar el sendero, sin renunciar a mis utopías. ¡Hoy ellas han empezado a materializarse!

Para convertirnos en padres fue todo un proceso planificado, buscamos evitar problemas en tu salud y, sobre todo, priorizamos en la libertad de hacer lo que querías con los límites propios de ese actuar determinados por la hora, fecha, lugar y tiempo requerido. Así, siempre fue tu vida hasta el momento en que te transformaste en luz, paz y sonrisas.

Resalto que el trabajar y el estudiar fue una decisión autónoma tuya, sin importar los obstáculos y retos, los cuales te permitieron alcanzar grandes logros, los que asumías con la misma humildad con la cual hacías todas las cosas por ti y por los demás.

Paso a paso, pedazo a pedazo, construimos la familia que hoy tenemos. Los desencuentros nos llevaron a tomar la decisión conjunta de asumir las responsabilidades como familia por diferentes caminos que terminaron llevándonos de nuevo al mismo sendero, ¡pero ya con un nuevo caminante: Martín!

Para ello, fue necesario correr un tráiler del cual fuimos sus productores, pero con un guion muy doloroso para todos, muchas veces se hizo el corte para unir las partes, pero no coincidían, por ello lo mejor fue dejarlo avanzar.

Sucedían cosas extrañas, los caminares siempre tenían encuentros de rumbos similares. Unos en política, otros en estudio, en trabajo social, con la familia o simplemente en compartir un almuerzo, una visita, un viaje, un café y hasta unos tragos. Existió un canal roto entre nosotros para hablar de muchas y pocas cosas. ¿Por qué? ¡Nunca lo sabré!

Existen muchas situaciones que voy a expresar, pues no solo hacen parte de mi desahogo, sino también de esperar ser escuchado desde el silencio de tu presencia. Ellas tienen que ver con cada uno de nuestros hijos: Luis Carlos ha asumido una nueva ruta juntamente con Ana María. Isabel poco a poco va forjando su futuro, recuerda nuestros primeros momentos de convivencia, alquilamos una pieza y tu familia no aceptó, brindándonos una casa para empezar la construcción del hogar. Alberto va afrontando las dificultades dejadas por la pandemia en su hogar y en su profesión.



Hoy, ese silencio que forjé mantiene mi cerebro reelaborando, ya sea para ser perdonado o simplemente para disculparme por muchas cosas que pensé o realicé. Aclaro que no fueron y no han sido aquellas que hayan afectado la dignidad de ser mujer, madre y compañera. Ese silencio lo grito en estas líneas con potencia, recordando al hermano Giraldo, mi coordinador de colegio, quien nos decía: “las cosas que se piensan se hacen o no se piensan”.

El tráiler se convirtió en una serie, la cual poco a poco fue integrando nuevos protagonistas y guionistas. Estamos viviendo una nueva temporada con nuevas escenografías, ambientaciones y guiones con contenidos diversos y de pronto sin líneas muy definidas.

Si estas líneas fueran leídas en voz alta, expresarías el afecto por ellas a través de una sonrisa dirigida a todos los presentes y dando un giro dirías:

—Isabel, acompáñeme. ¿Nino y Ana María ahora para dónde van de paseo? Alberto, ¿el niño viene hoy?

En tu mundo familiar, laboral y de amistades el reconocimiento por el servir a los demás y por la terquedad que ponías para impulsarlos a mejorar sus condiciones laborales, personales y de familia se mantiene igual como sucede con nuestros hijos, hija, nieto y sus familias.

Lentamente voy terminando este diálogo y sigo preparándome para continuarlo en otros espacios y momentos; dejar salir el caudal represado de conversas que estaban esperando ser dialogadas ya sin un tinto. También lo hago para evitar el represamiento que venía inundándome, que no me permitía seguir avanzando con mi vida, para asumir tu deseo de que siga adelante con todos mis proyectos y que siga pendiente de la familia.

Poco a poco esta ausencia física la voy asimilando y, así, seguir sintiendo tu compañía y apoyo permanente desde las diferentes expresiones de la vida. Gracias por la compañía, la complicidad en el recorrido que hicimos y que seguiré, con nuestros tres grandes hijos, el bello Nito y las familias que ellos conforman. Sitio especial ocupan tus hermanos, Alicia, mis hermanos y muchas personas que han abonado el sueño que construimos conjuntamente en la laureada premier de la que eres ejemplo de vida.

¡Un inmenso abrazo!

Orlando.

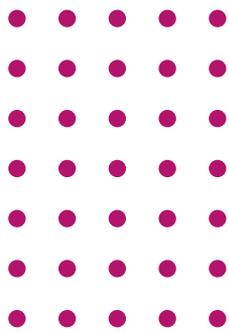
Santa Rosa de Cabal, septiembre 18 del 2022





William Chacón

Nació el 21 de abril de 1963 en Bogotá. Es Ingeniero Catastral y Ambiental, pero tiene total certeza de que la mejor experiencia de su vida ha sido vivir y disfrutar del amor de padre. La vida le dio el regalo de ser padre de Laura Marcela, quien partió de este mundo terrenal hace 3 años, dejando un gran vacío en su alma. Disfruta del cine, la exploración, los paisajes y la cultura. Está muy agradecido por la experiencia vivida en la Escuela Virtual, pues le permitió aprender las herramientas para expresar aquello que lleva dentro. Le dedica, con todo su corazón, este aprendizaje y vivencia a su amada hija.



Una carta pendiente

Por William Chacón

Aprovechando el ejercicio que implica plasmar en un escrito y pasar de la mente, la memoria y los sentimientos a través de los sentidos de nuestro cuerpo a la escritura, quiero en este ejercicio dirigir un mensaje que, aunque mantengo dándome vueltas en mi cabeza, por alguna razón he estado esperando que lo pueda expresar de tal forma que sea muy respetuoso, claro y en especial amoroso, exteriorizando mis emociones y pensamientos.

Le escribo esta carta al amor de mi vida y, como siempre mantengo el deseo, creo que ha llegado el momento de plasmar en la escritura todo lo que he podido sentir, ya que nunca he dejado en palabras y gestos de hacerlo.

Desde que conocí hace ya varios años a esa hermosa mujer, supe con certeza que se había convertido en el amor de mi vida; mi único y verdadero amor; superior incluso de los que se pueden afirmar al tener más amores hacia las personas que son muy especiales en mi vida. El placer de recordar esos momentos es superior; es aliciente fresco de las emociones y los sentimientos que me han embargado desde que la conocí.

Nunca vi tanta belleza y tanto poder juntos. Fue evolucionando a través del tiempo y siempre me reafirmó lo que de cuando en vez se escucha decir, que en alguna ocasión tendremos la certeza de conocer el amor pleno y la idea de la felicidad total.

Siempre la miraba y le hablaba con la emoción de quién sabe qué. Aunque no puedo saber qué pensaba o sentía, sabía y no solo por percepción, que estaba muy bien correspondido.

La fuerza magnífica de sentirme capaz de dominar el mundo y cualquier circunstancia con tal de procurar que ella fuera y estuviera lo más feliz posible me daba todo el aliciente para ser el más dichoso de este mundo, pudiendo desde lo básico entregarle a tope mis capacidades, siendo invencible ante cualquier circunstancia y sabiendo que lo que fuera lo podría franquear.

Siempre me sentí cómplice de nuestros sentimientos únicos, de compartir como lo sentía el lazo que es indestructible y que permite que tú puedas luchar contra cualquier circunstancia



por adversa que pareciera, pero que al final te sentías regocijado por la simple recompensa de lo logrado.

Te extraño mucho porque eres, y seguirás siendo, la muestra del amor más grande de este mundo y más allá de todo. Aunque parezca cliché, eso me ha dejado tan tranquilo y optimista porque solo así sé ahora que nos podemos sentir felices de lo que hemos vivido y, en especial, de cómo lo hicimos; te guardo en mis entrañas, en mis más profundos pensamientos y los llevaré hasta el final de mis días.

El gusto más grande es sentir que te tengo siempre conmigo, aún y a pesar de que han pasado ya tres años desde que físicamente ya no estás conmigo, pero mantengo el mayor orgullo de la certeza de un vínculo que, a diferencia de nuestras vidas, trascenderá más allá de lo conocido y me permitirá mantener con orgullo el título que más amo en la vida y que, por decisión, solo quise que tú me lo concedieras.

Sí, el de ser papá. No importa que no me pudieras hablar o decirme lo que tanto deseaba, que era solo escuchar tus palabras; así entendí que, aunque en la vida ocurren asuntos que no necesariamente tendrán respuesta, como conocer de las discapacidades o las limitaciones físicas y cognitivas. Cuando las emociones y los sentimientos filiales son más poderosos y fuertes de lo que nos imaginamos, se tiene la tranquilidad de la certeza que solo da el amor real y verdadero.

Felicidad total y eternas gracias por darme más que la vida, la posibilidad de ser feliz hasta más allá de lo que la misma vida pueda conocer.

Te amo y te seguiré amando, Laura Marcela. Hasta siempre, hija mía.

Tu siempre orgulloso papá.

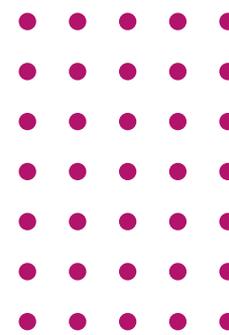
William





Gloria Hernández

Nació en Bogotá en 1946, en un hogar de clase media, con un padre de ideas revolucionarias y periodista militante. Se casó muy joven: su diploma de bachillerato fue su primera hija. Su segunda hija llegó 16 años después, al finalizar su vínculo matrimonial. Después de intentar la Contaduría, se dedicó a su pasión: la Guardería Mamá Goya. Hace parte del Consejo de Sabios y Sabias y de la Comisión de Cultura de la localidad de Usaquén. Tiene dos nietos: el mayor, de 21 años, que estudia economía; y la segunda, de dos meses de nacida; “Emilia, con grandes ojos pícaros y una risa adulatora”, como ella misma la describe en el texto que aquí nos comparte.



Emilia

Por Gloria Hernández

Escucho tu risa y tu llanto,
tus pasos correteando por la casa.
Imagino tus manitas escarbando la tierra
y siento en mi cara tu cabello
sedoso que pareciera un canto
de cascabeles y romances
surcando el jardín de flores y perdices.
Pero tu tan ansiada presencia
se detiene y haces que recupere la paciencia
con calmado acento, canto....

Abuela, llega a mi oído,
un susurro a veces delicado y
otrora con el grito remilgado y
exigente de amor, más atención.
Y lo repites a menudo
porque deseas brazos y abrazos
con ojos muy vivaces y picarescos.
Recuerdo a tu madre retozar
en la cama y en el canto
como una oruga con encanto
se escucha música en mi oído.



Tejo presurosa el saquito,
con lana sonrosada de bebé
que un día lucirás como se debe,
con gracia y donaire, pasito a pasito,
persiguiendo al gatito,
que corriendo y con premura
se esconde de ti en la espesura
de las cortinas deslumbra un rosado saquito.

Un gato plata y gris ronroneando
decide enredar sus garras en rosado saquito
que gatea a esconderse...

Para Emilia, de la abuela Gloria





SEMANA 3

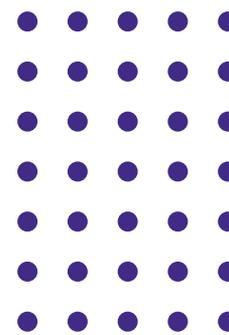
Termina la segunda semana del Tercer Heptamerón y comienza la tercera en la cual, bajo el reinado de la infancia, los mayores comparten la historia de sus primeros años.

Por evitar el castigo de sus padres, María Teresa culpa a su hermano de iniciar un incendio; Fabiola narra la historia de un niño que se esconde para sortear la reprimenda de sus padres; una muñeca ajena delata a Yolanda y su hermana que tendrán que enfrentar las marcas de Doña Verbena; a Betsabé, por poco, se le queman los perros en la puerta del horno; Carmen Lucía rompe impunemente un vidrio de la casa de sus padrinos; María Elisa huye despavorida de unas vacas altaneras; Gilberto es testigo del nacimiento de una gloria del ciclismo; Daniel, con esmero, consigue continuar sus estudios en Cartagena; Fernando vence a su maestro y deja de admirarlo; María Obdulia descubre que no es la única que debe esconderse en la cocina; y Luis Carlos decide buscar en sueños a su padre a bordo de un carro de bomberos.



María Teresa Mora S.

Alguna vez esta Comunicadora Social-Periodista, Especialista en Mercadeo, ex-maratonista, nacida el 21 de octubre de 1964 en Medellín, creyó que podría ser escritora. Participó en algunos talleres que le dieron cierta seguridad, aunque ser mamá de Camilo y Luisa y además viuda, fue complejo. Hoy felizmente jubilada se dedica a leer, escribir y trotar con su perrito recién adoptado. Sus relatos los retoma de la vida personal, de rumores o de historias oídas en los pasillos del mundo. Un día mirando redes encontró a Historias en Yo Mayor, se sintió identificada y se inscribió.



¡Grandísima sapa... te vas a arrepentir!

Por María Teresa Mora S.

—Maríaaaaaa, Juaaaaannnn. ¿Dónde están? ¡Estos muchachitos tan callados y escondidos, qué estarán tramando! Mmmmm. Huele a humo. ¿De dónde será?

—María, mira, es que aprendí a hacer arcos y flechas con ganchos de pelo y fósforos. Y salen volados y apuntan a donde uno quiere.

—¡Qué rico! ¿Y cómo se hacen? ¡Ensayemos, ensayemos, pero ya!

En ese momento, María se encontraba jugando en la terraza del segundo piso y, aunque se lo prohibían porque era peligroso, a ella no le daba miedo estar allí y brincar al primer piso. La terraza era alta, para ingresar se tenían que hacer maromas por una de las ventanas del segundo piso, o encaramarse desde el primero, poniendo un pie en la llave de agua del patio, enseguida hacer fuerza con los brazos y apearse a la ventana del baño de la empleada del servicio y de ahí ya estaba a una escala de distancia. La terraza era para ella su lugar de juegos preferido por la privacidad y porque podía imaginarse las historias de vivir como princesa, reina o doncella. Además, era el sitio ideal para esconderse cuando una maldad se hacía y no quería ser encontrada.

Juan sabía de esta locación y estaba seguro de que allí la encontraría. Se subió por la canilla hacia la ventana y en un santiamén estaba junto a María con un par de ganchos de cabeza, unas pitas y una caja de fósforos, pero tenían que ser de los de papel encerado, marca El Rey. Esos eran perfectos para lograr hacer la pilatuna.

Los dos hermanitos comenzaron a doblar los ganchos para que quedaran abiertos al revés, enlazar la pita, que quedara super templada y, así, ya con forma de arco, solo era cuadrar el fósforo que encajara en el gancho. Como este era de papel, fácilmente se introducía en él, se prendía el fósforo con otro y la flecha-fósforo salía volada a través de los siete mares y las montañas del mundo a caer en un matorral seco del jardín de su casa.

Y, claro, el fuego se inició. María sabía tirarse de la terraza al patio, sentándose en el borde y saltando al vacío. Pero Juan no quería brincar y se demoró más en bajar. Cuando los dos niños trataron de apagar el incendio, ya había alcanzado grandes proporciones y en ese momento fue que la mamá de los terribles niños se dio cuenta de lo que pasaba por el olor a humo y porque la llamarada ya era muy intensa.

Tuvo que llamar a cuanto sujeto estaba cerca para poder apagar el patio de la casa. Como la ropa recién lavada estaba extendida allí, poco o nada quedó; es más, sirvió como combustible para adicionarle al incendio fortaleza. Baldes de agua, la manguera del patio, una caneca grande en la que almacenaban agua, todas las llaves de agua abiertas, ollas, poncheras, cacerolas y cuanto utensilio se encontraron.

Después de dos horas, pudieron controlar el fuego y volver poco a poco a la calma.

Juan y María estaban escondidos en la terraza. Se habían subido por la ventana del segundo piso para que no los vieran y allí se acostaron en el áspero suelo, esperando a que se olvidaran que fueron ellos los autores intelectuales y materiales del caótico suceso.

Ambos lloraban, pero sin hacer ruido, para que no se los pillaran, pero el papá ya conocía el lugar secreto de María y cuando pudo llegar a la casa para ayudar a recomponer el patio, el primer sitio donde los buscó fue allí.

A Juan y a María casi les da un infarto infantil porque nunca se imaginaron que los iban a encontrar tan rápido.

—¿Quién fue el chistoso que le lanzó fósforos al matorral? ¡Por Dios, quién es capaz de educar a este par de pirómanos! —decía la mamá.

—Trata de estar calmada, Alicia, son niños y nosotros tenemos parte de la culpa por no recoger rápido la maleza del patio —dijo el papá—. No digo que no les digamos nada ni que no los castigemos, porque tienen que aprender, pero para la próxima vez se desyerba, se motila la manga y se recoge de inmediato. Son cinco niños, todos muy creativos, de ideas tan diabólicas como estas, pero son niños.

—Y, entonces —dijo la mamá— ¿No va a pasar nada? Claro, como Juan es el mayor y usted lo quiere tanto, pues entonces perdonémosle esta y las próximas que se invente. Algún día nos vamos a quedar sin casa.



—Niños, vengan un momentico a la pieza nuestra y cierren la puerta —fue la orden del papá.

—Ay, Dios, nos van a matar —le decía María a Juan.

—Ah, no creo —decía Juan—. Nos regañan, nos castigan y de pronto nos dan una pela, pero nada más, no te preocupes.

—Ayyyyy, ayyyyy, ayyyyy —se lamentaba María sin saber siquiera qué iba a pasar enseguida.

—Por favor, entren y cierren la puerta —dijo el papá, con cara de pocos amigos y en un tono que jamás le habían escuchado.

—¿Quién les dio permiso de jugar con fósforos? —preguntó la mamá.

María, ni corta ni perezosa, acusó de inmediato a su hermano, porque sabía que si ella no se defendía primero, sería la más castigada, porque era la más necia y, además, era evidente la preferencia del papá por Juan.

Juan la miró con rabia. Esta vez no se iban a salvar. El daño fue grande y, a pesar de haberlo hecho sin ninguna intención, ella también participó. Desde ese momento la relación tan estrecha que ellos habían llevado ya no sería la misma. Pero María nunca se imaginó que unos años más tarde Juan dejaría de existir por un trágico accidente que ya jamás quiere recordar.

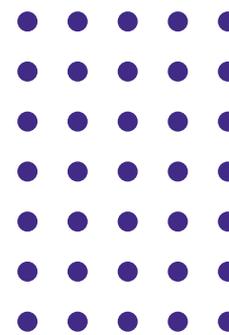
Y... ¡Cómo se extraña y añora a un hermano que fue su compañero de vida, por edad, gustos, ideas, preferencias! Entre ellas, un gancho y una caja de fósforos El Rey para hacer tiro al blanco.

Chao, Juan, descansa en paz y recuerda que ese incendio fue provocado por ambos, pero yo de alguna manera, me tenía que salvar.



Fabiola Martínez

Nació en Bogotá el miércoles 6 de junio de 1962. Sus padres le llamaban la “Tres Pelos”; vivió una infancia feliz, rodeada de sus padres y hermanos, época de juegos en la calle con total libertad. Es Licenciada en Pedagogía Infantil, con diplomado en Neurolingüística para la primera Infancia. Se encuentra disfrutando del fruto de su trabajo. Lo que más le gusta hacer es aprovechar el tiempo en potencializar su creatividad e imaginación a partir de la narración de historias y cuentos; fue entonces que se encontró con la Escuela Virtual de Historias en Yo Mayor; para ella fue todo un acontecimiento el lograr un propósito que tenía pendiente y que había buscado a lo largo de los años: el gusto por escuchar y ser escuchada, escribir y narrar sus propias historias a partir de sus vivencias.



Con cabeza fría

Por Fabiola Martínez

Qué rico es ser niño. Uno no tiene que pensar mucho, solo jugar y divertirse; sin embargo, se presentan pequeños problemas que se salen de las manos y toca acudir a estrategias como el juego del escondite. Cierta día (más o menos como a las 12:30 de la tarde) los hermanos Martínez iban llegando a la casa después del colegio, cuando en el camino los abordaron unos niños que también salían de estudiar. No sé qué pasó exactamente, ni en qué momento empezaron las cosas, lo cierto es que, de repente, el hermano menor, llamado Germán, dijo:

—¡¡¡A correr, vamos, corran y no volteen a mirar!!! —lo que se sentía era que caían piedras de todos los tamaños— ¡¡¡Corran para la casa, vamos!!!

Cuando llegaron, golpearon muy duro y con mucho afán. La mamá abrió la puerta y ellos ingresaron muy rápido, se les veía muy agitados y asustados, pero Germán le dijo:

—¡Mamá, cierre la puerta, rápido, y no vaya a abrir que nos persiguen unos niños y no sabemos por qué!

No habían transcurrido ni cinco minutos cuando timbraron. Se miraron abriendo los ojos como si les fueran a echar gotas. Uno de ellos dijo:

—¡¡¡No, no vaya a abrir!!! —y con ambas manos se tapó la boca como para que no se fuera a salir ni una palabra. La mamá abrió y, ¡oooh!, qué sorpresa le esperaba al abrir esa puerta; ustedes no se pueden imaginar con lo que la pobre mujer se iba a enfrentar.

—Buenas... —dijo ella con voz muy amable, pero no pudo terminar el saludo pues al frente estaba parada una de las vecinas, doña Marina, la mamá más temida de la cuadra, con su hijo de la mano, con cara de muy mal genio.

—Mire, señora, su hijo me le acabó de hacer esto al mío —al levantar el muchacho su cabeza, la mamá de los Martínez se encontró con su rostro y su mirada asustados, lleno de lágrimas que se mezclaban con el rojo de la sangre que escurría desde su cabeza.

—¡Por Dios!, ¿qué le pasó? —preguntó la madre.

—Pues, señora, su hijo descalabró con una piedra la cabeza de mi hijo. Usted mire qué va a hacer.

La mamá de los Martínez, sin dudar un momento, dijo:

—Un momento, por favor, voy a ir a recoger dinero y nos vamos para el centro médico.

Al entrar, cerró la puerta, y con solo esa mirada que les dirigió a sus hijos, ellos ya sabían qué les esperaba. Entonces preguntó:

—¿¿¿Quién fue?!!! —Ninguno respondió— No tengo afán, así que, cuando regrese, tendré tiempo de averiguar —y volteó a mirarlos saliendo rápidamente.

A Germán, quien fue el que causó este alboroto, no se le veía por ningún lado; claro, ya estaba escondido debajo de la cama y no quería salir. Se agacharon todos y le dijeron:

—La mamá ya se fue muy brava por lo que usted le hizo en la cabeza a ese chino de la vieja Marina, y ¿ahora qué vamos a hacer? Le van a pegar muy duro, y cuando llegue el papá, ella le va a contar, y va a ser peor.

Él salió de su escondite y les dijo:

—¡Yo me voy para la calle!

Qué sorpresa se llevaron cuando fueron a abrir la puerta y se dieron cuenta de que la mamá la había cerrado con llave.

—¿Y ahora sí qué vamos a hacer? —se preguntaron muy confundidos.

Pero como para todo hay solución, corrieron hacia al patio a llamar a los vecinos para pedirles que si los podían ayudar. Empezaron a gritar hasta que ellos se asomaron y, entonces, los chicos les contaron lo que había sucedido. Los vecinos los miraban desconcertados.

—¿Y qué podemos hacer? —preguntó Lucy, la vecina que era la más grande de los hijos de esa casa.

—Lo único es que nos presten la escalera para que Germán se suba y se esconda en el zarzo. ¿Nos ayudan? Digan que sí, por favor, ¡antes de que llegue nuestra mamá y lo castigue! —dijo el mayor de ellos.

—Listo. Manos a la obra. Pero antes tiene que comer algo porque qué tal no pueda salir; además, por si le toca quedarse toda la noche —respondió Lucy.

Le llevaron una cobija y le advirtieron que se quedara muy callado y no hiciera ruido

Al fin pudo esconderse en el zarzo de la casa. Ya habían visto muchas veces al papá subirse



para arreglar las tejas rotas del techo; allá había un espacio muy grande. Llegó al rato la mamá y lo primero que dijo, mientras miraba a uno por uno, fue:

—¿Dónde está Germán? —ninguno quería contestar, así que volvió a preguntar de nuevo.

—¡Creo que se fue para la calle! —contestó una de las hermanas.

—¿Y cómo salió? Porque creo que por la puerta no pudo ser. Pero bueno, listo, entonces esperaremos, pues aquí tendrá que volver ya que esta es su casa, aquí vive y tarde que temprano tendrá que aparecer. —Ella se volteó y añadió— Su papá casi ya está por llegar!

Cuando el papá llegó, todos estaban muy serios por lo que podía suceder, pues no sabían cómo iba a reaccionar. Pero fue todo lo contrario a lo que esperaban. Se lo tomó muy tranquilo, se miraron con la mamá y no dijeron nada. Unos minutos después, el papá dijo solamente:

—¡Vamos a comer! ¡Se lavan las manos antes y luego ayudan a su mamá a dejar todo organizado, se lavan los dientes y espero que tengan sus tareas listas para el día de mañana y se vayan a dormir!

Se miraron los hermanos incrédulos, como diciendo, pobre de mi hermano, arriba solo, con hambre, con frío, pero ninguno dijo nada, todo fue un silencio que pareció eterno, cada uno fue a hacer lo que se les había ordenado. A la cabeza de todos llegaron esas historias de fantasmas y espantos que el abuelo les había contado cuando lo visitaban en su finca y que eran las responsables de que pasaran muchas noches en total desvelo. Sabían que Germán ya debía estar muriendo de miedo viéndolos aparecer en cada espacio de su escondite.

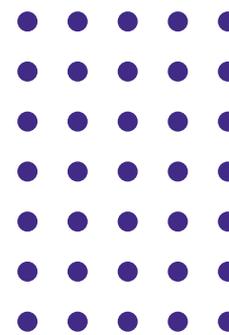
Jamás supieron cómo los papás se habían enterado sobre el lugar donde se había escondido el causante de tan enorme despelote.

Si al fin apareció y si hubo castigo, claro que sí; pero ese castigo fue para todos por no contar la verdad y ocultar en dónde se había escondido el hermano. Lo que también es cierto es que por una semana no se les volvió a ver por la calle, solo iban al colegio acompañados por sus papás; ni siquiera se les vio el domingo, cuando solían salir al parque. Desde ese día todo les cambió, y comentaron los vecinos, que les habían ayudado, que con frecuencia se escuchaba desde el patio las recriminaciones que los hermanos le hacían a Germán a quien culpaban por todo lo que les pasó.



Yolanda Amaya

En un pequeño pueblo conocido como “El Balcón Florido de Risaralda”, nació un 21 de mayo de 1963. Creció entre cafetales y guamos, al ritmo del Rock and Roll y de bambucos que le llenaron el alma de melodías, de Colombia y de sus paisajes. Estos despertaron su amor por la música, la guitarra, la lectura, los viajes y la escritura. Abogada, especialista en familia y derecho administrativo con más de 30 años de ejercicio profesional. Casada con un enamorado del campo y de los cafetales, con quien le mete el alma al campo y a la caficultura al lado de su coequipera e hija, María Camila. Un día de asueto y de husmear las redes sociales, o de stalker, como dicen los más jóvenes con los vocablos de jergas extranjeras, se encontró en Facebook con la maravilla de Historias en Yo Mayor, y se quedó. Allí encontró el clic para dar salida a su pasión guardada y aplazada: **ESCRIBIR**.



De las travesuras de mi infancia, esta es una de las más recordadas

Por Yolanda Amaya

Nací y me crié en un hermoso, pequeño y florido pueblo llamado Balboa, balcón florido de Risaralda; donde levantarme, bañarme y salir a la escuela después de orar a Dios, era el más grande deseo cada mañana. No había celular, internet, Google, computadores, tabletas o Xbox. Y, en mi caso, tampoco teníamos televisión; solo la radio y la radiola donde oía el traque traque del Rock and roll que mis hermanas mayores escuchaban y bailaban mañana, tarde y noche.

Pero es que la escuela y el viaje rumbo a ella, al lado de mi hermana menor Orlanda, era toda una fantasía; porque pasábamos por la casa de Don Lolo, el matarife del pueblo y, además, amigo de mi hermano mayor, Alcides. Este último fue nuestro padre hasta que tuvimos 9 años y nuestra profe doña Marina, llamada así, no precisamente por lo doña, sino porque así la bautizó el cura del pueblo vecino, nos contó a mi hermana y a mí que nuestro papá Alcides realmente era nuestro hermano mayor, quien suplía la ausencia del padre que salió un día a traer la leche para mi hermanita menor y jamás volvió.

La casa de Don Lolo era la viva muestra de que existía la felicidad: era grande, como la mía, pero de múltiples colores: unos rojos que, decía su hija mayor, era para indicar que su padre era el jefe liberal del pueblo; otros verdes limón, amarillos y azules, como las plumas de las guacamayas que en cada esquina del corredor corrían sobre las varas, cotorreando y hablando todo el día. Pero, además, la casa contaba con un corredor inmenso que invitaba a entrar y a jugar con la pila de muñecas negras, monas y blancas, unas flacuchentas, sin caderas, y otras regordetas, con puchecas y cachetes que se escurrían y aplastaban al cogerlas. Eran hechas de trapo, rellenas de algodón y de pequeños retazos que doña Leonor, la esposa de Don Lolo, guardaba de lo que le sobraba de las costuras que hacía a casi todos en el pueblo. Las muñecas tenían sus fogones, vajilla, ollitas y cuanta cosita pudiera haber para la diversión de una niña que, como yo, a los 5 años, no tenía sino una muñeca grande inexpresiva que no se podía

cargar porque se dañaba o se ensuciaba su vestido blanco. Había, además, trompos, valeros, bolas, yoyos de Coca-Cola que alumbraban y sonaban melodiosas armonías al tirarlos, yaxes multicolores y un ajuar para todas las muñecas, que envidiaría hoy en día la más bella princesa.

Cada día, sagradamente, sin pedir permiso ni anunciarse, a las 7 de la mañana mi hermana y yo entrábamos en acción en el inmenso corredor y jugábamos por espacio de media hora con todo lo que hallábamos en ese mágico espacio. Y después de prepararnos en esos pequeños utensilios la arepa y el chocolate para desayunar y darle también el desayuno a nuestras hijas de trapo adoptivas, arreglábamos todo, como estaba, y proseguíamos rumbo a la escuela; eso sí, guardábamos antes, en una esquina, algún objeto que nos gustara para llevarnos en la tarde, cuando volviéramos regreso a casa. Así vivimos durante varios días la animada rutina de despojo y el encuentro diario de muñecas, yoyos, vajillas y trompos que, decíamos a nuestra madre, mágicamente encontrábamos rumbo a la escuela.

El domingo 13 de junio, a diferencia de los demás domingos en que Don Lolo llegaba a casa a las 7 de la mañana con toda la carne y la asadura fresca que mi hermano Alcides le encargaba para la semana, pasó la hora y don Lolo no llegó. Y ya como a las 9 nos mandaron con urgencia a preguntar qué había pasado y a recordar el pedido. Y, por supuesto, al estar allí, no podíamos desaprovechar la ocasión de jugar en nuestro rincón amado y traernos a casa otra de las tantas muñecas de trapo. Con tan mala suerte, que, al llegar con la razón de Don Lolo, lo primero que nos vio nuestra madre fue la muñeca grande que arrastraba mi hermana Orlanda y que, al interrogarnos con su mirada fija, yo dije por enésima vez, tartamudeando, que nos la habíamos encontrado en la casa de Don Lolo. Y ahí fue Troya.

Mi madre ató cabos y pronto concluyó con su sentencia final: «Ustedes, culicagadas, se han estado trayendo las muñecas y los juguetes de las hijas de Don Lolo, ¿verdad? ¿Se han vuelto unas ladronas?» Y, tartamudeando y lloriqueando, nos tocó aceptar. «Ahora van a ver lo que les va a pasar: Me cogen todas esas cosas que se han encontrado, las echan en esta bolsa y nos vamos a casa de Don Lolo, donde las van a devolver y a pedir perdón aceptando que se les metió el diablo y que, poseídas por Lucifer, cual ladronas entraban sin permiso al corredor y se cogían los juguetes que ahora devuelven. Y eso no es todo, también va con ustedes Doña Verbena».

Llegamos a casa de Don Lolo, lloriqueando y temblando porque Laura, Luisa y Lupe, las hijas de Don Lolo, nunca nos iban a volver a hablar después de confesar nuestro delito; y a



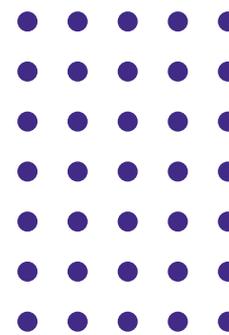
punta de verbenazos íbamos entregando una a una “nuestras muñecas y juguetes”, pidiendo perdón con la cabeza agachada, sin mirar a nadie y prometiendo nunca más volver a coger nada ajeno; a no entrar a ninguna casa que no fuera la nuestra y a decir siempre la verdad. Pero en medio de semejante tragedia algo bueno tendría que aparecer: mi hermana Orlanda se pilló que solo estaban Don Lolo y su esposa, escuchando nuestra confesión, presenciando la fuetera y recibiendo el botín que devolvíamos. Y como pudo me hizo señas y yo entendí que orarle a Dios en la mañana y noche sí era efectivo, como decía mamá, para gozar de su perdón y misericordia. Ahora estaría a salvo nuestro recreo a diario con Laura, Luisa y Lupe, pues me atreví a pedir con inocencia a Don Lolo, quien además era el padrino de mi hermana, que ese fuera nuestro secreto. Y él aceptó. Y así quedó.





Betsabé García Meneses de Barros

Nació el 14 de diciembre de 1948 en el mejor barrio de Bogotá: La Perseverancia. Como deseó su madre, su líder, hizo su bachillerato y cuenta con estudios universitarios sobre Derechos Humanos y Seguridad; con Tarjeta Profesional en Artes Escénicas, Deporte, Conciliación en Equidad, Servicio Social y Comunitario. Es Consejera Local de Sabios y Sabias, Consejera Local DRAFE y Consejera Distrital de Danzas. Su especialidad es el trabajo y gestión con las personas mayores y longevas, siguiendo el ejemplo dado por su madre, quien deseó que Betsabé lo continuara. Con este texto aquí publicado, hace honor a su madre, Carmen Meneses de García.



Fragmentos infantiles

Por Betsabé García Meneses de Barros

Inicio estos fragmentos recordando a una mujer espectacular en la cual, desde mis pocos años, empecé a reconocer lo que era ese trabajo tan grande que ella podía desarrollar: la señora Carmen Meneses de García, mi madre, una luchadora en todos los aspectos. Desde muy joven, ella trabajaba en la cervecería de Bavaria; Alemania era la fábrica en donde se producían los envases. Por los años 1920, aproximadamente, el señor Leo Kopp vendió a todos los empleados de Bavaria los terrenos ubicados entre la calle 33 y la calle 26, entre la carrera 5ª y los cerros de Monserrate, y allí se fundó el barrio obrero. Mi madre fue una de las fundadoras. Años después se cambió el nombre a como es conocido hoy en día: barrio La Perseverancia. El señor Kopp regaló el terreno para la Plaza de mercado y para la iglesia. Los obreros pertenecían al Círculo de Obreros del padre Campoamor, de ahí el nombre del barrio inicial.

Junto con mi hermano Sergio Armando García Meneses andábamos todo el tiempo al lado de nuestra madre. Siempre nos llamaba la atención ese reconocimiento que ella levantaba por su carisma social, comunitario y humanitario. Era conocida como la primera mujer comunal. Allí, bajo su liderazgo, se hacían bazares y diversas actividades. Recuerdo mucho ver a mi madre organizándolos. Ella bajaba a la plaza y solicitaba lo necesario, y todos respondían en gran manera.

La estufa de carbón fue construida por mi padre, Darío García Prieto. Recuerdo cómo a las cinco de la mañana mi madre estaba prendiéndola. Era con carbón de piedra. Recuerdo cuando una de mis hermanas, Graciela o Rosalba, llamaba a pedir una varga de carbón, la cual constaba de cinco bultos. Con eso se llenaba la carbonera. La estufa tenía unas calderas que calentaban el agua que contenía el calentador, que era de latón y a veces se perforaba, entonces mi padre lo soldaba ya que él era mecánico. Lo llamaban manitas de oro porque cualquier carro con latas malas o sumidas las dejaba como nuevas. Tiempo después, mi padre cambió ese tanque y colocó uno de cobre.



Con esta estufa, mi madre tuvo una temporada en la que preparaba tamales y nos ponía a mis hermanos a preparar los elementos: cortar zanahorias, picar la calabaza, cortar la carne, por ejemplo; también bajábamos a la plaza de Paloquemao a comprar las hojas para los tamales. El que se portaba bien, se ganaba un tamal; de lo contrario, solo un bollito pequeño. Este sistema mi madre lo utilizaba para mejorar la economía de la casa. Lo que no me gustaba era colocar la hoja en la puerta para que la gente viniera a comprar los tamales.

Cuando tocaba limpiar el buitrón, les tocaba subir al techo del segundo piso y, con una piedra grande envuelta en costales bien amarrados, empezar a limpiar subiendo y bajando esta bola. A los menores nos tocaba sacar la ceniza por el hueco que tenía una puerta pequeña. Parte de esta ceniza se usaba para blanquear la ropa. Lo rico era hacer en el horno plátanos asados con queso y bocadillo, o tortas; de ahí, cuando no había dinero para comprar el carbón, tocaba con leña. A causa de esto, mi madre en su vejez sufrió de EPOC (enfermedad pulmonar obstructiva crónica).

Los pisos de la casa eran de madera y tocaba todos los fines de semana rutearlos. Se hacía con viruta y, con el pie, se empezaba a raspar el piso. La viruta la vendían en paquete y luego nos tocaba echar cera y luego brillar a punta de trapo con los pies, o nos sentaban a mí y a mi hermano y nos jalaban para brillar. También jugábamos así con los perros, los colocábamos sobre el trapo y los jalábamos. Ellos eran felices.

Los sábados o domingos nos tocaba bañar a los perros y luego sacarlos a correr, entonces podíamos montar en bicicleta. Para ello, mi hermano mantenía cogidos a los perros y a una distancia de recorrido los soltaba y ellos corrían para alcanzar la bicicleta.

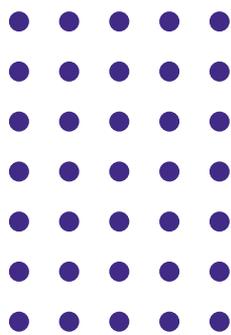
Un día, la perra tuvo perritos y yo me acerqué y sentí que olían a feo, entonces decidí bañarlos. Solo tenían quince días de nacidos. Como los vi temblar de frío, los envolví en trapos y los metí al horno. Llegó mi madre y prendió la estufa y los perritos empezaron a chillar, y como no los encontraba me preguntaron, yo respondí que estaban en el horno, entonces corrieron y los sacaron. Por suerte, estaban bien, les salió humo por los trapos, pero a ninguno le pasó nada, fueron animales fuertes. No me salvé del regaño y, desde entonces, me volví defensora de los animales, sobre todo de los perros.





Carmen Lucía Rodríguez

Carmenlu nació en Bogotá el 13 de julio de 1965. Se destacó en el colegio. Después de formar un hogar y tener su hijo, realizó su sueño de estudiar psicología. Con todas sus responsabilidades de madre, esposa, hija y empleada del Estado, logró su posgrado en psicología jurídica. Está pensionada, divorciada y con su hijo profesional. Le apasiona departir con sus sobrinos, su padre y hermanos. Le encanta demostrar el amor cocinando. Ama la naturaleza, viajar y ser solidaria. Desea aprender a escribir con “todas las de la ley” sus historias de vida, sus experiencias laborales, sus alegrías y sus tristezas.



Travesuras que causaron remordimiento

Por Carmen Lucía Rodríguez Díaz

Para la época de mi infancia, la felicidad era jugar en la calle. Con mis primos, hermanos y vecinos nos encontrábamos en las mañanas o tardes según nuestro horario de estudio. Estaba en furor jugar yermis, era algo así como el béisbol, con un palo que hacía de bate, se armaba una torre con tapas de botellas de cerveza y se jugaba con una pelota. También jugábamos ponchados, a soldado libertado, a las escondidas y, entre niñas, jugábamos yaz, que era con unas fichas pequeñas como cruces de plásticos y un ping pong pequeño.

Recuerdo la felicidad inmensa que nos producía jugar en la calle y jugar con otros niños, tanto que el castigo de cualquier niño era prohibirle salir a la calle. Eso era lo peor que a uno le podía pasar, porque en la mayoría de los casos uno se comprometía a verse al otro día con sus amigos para continuar con el juego y la diversión, también porque los amiguitos se enteraban si uno se portaba mal, porque no lo veían en la calle y los hermanos decían “a fulano no le dieron permiso de salir” y, de antemano, se sabía que era porque se había portado mal.

En una oportunidad que jugábamos yermis en la calle frente a la casa con mis hermanos y unos amigos, recuerdo que con un buen bate que tenía le pegué a una pelota con todas mis fuerzas y, sin querer, rompí un vidrio de la casa de mis padrinos. ¡¡Santo Dios!!, el sonido fue impresionante y todos los niños salieron despavoridos para sus casas y nosotros nos entramos para la nuestra, esto fue lo peor que me pudo pasar, me sentía como si hubiera cometido el peor de los delitos. Lo primero que le dije a mis hermanos fue que no dijeran nada a nuestros padres ni a mis padrinos porque la “pela” era segura. Los hice jurar y les amenacé con que no los dejaría ver televisión en la casa de mis padrinos, porque nosotros no teníamos televisor y yo era la encargada de las llaves del cuarto donde estaba el televisor.

Acordamos decir que habían sido unos muchachos grandes que jugaban microfútbol en la calle algunas veces. Ellos tenían el precedente de que habían roto algunos vidrios con el balón



de fútbol y los vecinos no los querían porque algunas veces vociferaban groserías y eran como altaneros, así que era la excusa perfecta.

En las horas del atardecer, cuando llegaron mis primos de estudiar, nos preguntaron si sabíamos quién había roto el vidrio de la casa, y, casi que en coro, respondimos que habían sido esos “chinos groseros que jugaban fútbol en la calle” y que habían salido corriendo.

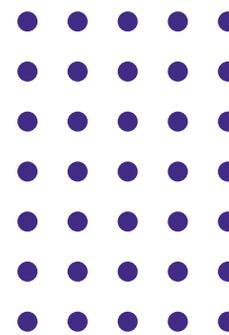
En la noche, cuando llegaron nuestros padres y padrinos, este hecho fue la trágica noticia del día. Les preguntaron a mis primos y ellos dieron la respuesta que les dimos, a nosotros también nos indagaron y dijimos lo mismo. Así que mi tío dijo que lo mejor sería ir a la casa de algunos vecinos donde se sabía que tenían muchachos que jugaban fútbol al frente, para comentarles el daño que habían hecho sus hijos y que pagaran ese vidrio. Cuando mi tío dijo eso, sentí el calor en mi cara y la culpa no me dejaba tranquila, sentí que las piernas me temblaban. Mi temor era que si algún vecino había visto cuando rompí el vidrio me podían delatar. Yo no decía nada y trataba de disimular que me vieran con cara de “terror”, cuando escuché decir a mi madrina: “Mijo, no se ponga usted en esas, porque nadie va a pagar ese vidrio y sí nos podemos ganar es la enemistad de algún vecino. Lo que toca es ir a la vidriería y decir que vengan a colocar ese vidrio”.

Creo que esas palabras me hicieron volver el alma al cuerpo y terminar con “esa culpa” que me estaba carcomiendo. Creo que nunca había sido capaz de contar la verdad, porque para esa época lo cogían a uno a rejo sin clemencia, aunque pensé por algún momento cómo yo podía haber hecho esto a la casa de mis queridos padrinos que lo único que hacían era darme su amor y confianza. Por fortuna, mis hermanos nunca me delataron y salí airoso de esta situación.



María Elisa Buitrago M.

Llegó al mundo un 28 de septiembre de 1959 en Bogotá. Sus sueños de niñez la llevaron a viajar a lejanas tierras con alas de libertad. Al culminar la secundaria las circunstancias la llevaron al ambiente laboral, el cual culminó una treintena después. Es una guerrera apasionada de la vida, en el papel de padre y madre estudiante, para dar ejemplo de carácter, fortaleza, constancia y resiliencia. En el ocaso de su vida, con alma y mente jóvenes, quiere comerse el mundo, satisfecha con los resultados de su obra, orgullosa de sus tres hijos profesionales empresarios y sus dos bellas nietas. Sin responsabilidades, disfruta lo bello de la vida, de los paisajes colombianos y haciendo realidad aquellas ilusiones que en algún momento quedaron atrás.



Añoranzas de niñez

Por María Elisa Buitrago M.

A mediados de los años 60, en un barrio muy humilde al sur de Bogotá, estábamos viviendo mis padres, dos hermanos y yo, la hermana mayor.

Mi madre, ama de casa, estaba dedicada veinticuatro horas al cuidado de sus hijos; mi padre, un hombre abnegado, trabajador los siete días de la semana y trescientos sesenta y cinco días al año, no descansaba. Nunca tomaba vacaciones con tal de proveernos lo necesario.

Mi madre cumplía con su labor de educarnos, cuidarnos y protegernos del mundo que nos rodeaba; diría yo que era tan protectora porque vivíamos en un barrio muy peligroso, donde abundaban las pandillas. Era por eso que únicamente se nos permitía salir del colegio a la casa y de la casa al colegio. No teníamos amigos ni vida social.

Por eso, nuestros sueños se basaban en el anhelo de la época de vacaciones, cuando nos enviaban a un pueblito que distaba a tres horas de la ciudad. Disfrutábamos las aventuras que se nos presentaban desde el momento de la salida de casa: el subirnos a una flota, acomodarnos en dos puestos con mis dos hermanos y mi madre y cargar las maletas llenas de presentes para los abuelos.

Como era un viaje de más de tres horas, siempre llevábamos jugo y un delicioso sándwich de carne para cada uno. En el recorrido yo me entretenía visualizando los hermosos paisajes y montañas; las extensiones de tierra cubiertas de pasto, los animales, quebradas y cascadas. “Cuando sea grande voy a hacer... a viajar...”, me decía permanentemente mientras veía todo esto.

A medida que nos acercábamos al pueblo, mi corazón se aceleraba. “¿Qué aventura nos espera esta vez?”, me preguntaba. Llegábamos a mediodía. El pueblo parecía portada de almanaque, los personajes allí eran como de otro planeta por su vestimenta, ruana, sombrero de paja y alpargatas; las mujeres con faldas de diferentes colores, las cuales sobresalían debajo

de sus rodillas, llevaban a cuestas grandes mercados en sus hombros y jalaban de la mano a sus pequeños hijos, los cuales también cargaban provisiones; al lado iba el marido montado a caballo. Me parecía tan injusto ver ese cuadro ¿Por qué él no llevaba las provisiones?, aún hoy en día es típico ver esta costumbre. Somos un país de machistas.

Luego de descansar y comer algo, salíamos para la vereda, que quedaba a varios kilómetros, a más o menos una hora de camino. Allí quedaba la casita de ensueño donde pasábamos nuestras vacaciones; recorríamos caminos de herradura, montañas, llanuras y, a cada paso, era muy rico encontrar moras silvestres y uchucas para degustar como reyes. Cruzábamos quebradas y jugábamos en ellas.

Ya entrada la noche, la luz de la luna nos iluminaba el camino. Entre temerosos y ansiosos por las sombras que se ocultaban detrás de los árboles, nos íbamos acercando a la casita, la cual veíamos imponente. Allí era nuestro refugio para iniciar aventuras que comenzaban desde el desprendimiento de nuestras comodidades citadinas, pues no había servicio de luz y, en lugar de baño, debíamos acudir al rastrojo (matorral).

Las camas eran hechas con esteras (alfombra realizada con palma). Allí nos acomodábamos entre 6 y 7 primas de la misma edad. A los chicos los enviaban a dormir al zarzo. Para esa época éramos de 15 a 18 primos, todos más o menos de la misma edad, entre 6 y 13 años.

A eso de las cuatro de la mañana empezaba la aventura. Nos levantaban a todos los que quisieran acompañar a la labor de ordeño, al otro lado del monte, a una hora de camino. El refrigerio, servido en una totuma, era la primera leche del ordeño junto con un pedazo de panela. Atravesábamos caminos de piedra, quebradas y montañas para llegar allí. El olor que se emanaba era inolvidable: a naturaleza, a tierra mojada, a felicidad.

Corríamos disfrutando tan monumental paisaje, era nuestra manera de disfrutar la libertad que en la ciudad no teníamos. El día era corto para investigar, conocer, subir a los árboles e ir a la quebrada en donde estábamos la mayor parte del tiempo gozando de las caídas de agua, trepando sobre las grandes piedras, pescando cangrejos y pequeños pececillos.

Hoy en día, sesenta años después, añoro esa época de inocencia, de tranquilidad, de grandeza y de plenitud.



Al caer la tarde nos acomodábamos en el patio de la casa, un lugar lleno de gallinas, gatos y perros. Allí, la abuelita, los tíos, primos y vecinos cercanos nos reuníamos para escuchar las historias y anécdotas de aquellos viejos que nos heredaron tanta enseñanza.

Las historias que escuchábamos nos dejaban ensimismados, asustados con los cuentos de la Patasola, el Jinete sin cabeza, el Mohán, la Llorona y los famosos tunjos, los cuales se le aparecían a la gente indicándoles si eran los elegidos de la fortuna que ocultaban. Estas historias tomaban tiempo, por lo que, entrada la noche, nos enviaban a dormir, aterrados. Orábamos mucho para conciliar el sueño y soñar con un amanecer de nuevas aventuras.

Una de las anécdotas que me dejó recuerdos, me sucedió a mí y a mi hermanita menor. Como siempre, después de recorrer un camino largo, la prima que realizaba el ordeño nos dejó cerca de ella, entonces la necesidad de orinar nos obligó a hacerlo en el sitio en donde estábamos; resulta que las vacas que estaban ordeñando no eran muy nobles que digamos, así que, al percibir el olor a salado que genera la orina, se soltaron y se acercaron. Nosotras, del susto, salimos corriendo y detrás de nosotras, por supuesto, venían ellas. Corrimos lo que nos dieron nuestros pies, gritábamos hasta más no poder. Llegamos a la casa, la cual quedaba bajando una hondonada por la que rodamos, cayendo a una zanja llena de barro y agua. Estas vacas en su camino tumbaron cercas de piedra, palos...etc. Tuvimos mucho miedo, pero al final fueron controladas. Aclaro que me tomó muchos años de mi vida perder el miedo a acercarme a una vaca.

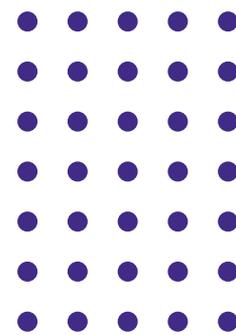
Ya para esta época, estas añoranzas me reconfortan en momentos de soledad, después de salir adelante con mis tres hijos, verlos crecer, formar sus hogares, lograr mi jubilación y estar descansando ya del proceso laboral. Es muy triste ver hoy en día que la casita de la abuelita se encuentra en ruinas, la cual adquirió uno de sus hijos como trofeo. Esos viejos tiempos en que las familias se reunían alrededor de los abuelos en el campo se ven lejanos, a las nuevas generaciones no les llama la atención el campo. La tecnología los absorbe.





Gilberto Zamudio

Gilberto nació en Bogotá, en el año de 1952. Toda su vida la ha vivido en esta ciudad. Fue diseñador de calzado y marroquinería. Ahora ya después de los años, vive en el Centro de Protección Social. Se dedica al dibujo y a leer.



La bicicleta

Por Gilberto Zamudio

Por los años de 1968 al 72, en el barrio Eduardo Frei, donde pasé una parte de mi adolescencia, teníamos un grupo de entre 7 y 8 amigos que estábamos casi por la misma edad y nos gustaba mucho montar en bicicleta. Entonces, nos reuníamos los domingos para ir a donde don Gilberto (que curiosamente coincidía con mi nombre). El señor en mención alquilaba estos llamados popularmente “caballitos de acero”. Nosotros llegábamos aproximadamente a las 8 o 9 de la mañana y cada uno escogía su bicicleta, la que más le llamara la atención. Luego, el señor nos pedía la tarjeta de identidad y nos hacía firmar en un cuaderno, para, en caso de pérdida, tener un comprobante. Al regreso, el señor nos contabilizaba las horas y nos cobraba.

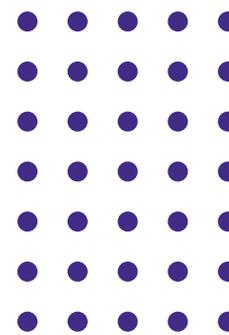
Recuerdo esos años con alegría, ya que de esos amigos uno fue, en su tiempo, un corredor profesional, llamado Plinio Casas, que desafortunadamente en estos momentos está fallecido.





Daniel Alfredo Franco Ardila

El 6 de noviembre de 1950, nació en Gamarra, Cesar. Realizó sus estudios primarios en Morales, Bolívar, y luego se trasladó a Cartagena de Indias, en donde adelantó sus estudios secundarios y universitarios. Es apasionado por la lectura y la música. Practica atletismo de fondo y juega ajedrez. Le gusta viajar por Colombia, en tanto considera que, al conocer el país y conversar con su gente, comprende las dinámicas culturales y sociales en que este se encuentra inmerso. Se enteró de la Escuela, por las redes sociales, considerándolo un espacio importante para escribir y plasmar sus vivencias.



Mi infancia

Por Daniel Alfredo Franco Ardila

Mi nombre es Daniel Alfredo Franco Ardila, tengo 71 años y nací en Gamarra, departamento del Cesar, anteriormente departamento del Magdalena. En la época de la conquista, se conocía como Puerto Real, correspondiente a la provincia de Ocaña, pero, debido a una falla geológica, el río Magdalena desvió su cauce, teniendo que ser trasladado a otro punto sobre el cauce principal, recibiendo el nombre de Gamarra, por el señor Martín Gamarra, quien cortaba leña y la vendía a los barcos de vapor que navegaban desde La Dorada, Caldas, hasta Barranquilla.

Allí viví parte de mi infancia, rodeado de mis padres y mis otros tres hermanos, luego nos mudamos al pueblo de Morales, en Bolívar, debido al traslado de mi madre, quien era maestra de escuela. En esa población, a orillas de lo que se llama el brazo del río Morales –una desviación del río Magdalena– guardo mis mayores recuerdos de infancia, ya que en ella cursé toda mi primaria, desde tercero elemental, debido a que los primeros años los hice en la escuela que mi madre había abierto.

La Escuela Rural de Varones, como se llamaba, quedaba en la última calle del pueblo que tenía cuatro calles, y le decían “la calle de atrás”. Era una edificación de una planta con tres salones y una cancha de fútbol, en donde los domingos nos citábamos los del barrio arriba y los del barrio abajo, para jugar y definir quién jugaba mejor. Recuerdo al profesor César Alvarado relatando los sucesos históricos y describiendo lugares de Colombia, en la clase de historia y geografía, o explicando la connotación de las palabras homófonas, con la frase: “Pedro vaya a la valla y traiga la vaca baya, que se encuentra amarrada en el palo de baya”, la cual quedaba de tarea para el día siguiente, con la amenaza de diez ferulazos en la mano por cada palabra mal escrita; al igual que los problemas de aritméticas, en la misma proporción, por cada problema mal hecho. La férula era una regla más o menos gruesa, en forma de raqueta, con algunos agujeros, que el profesor mandaba a construir al carpintero del pueblo.

El profesor Alvarado, a final de mes, o de sorpresa, pedía los cuadernos al día, y el que no

lo tuviera se quedaba castigado hasta tarde de la noche, y no se podía ir hasta no ponerlos al día: ¿qué significaba cuadernos al día? Era un cuaderno en donde se transcribían las lecciones dictadas por el profesor, sin tachones ni manchones; es decir, pasado en limpio. Estas lecciones se tomaban de otro cuaderno llamado de borrador; los títulos de las lecciones de ese cuaderno “en limpio” iban en letra roja y el resto del escrito, en azul. El padre o la madre de familia, preocupados por la tardanza de su hijo, se presentaban a la institución, encontrándose con los motivos que el propio hijo le daba, de por qué estaba castigado, a lo que la madre o el padre comprendían la situación y partían a casa a preparar la cena y traérsela a su hijo.

A mí me encantaba ir a la escuela. Muchas veces discutía con mi mamá por querer ir a la escuela, estando yo enfermo. Me gustaban los paseos que el profesor Alvarado organizaba con los estudiantes, en los que visitábamos fincas cercanas cuyos dueños eran amigos del profesor y allí pasábamos contemplando la naturaleza. Con los alimentos que cada uno llevaba, se preparaba el almuerzo. Al final de la tarde regresábamos al pueblo por un camino que bordeaba el cauce del brazo del río Magdalena, contemplando los caimanes y babillas que tomaban el sol en las playas que se formaban cuando el río disminuía su caudal.

Al terminar quinto de primaria, como a finales de noviembre, llegaban de Cartagena unos inspectores de educación, hombres o mujeres, de la Secretaría de Educación Departamental, a realizar un examen final, de forma oral, para validar lo aprendido durante el año escolar, requisito para aprobar el año. Era un momento extremadamente traumático, en el que el corazón se aceleraba, las manos sudaban y el miedo se apoderaba de la mente. Era como un tribunal de la inquisición, en la que los inspectores, reunidos en un salón acondicionado para tal fin, llamaban a lista a los estudiantes, uno a uno, y, frente a ellos, comenzaban las preguntas de lenguaje, historia y geografía, religión, ciencias naturales, aritmética, etc.

Teniendo en cuenta que para esa época no existía en el pueblo colegio para iniciar el bachillerato, muchos estudiantes con excepcionales calidades académicas, de escasos recursos económicos, repetíamos el quinto dos o tres veces, para no quedarnos sin estudiar. Muchos de mis amigos no pudieron salir del pueblo a estudiar, por lo que se dedicaron a actividades productivas propias del pueblo: unos de pescadores, otros, agricultores y otros, músicos empíricos



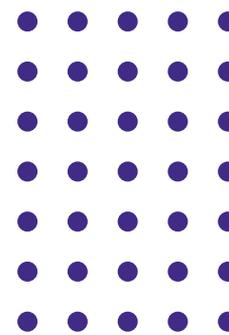
de la banda. En mi caso, después de haber repetido el quinto de primaria, tuve la suerte de salir hacia Cartagena, por la benevolencia de un primo, al que le decíamos tío, que había llegado de Cartagena. Él le propuso a mi madre ayudarme en los estudios. Allí estudié y me hice profesional, con el orgullo y el reconocimiento de que parte de lo que hoy soy, se lo debo a él.





José Fernando Ballén

El 23 de octubre de 1965 nació, en Bogotá, José, cuarto hijo de la familia. Desde muy pequeño estuvo apasionado por leer, conocer el mundo y manejar la tecnología. Se graduó de bachiller con el segundo mejor ICFES. Dedicó sus esfuerzos a sostener a su madre hasta poder comenzar sus estudios de sistemas, que terminó mientras trabajaba en el día. Se dedicó a los sistemas electrónicos. Luego, se entregó a la noble tarea de la docencia de las matemáticas. Aquejado por una enfermedad crónica, se retiró de los salones de clase y hoy dedica su tiempo a escribir, al modelismo estático y al dibujo. La Escuela Virtual llegó por búsqueda de oportunidades, vio un anuncio en línea; fue una alegría llegar a ella y una experiencia enriquecedora.



El combés

Por José Fernando Ballén

Cuando estaba estudiando noveno grado en el colegio de la sociedad Bíblica Internacional, conocí a una persona que, de alguna forma, cambió mi destino, y modificó mi forma de pensar.

Dicen por ahí que tendemos a idealizar a las personas, y si este fue el caso, no lo sé, pero los hechos habrían de demostrar hasta qué punto me influyeron en la vida las palabras de este hombrecillo de, tal vez un metro cincuenta, con rostro aborigen, piel chamuscada por los soles del Tolima, unas gafas redondas a lo Goebbels, enfundado en un traje viejo, con zapatos de cuero algo deslucidos, que entraba en el salón bañado por la luz del oriente siempre en una postura imperial impávida: mi maestro de español y literatura.

Era el tipo un especialista en impresionar a los niños. Su sapiencia se reflejaba en cómo manejaba la palabra, la actitud, cosas y formas que hasta hoy parecen formar parte de mi proceder. Había iniciado como seminarista, pero lo dejó a un lado; tenía, sin embargo, un halo sagrado al comenzar cada clase. Decidido como ninguno a que leyéramos y, aun más, investigáramos las raíces de nuestro sagrado idioma, nos contaba de las raíces griegas y latinas y las formas de construcción de las palabras. Lo hacía en una exposición soñada, como que sus palabras formaban una bella imagen en el espacio de aquel salón de clase en las mañanas. Bañado por el rayo de sol que se colaba por la ventana de la esquina del salón, la luz lo iluminaba teatralmente como en un escenario, y como que el hombre lo sabía y lo utilizaba para manipular esas mentes jóvenes.

El silencio era profundo, tal río de frases coherentes y eruditas dificultaban resistirse. Alguien podría aburrirse en una clase magistral de dos horas, a las diez de la mañana de un viernes, pero él estaba listo para acercársete y pegarte un grito lleno de risas, para dejarte sin corazón.

Pero, así como en todos los grandes liderazgos, vienen los rompimientos. Luego de semanas pletóricas de descubrimientos, de fiel seguimiento de sus clases, llegó ese aciago día en el cual, al principio de la clase, nos propuso a todos un reto: quien consiguiera el término más rebuscado y que él no pudiese definir, ganaba una nota definitiva en el bimestre.

Mientras la mayoría de mis compañeros se elevaba de hombros y se iban planear las fiestas de marras, yo comencé a buscar ese término mágico para “corchar” al maestro; en realidad lo que quería era su respeto, quería salir en hombros, quedar como el gran sabio de la clase, ser felicitado por el rector y llevarle otro diploma más a mi madre para hacer una entrada apoteósica a nuestra casita en arriendo, mientras que mis hermanos mayores hablaban de mi inteligencia “incuestionable”.

Ya veía a mi padre dándome un golpe cariñoso en el hombro, y repitiendo lo de siempre: “¡este hombre me salió bueno!”.

A falta de biblioteca, recurrí a todos los diccionarios de la casa, tres viejos libros editados en Argentina de 1960, donde todavía rezaban cosas como “algún día veremos a un hombre en la Luna”. Con ese gran acervo bibliográfico, quiso el destino que dedicara unos minutos a mi pasatiempo de muchos años, la construcción de modelos a escala, y es que gran parte de los académicos y literatos, tal vez todos, son alérgicos a la ingeniería y les provocan náuseas los términos propios de ella. Encontré, entonces, un término naval, muy escondido, solo usado por los viejos ingenieros que pelaban troncos para armar carabelas, naos y fragatas, pero también por los constructores del Yamato: el combés.

“Combés (Segundo puente) es el espacio que media entre el palo mayor y el de trinquete, en la cubierta de la batería que está debajo del alcázar y castillo de proa, y en los buques de pozo, en la superior”.

Pues con una sonrisa malévolamente en los labios, y seguro de mi victoria sobre los griegos y latinos, anoté “combés” en mi cuaderno de español, así como la definición y me cuidé de memorizarla; Hasta la señalé en uno de mis barquitos. Me preparé para la lucha el próximo viernes y me dediqué, como César, a preparar mis huestes para la batalla. Le dije a más de uno de mis compañeros que tenía la palabra que iba a ganar el reto, algunos me miraron con ese efecto de “pobre loco”, pero no sabían y yo tampoco cómo terminaría todo.

Por aquellos días, el gobierno, como siempre, organizaba sus cuentas y las decisiones de un



órgano burocrático del mismo, tan lejano para mí, influiría de manera accidental en los hechos que ocurrirían ese viernes. Lejos estaba yo de saberlo cuando amaneció el viernes, con nubes oscuras, sin sol. Mi mamá me sacó de la cama a tiempo y, como siempre, el desayuno estaba servido para mí, ya que mis hermanos habían partido a trabajar hacía minutos. Cumplida la labor alimenticia, y llenos los requisitos cariñosos del beso a mamá, salí feliz al colegio. Con la mirada en el cielo, me imaginaba a Rommel antes de derrotar y humillar al imperio británico, y, como él, crucé la línea de no retorno al entrar al salón de clase aquella aciaga mañana.

Luego de la extenuante clase de Biología, llegó la hora soñada, la clase de español y literatura. Se abrió la puerta y yo abrí el cuaderno. Saludó a todos y yo lo miré directo a esos ojos diminutos en lentes como los de Himmler. Se paró como Mussolini frente al tablero y, cruzando los brazos, enunció el tema del día, dejando para los últimos minutos de la clase el espacio para que los alumnos (a-luminis) que lo desearan propusieran palabras desconocidas.

Debo reconocer que casi no escuché la clase, aunque puse atención. Mi corazón galopaba sintiendo los minutos pasar uno a uno. Sudé, las manos me temblaban, me parecía que el profe medía seis metros de altura, me imaginé si me haría algo por haberlo corchado... Pasado el tiempo, se recostó contra el escritorio y dijo:

—¿Quién investigó algo?

Miré a mi alrededor y me sentí perdido y mareado, nadie levantaba la mano, todos me miraban, ¿o no?

—Yo investigué una palabra, profesor Triviño —dije sin levantar la mano, y es que me pesaban los brazos.

—Cuénteme —dijo mirando al cielo raso del salón y, al ver su reacción, supe que lo corcharía, no se esperaba que alguien lo venciera.

—Combés —dije con voz nasal.

—¿“Conpes”? —repitió él.

—“Combés” —repetí yo, mucho más congestionado—, se lo escribiría si hubiese tiza.

No había tiza, los zoquetes del curso se la habían gastado toda en una guerra con el otro grado. Me miró fijamente, indagando por el término en su mente.

—¿De dónde salió eso? —imperó.

Le conté algo sobre el sublime arte de los astilleros, pero evitando definir mucho. Y dijo:



—Pues, la verdad, no sé qué será. —sonreí, me tranquilicé y, de paso, su imagen volvió al tamaño original—. Mire, joven, yo prometí una nota, y yo cumplo —escribió en la planilla y pidió un aplauso del grupo. Era mi minuto de gloria. Al terminar la clase, aun quienes no me hablaban me dijeron “buena esa”. Creo que crecí diez centímetros ese día, llegué a casa orgulloso, hubo abrazo y felicitación de todos, pero por alguna razón el cielo seguía nublado.

Seguía nublado el siguiente viernes cuando el profesor de español entró como tropa soviética a Berlín, no saludó, yo diría que brincó directo al tablero, me miró de frente, y gritó:

—¡Maldito estudiante, esa palabra no existe, no tiene etimología, es una pendejada burocrática ese CONPES! ¡Ya mismo le quito la nota, para que no se burle de mí! —vociferó a voz en cuello, tanto que lo escucharon en el batallón que quedaba al lado del colegio.

Todos me miraron y el mundo se hizo de pronto como un embudo a mi alrededor. Yo estaba en el fondo y todos me miraban desde arriba. Como pude, trepé los muros de ese embudo y, lleno de adrenalina, caminé como pude al tablero, tomé una tiza y garrapateé “COMBÉS, TÉRMINO NAVAL”, no dije nada más. El profesor, debido a mi mala pronunciación, había confundido los términos y creyó que lo burlaba, volví a mi asiento y no levanté la mirada, no escuchaba nada, mi héroe había caído del pedestal, no por la nota, por la maldición. Recordé las lágrimas de los civiles alemanes en el programa de Alberto Dangond Uribe, cuando los aliados los llevaron a los campos de exterminio para que vieran la verdad de su “héroe de los mil años”; el mío no mató a millones, pero se suicidó en mi espíritu. La relación con el maestro cambió desde ese día y, pese a que me pidió excusas, ya lo vi como un mero maestro, uno más.

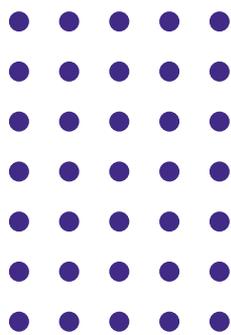
Varios años más tarde ya siendo yo docente, supe que aquel maestro había fallecido, y sentí tristeza y alegría a la vez; tristeza por su muerte, y alegría porque sigue vivo algo de él en mí.





María Obdulia Fula

Nació en Bogotá, en 1959. Ingeniera de sistemas y pedagoga en metodología de procesos de aprendizaje autónomo. Amante de los libros, las letras y las palabras. Busca transmitir a través de sus escritos las dichas, las angustias y las experiencias de quienes tienen la fortuna de vivir en este planeta lleno de diversidad. Gracias a las redes sociales, arribó a la Escuela Virtual de Historias en Yo Mayor, un lugar mágico de aprendizaje, creatividad y acompañamiento para quienes llegan a la segunda primavera, cargados de amor y experiencias. Además, le gusta contemplar el mar, la luna, bailar, tomar un café y un vino. Se declara una aprendiz de contar historias.



La tía C

Por María Obdulia Fula Iriarte

La casa antigua, los cuartos grandes del segundo piso, el jardín de rosas rojas a la entrada, la verja cubierta de pasto para correr, el patio y la cocina en el primer piso. En los días de invierno es imposible no recordar ese lugar lleno de bellos recuerdos de mi infancia; la mayoría de esos rincones me rebozan de ternura, pero también mi corazón se arruga, cuando me veo frente al cuarto prohibido, el único que tenía balcón. Sí, era la casa de la abuelita donde pasé algunos años de mi infancia. Aunque difusos, recuerdo algunos acontecimientos que marcaron mi existencia y, a pesar de los muchos abriles transcurridos, se convierten en manchas oscuras que todavía cuesta entender.

En medio de esas remembranzas de la niñez era reiterativa aquella lejana imagen de la tía C. Es mejor decirle así, no nombrarla, o hacerlo solo con su inicial; aún siento miedo de decir su nombre. Es el sentimiento que experimento cada vez que la recuerdo dentro del ramillete de tías que tengo. Y es que era imposible borrarla de mi mente. A mis oídos llegaba y aún llega con tanta claridad la voz angustiada de mi abuelita que tanto me amó.

—Por favor, ven, métete a la cocina, ya casi llega la tía C, es mejor que no te vea, mi niña.

Y, de pronto, aparecía la tía C, con su voz de general:

—¡Buenas tardes, mamá! Sírvame la comida, tengo hambre, estoy cansada, quiero cenar y retirarme a dormir, mañana tengo que madrugar a trabajar. Qué duro es esto.

Y la abuela, mientras temblorosa prendía la estufa, decía con voz suave:

—Padre Santo, por favor, San Marcos de León, cálmala, que no se acerque a la cocina. Ya, mijita, tranquila, estoy en eso, ya va su comidita para que se pueda ir a descansar —le respondía mi abuela y, luego, con su mirada de amor, me susurraba— quédate ahí calladita. Apenas se suba, puedes salir a jugar al jardín, pero, por favor, quédate callada.

En ese momento quería salir y verle la cara, ver sus ojos, la curiosidad de niña que no falta. Pero entendía que era mejor hacer caso, eso repetía mi madre:



—Por favor, hágale caso a la abuelita, si no, ¿quién me la va a cuidar?

En medio de mi inocencia no entendía por qué tenía que esconderme, pero al otro día se me olvidaba, y corría por toda la casa, hasta que, a la hora cercana a su regreso, mi abuela ponía cara de acontecimiento y, de nuevo su voz: “por favor, hora de entrar a la cocina”, y luego, la llegada de la tía C. Esta vez, en silencio, ni siquiera pidió la comida, llegó pálida, desencajada, parecía que alcanzó a verme desde lejos.

—Mocosa, no la soporto, no me gustan los niños, son fastidiosos ¿por qué tengo que soportarlos en mi casa? ¿Por qué mi mamá tiene que hacerse cargo? Que la tenga la mamá de ella, para qué se ponen a tener hijos si luego tienen que dejarlos en cualquier parte. ¡Mañana hablaré con mi hermana! —decía iracunda.

Al otro día, efectivamente, alcancé a escuchar desde la cocina:

—¿Qué culpa tengo yo de que haya quedado viuda y con hijos? —dijo la abuela.

—No es justo, trabajo para mantener esta casa, no tengo derecho a salir, a tener amigos, mientras las otras hacen y deshacen.

—Amargada, eso es lo que es usted. Mi niña no hace mal alguno, ¿es que no puede soportarla un momento? Yo la recojo todas las noches, no tiene que verla, ella se mete a la cocina para evitarle su dolor de cabeza, pero a usted la envidia no la deja, ¿cierto? Como ningún hombre la mira, ya ni sueña: se quedó para vestir santos. Algún día se va a arrepentir y seguro va a querer tener hijos, pero será tarde y nunca conocerá las maravillas de la maternidad.

Alcancé a escuchar algo a la distancia, pero mi madre se hizo la que no era con ella.

—Ah, no le pares bolas —me dijo—, es que tiene cansada el alma.

No entendí lo del alma, pero al estar en brazos de mamá ya nada importaba, todo era de colores.

Al día siguiente en la escuela, a la hora del recreo, recordé lo que alguna tarde de lluvia me había propuesto: un incipiente plan de investigación y estadística. Tenía algunas compañeras que me sonreían en la fila y que me daban algo de confianza para preguntar, sin que la profesora Eufemia se entrometiera. De manera que eran solo dos preguntas: ¿Cuántos tíos o tías tienes? ¿Todos te aman? Algunos contestaban sin extrañeza; otros decían “¿Para qué quiere saber?”, pero finalmente logré recolectar una muestra de 20 personas, diferentes edades y diferentes cantidades de tías y tíos. La tristeza me embargó cuando iba en la encuesta número 15, pues

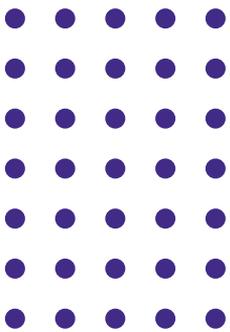
parecía que yo era la única que tenía una tía C, pero, de pronto, el número 16 dijo: “Yo tengo un tío que no puede verme. Debo esconderme en la cocina cuando voy a visitar a la abuela. Mi madre dice que muchos niños han tenido que crecer así”. Y aunque seguí preguntando a cuatro más, ya no importaban sus respuestas. No era la única que tenía que cargar con esa desgracia.





Luis Carlos Vélez

Nacido en Armenia en la segunda mitad del siglo XX. Estudió en el colegio Rufino José Cuervo, la Uniquindío, el Instituto de Bellas Artes, el Sena y la Universidad Antonio Nariño. Jubilado de Bancafé. Autor y compositor. Integrante de las tertulias La Estación, Biblioteca Municipal y Taller de lectura y escritura Relata Quindío. Segundo lugar del Tercer Concurso de Historias en Yo Mayor. Más lector que aprendiz, considera que la escritura le permite reescribir historias de su pasado. El presente: disfrutar en compañía de sus amigos y el aprendizaje de las técnicas literarias.



En busca de mi padre

Por Luis Carlos Vélez

No importa mi nombre, puedo ser usted, ese o aquel que sufre de por vida un sueño recurrente. Tengo ochenta y cinco años, no soy escritor, y espero que disculpen mis errores o torpezas narrativas.

Pasan los años y no sé si mi padre llegó a mi edad... porque era muy niño cuando se fue y no volvió. Desde entonces, al despertar de ese sueño, recuerdo:

Esperaba a mi padre con impaciencia. No entendía por qué no dormía en casa.

Cada vez que llamaban a la puerta, saltaba de alegría, imaginaba que era él y corría escaleras abajo para abrirla. Me desilusionaba porque a veces aparecían el cartero, el cobrador o un visitante; personas que no me alzaban en brazos. De rostros extraños: barbados, lampiños; de ojos azules o verdes: no tenían los de mi padre: sonrientes, grandes y grises. Tampoco sus cejas, ni sus orejas grandes que tironeaba a mi gusto. Me gustaba saltar para que me levantara y llevara hasta la sala, donde me ponía en el suelo o en brazos de mi abuela para que la besara. A mi madre, apenas le ponía su mano en el hombro, le decía: “Hola, ¿cómo estás, Clarisa?”. No la abrazaba e iba a sentarse en el sofá morado de la sala. No me gustaba que fuera así.

Esperaba a que se acomodara para empezar nuestro juego: él abría los brazos, juntaba las rodillas, y yo saltaba a su pecho. No me dejaba caer. Me tomaba en el aire, abría mis piernas, lo atenazaba por la cintura y me sujetaba a su cuello. Sus brazos eran fuertes. Sentía que los pelitos de su cara chuzaban la mía.

Desde que se marchó no tuve esperanzas de noticias suyas...y ahora, a mi edad, menos.

Alguna vez, desde la cocina, escuché que mi padre hablaba fuerte a mi madre; me bajé de la banca que el abuelo hizo para que “mi nieto pueda mirar a la calle”. Me asusté porque cuando papá y mamá se disgustaban, hablaban feo, y sus ojos echaban chispas. Mis abuelos se paraban entre los dos y todos terminaban gritando. Yo me metía bajo la cama a esperar. Sudaba y lloraba. Me tapaba los oídos, duro, muy duro, pero por entre el espacio de mis dedos entraban sus gritos. El piso se mojaba y el olor a polvo me ahogaba.



Eso pasó muchas veces, pero días después mi padre volvía con regalos y se portaba amable con mis abuelos y cariñoso con mi madre, hasta que volvían a pelear.

La última vez se dijeron groserías; recuerdo que cuando mamá le gritó: “Váyase con la otra”, él levantó la mano contra ella. Mi abuelo lo encaró y la abuela abrazó a mi madre para protegerla. Esa vez no corrí a esconderme. Me quedé como una estatua. No podía moverme, pero sentí que me bajaba agua por los pantalones. Me oriné, sí. Mi padre cruzó por mi lado como un huracán. No me abrazó al despedirse. Bajó corriendo las escaleras y sentí el golpe fuerte, muy fuerte, que dio a la puerta al cerrarla. Empecé a llorar y el abuelo me alzó para llevarme a la ventana y que lo viera irse. Escuché a mamá llorando, y las palabras de consuelo de la abuela sonaban lejanas en la cocina. Y otra vez, desde ese día no volví a ver a mi padre por muchos días.

Pero en otra ocasión, antes de medianoche, mis párpados pesaban y me acosté. No recuerdo a qué hora unos pasos me despertaron. Me quedé quieto con los ojos entrecerrados: en la oscuridad del cuarto vi entrar a mi madre, y descorrer la cortina. Se inclinó, ocultó un paquete bajo mi almohada, salió en puntillas, y me dormí.

Rato después, mi prima, que estaba de vacaciones en casa y dormía en la cama vecina a la mía, me despertó a estrujones. Jugaba con una muñeca que no le vi antes, de ojos azules, cabeza, brazos y piernas móviles; vestido verde con bordados y sombrerito de paja. Me dijo que buscara mi regalo. Sin entender, busqué, y, al no encontrar nada, me ayudó. Ella destrozó la caja y me entregó el carrito rojo, un carro de bomberos con llantas que no giraban. Ella misma, con dificultad, descubrió que su mecanismo era de cuerda. Me enseñó cómo hacerlo funcionar. Lo empujé hacia atrás, lo solté, y al arrancar el estruendo de la sirena anunció la llegada de mi primer y único niño Dios que recuerdo. Mi prima se aburrió de jugar con la muñeca, y volvió a su cama a dormir.

Amaneció. Mi abuela y madre rieron cuando mostramos nuestros regalos. No paré de jugar. Con mi radiopatrulla recorrí toda la casa. Descalzo subí a la mansarda con mi carrito y escuché abajo la voz de mi padre que acababa de llegar. Al fin regresaba.

Desde arriba sentí risas y voces de mi abuela y de mi madre en la cocina. Escondí mi juguete en el pupitre verde; me asomé al borde de la baranda y vi a mi padre dirigirse a la cocina. No esperé a que me llamaran. Me puse los zapatos y, haciendo alboroto, me deslicé hacia abajo por el pasamano de la escalera.



“Un día de estos te vas a caer”, dijo mi madre desde la puerta de la cocina. Tomaba café con mi padre; ya no reían, se miraban feo, de reojo.

“Déjalo jugar, mujer, no lo molestes cuando yo esté aquí”, dijo él.

Mi padre se asomó a verme bajar por la escalera, sonrió, me aplaudió la maroma y vi en su diente la incrustación de oro que brillaba. Corrí hacia él y no me levantó. Apenas tocó mis cabellos, siguió conversando y fui al sofá a sentarme, a esperar mi rato con él. No me habló. Después de muchos años entendí que hacía mi aprendizaje para observar, oír y callar.

Aún alegaban en la cocina, y no sabía qué hacer, o sí: balancear mis piernas o hacer figuras chinescas con los dedos. Me cansé de verlos bravos otra vez. No sabía si volver a la mansarda con mi carrito, quedarme a jugar con los pliegues del sofá morado de la sala o con mis dedos.

La bombilla de la cocina se encendió, porque la luz que entraba por el ventanal no era suficiente contra la oscuridad; pero remarcaba las arrugas y daba tonalidades de claroscuro a sus caras que empezaban a gesticular como viejos. Me cansé de mirarlos y pensar; subí a la mansarda con mi juguete y allí me quedé. No encontraba motivos para bajar. Estaba tan entretenido que no sentí los pasos de mi padre que subió con agilidad y bajó conmigo en brazos. Me alegré mucho, pero al rato se despidió. Se fue, y me pregunté una vez más “¿Hasta cuándo?”, y empecé a llorar...

Esa noche mi madre me amenazó con un castigo si no dejaba de llorar. Ya no me importaba. Escapé a la mansarda y salí al entablado que había sobre las tejas de la casa, a mirar sobre los techos de las casas vecinas iluminadas por las luces de la calle, en dirección a la casa donde imaginaba, según decían los abuelos y mi madre, que vivía mi padre “con la otra”.

Por entre mis lágrimas, como entre una llovizna, vi todo oscuro: tejados grises, anaranjados y negros; el musgo de los techos, también los árboles verdes de día; los bosques azules a lo lejos; y de tanto llorar, manchas grises a medida que la ciudad se diluía y oscurecía ante mis ojos, porque así era la perspectiva de una soledad que, nadie sospechaba, yo aprendía cada día.

Otra noche, y a medida que las luces de la calle empezaban a encenderse, los techos, los árboles y los bosques desaparecían en la oscuridad. Hacía frío, y entendí que era la hora de abandonar mi mundo (la mansarda). Abandoné el entablado a buscar abrigo entre mis cobijas y la oscuridad del cuarto.



Madrugué porque imaginaba que mi padre vendría ese día. Terminé el día asomado a la ventana, esperando... No vino. Pero quería compartir el regalo con mi padre; que jugáramos a que lo invitaba a dar un paseo en mi carro de bomberos. Pensé escapar para buscarlo, pero él tenía tantos amigos y a dónde ir, que no sabía si al arriesgarme a salir, pudiera encontrarlo; además, ¿dónde buscarlo?

Hasta que llegó la noche en que empezó ese sueño que me persigue. Antes de dormirme, y por única vez, comprendí que debía correr el riesgo de elegir un camino al azar, y en caso de fallar, regresar a casa para escoger entre mis recuerdos un nuevo camino para olvidarlo, pero me dormí y...

...por primera vez soñé que bajé a escondidas las escalas que llevaban a la puerta; abrí y salí a la calle, donde había mucha gente de cara borrosa como la de todos los sueños; voces, gritos, carros grandes, música alegre y luces de navidad... Y aquí lo peor de mi sueño, mis dudas, si lo escribí bien, y mi pregunta, ¿por qué me pasa esto?: que no importando si me perdía, monté en mi carro de bomberos, puse a sonar la sirena, y aceleré en busca de mi padre.

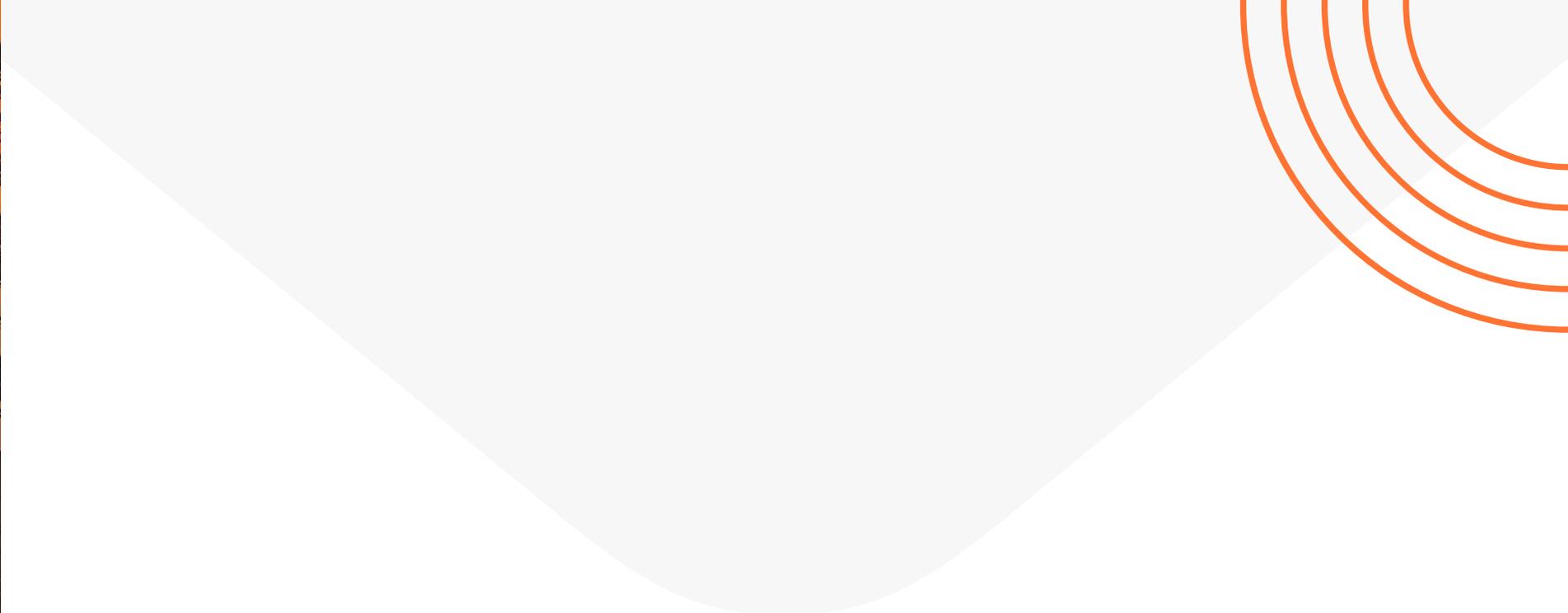




SEMANA 4

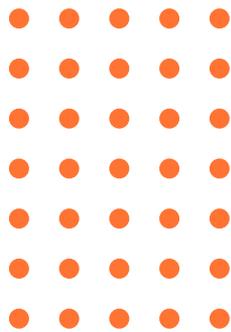
Termina la tercera semana del Tercer Heptamerón y comienza la cuarta en la cual los mayores, bajo el reinado de las leyendas y el miedo, discuten sobre apariciones, demonios, rituales y espantos.

Alberto descubre que las brujas existen y son rencorosas; Rosa entiende por qué nadie quiere arrendar la casa de sus vecinos; Jairo aprende que algunos muertos cuidan celosamente sus pertenencias; Gloria narra la historia de un joven abrumado por las ánimas de un guadual; Luisa despierta de una cirugía tras una macabra pesadilla; Francia pierde su radio a manos de espantos de carne y hueso; Minnie se aterra con su propio reflejo; y Enrique se sumerge en las profundidades del cementerio a través del humo.



Alberto Suárez Villamizar

Nació el 27 de enero de 1958 en Bucaramanga. Cursó estudios de enseñanza media hasta finalizar en 1976, en la misma ciudad. Laboralmente estuvo vinculado con empresas de ingeniería civil en construcción de vías, lo que le permitió conocer varias regiones del país. Escribe por *hobby*, y su mayor satisfacción es que sus escritos lleguen a todas aquellas personas amantes de la lectura. Hizo parte del proyecto de Historias en Yo Mayor gracias a una hermana, que le informó sobre las inscripciones. Pertenecer a la escuela le ha permitido practicar más la escritura de historias y compartir experiencias con los demás participantes.



Una extraña visitante

Por Alberto Suárez Villamizar

—Iván, anoche escuché unos ruidos en el techo de la casa, como si estuvieran rasguñando las tejas —comenté a mi amigo, cuando consideré el momento apropiado.

No quería ser alarmista, ni crear preocupación en su esposa, que junto a sus pequeños hijos compartía la vivienda de paredes en madera y techada con láminas de zinc, ubicada en la margen izquierda del río Carare. Dicho lugar se encontraba frente a la humilde población de Santa Rosa, que nos servía de campamento en aquella región selvática donde se construía una vía de penetración que favorecía la movilidad de los colonos que trabajaban las fértiles tierras de la selva. Nos unía con Iván la amistad de varias obras compartidas. Y, ahora, para favorecer sus condiciones de vida en esa inhóspita región, había decidido trasladarse allí con su familia.

—No se preocupe por eso, don Albert, eso es una bruja —dijo sin inmutarse—. Eso no pasa nada —agregó al notar mi desconcierto.

—Iván, me preocupa porque usted tiene aquí a sus dos pequeños hijos, y se dice que las brujas buscan hacerles daño a los niños —expuse a mi amigo.

—Tranquilo, que si usted me ayuda, entre los dos corremos esa bruja.

—¿Qué hay que hacer? —pregunté intrigado.

—Seguramente usted no se ha enfrentado a una bruja —dijo Iván—, pero yo sí lo he hecho. Cuando estaba niño y vivía con mi padre, entre los dos nos encargamos de correr una bruja que nos llegaba a la casa.

—¿Y cómo se hace? —volví a preguntar interesándome por poderle colaborar a mi amigo, pero intrigado ante esa situación nueva para mí.

—Debemos estar alerta. Cuando lleguemos a sentir que la bruja se encuentra en el techo de la casa, los dos salimos y la alumbramos a la cara con las linternas. Eso provocará que se caiga al suelo, y, allí, le doy fuste con una correa. Con ese castigo, tendrá para no volver a molestar. Estemos preparados, don Albert —terminó de exponer su idea.



Luego de esto me sentía un poco preocupado. Ofrecía mi ayuda para ahuyentar aquel extraño ser que andaba merodeando por las noches nuestra casa, pero sentía miedo. Para mí, este era un asunto desconocido, aunque debía ser solidario con mi compañero y prestarle el apoyo que fuera necesario. Me tranquilizaba un poco la idea de no tener que ser yo quien le infligiera el castigo, pues no tenía el valor suficiente para hacerlo. Claro que, ante mi amigo, no dejaba notar ningún rastro de lo que estaba sintiendo ante esa nueva experiencia, cuyo plan Iván había ideado.

Transcurrieron varias noches y no volvimos a escuchar los ruidos ocasionados por los pasos de la bruja sobre el techo de la casa, lo que me tranquilizaba un poco, pues quería evitar al máximo esta situación. Sinceramente deseaba que el espanto no volviera, para que no fuera necesario enfrentarlo. Pero una noche:

—Don Albert —me alertó mi amigo en voz baja—, la bruja está encima de la casa. A la voz de tres salimos y alumbramos al mismo tiempo hacia el caballete de la parte de atrás. Cuando la bruja caiga yo la persigo, ¿listo?

—Sí, listo —respondí sintiendo un nudo en la garganta y el palpitar acelerado de mi corazón.

—¡Uno, dos y tres! —pronunció y salió inmediatamente de la casa.

Dirigimos el chorro de luz de nuestras linternas hacia el lugar previamente acordado y, efectivamente, aquel enorme ser con forma de pavo gigantesco cayó al suelo. Luego, fue perseguido inmediatamente por mi compañero, quien lanzaba feroces golpes con su correa sobre ese cuerpo extraño. Al sentirse castigado, emprendió la huida hacia la ribera más cercana, siendo seguido muy de cerca por Iván, mientras yo observaba incrédulo la escena que tenía ante mis ojos.

La carrera, compuesta por grandes saltos, le daba la ventaja a la bruja. Así, logró llegar a la tarabita que mantenía la comunidad para atravesar el río y consiguió alejarse para evitar un castigo mayor. Al llegar junto a mi amigo, ya la cesta se encontraba muy distante y tuvimos que suspender la persecución.

—Don Albert, ¿reconoció la bruja? —preguntó mi amigo, una vez había recuperado el aliento.

—No señor, no lo pude hacer —respondí.

—Es la vieja Stella, la señora del pueblo, allá donde usted se alimenta.

—No puede ser, Iván. ¡No lo puedo creer!

—Sí, señor, es ella, así que tenga cuidado. Es mejor que no siga comiendo donde ella. Si quiere, yo le vendo la comida para que se evite problemas, pues las brujas son vengativas y le puede hacer alguna maldad colocando algo en las comidas.

—Le agradezco, Iván, pero de todas formas debo ir mañana a desayunar y cancelarle la deuda que tengo de la alimentación de estos días anteriores.

—No se preocupe, mañana cruzamos el río y yo lo acompaño.

Al día siguiente, en horas de la mañana, atravesamos el río y llegamos hasta el negocio de la señora Stella —la bruja, según Iván—, a tomar el desayuno y arreglar mis cuentas. Al entrar al pequeño restaurante del caserío, fui atendido por una de sus hijas, a quien pedí los alimentos y solicité la cuenta ocasionada hasta ese momento para cancelarla. Tomé el desayuno en compañía de mi amigo y, una vez terminé, me acerqué hasta la cocina, donde se encontraba la dueña del negocio, a quien observé con el rostro bastante demacrado, y luciendo unas enormes ojeras que no le notaba en días anteriores. Solicité el costo y me dispuse a pagar para no dejar deudas pendientes. Me acerqué a entregar el dinero a doña Stella que me lanzó una mirada como si sus ojos fueran un par de brasas encendidas y dijo:

—¡Tenga cuidado con andar contando lo que vio anoche, si no quiere perder su lengua! — pronunció en voz baja, pero con tono amenazante.

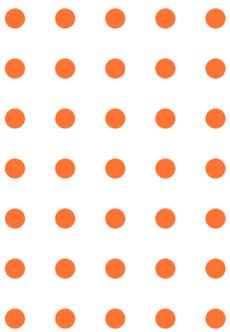
Ahora, al acabar de contar esta historia, empiezo a sentir cierto escozor en mi lengua...





Rosa Quesada Cortés

Érase una vez una niña nacida en Algeciras (Huila), un 23 de abril de 1963. A los tres meses de edad, llegó a Bogotá. Estudió bachillerato y un técnico auxiliar contable. Trabajó en oficios varios en entidades privadas y públicas, en donde aprendió muchas habilidades y conocimientos. Se casó hace 24 años con César A., quien es muy espiritual, responsable, tierno y amoroso. Tiene una hija, Laura C., con discapacidad física. Está orgullosa de los logros que ha tenido; ella es valiente, responsable, independiente y pilosa. Ella le enseñó a amar esta vida maravillosa. Además de las manualidades, escribir es la nueva pasión que le cambió la vida.



La casa linda que nadie quería arrendar

Por Rosa Quesada Cortés

Por estar de curiosa escuchando una conversación de mi mamá con una niña vecina — Amparo, quien le decía a mi mamá “señora Lilia” —, supe que le contaba a mi mamá que ella y su hermana María eran malas y no le hacían caso a la mamá que trabajaba de noche. Cuando ella salía para el trabajo, ellas se ponían a jugar tarde en la noche, les volteaban la cama varias veces y todas las noches era lo mismo: por desobedientes les pasaba esto. Ellas se reían y se dormían muy tarde.

La vecina le contó a mi mamá que en su casa asustaban todo el tiempo. En la mañana y en el día, sus tres hijitos no querían estar solos y siempre, cuando regresaban de la escuela, no entraban a la casa porque tenían miedo de estar allí, debido a que veían muchas personas y los asustaban. Esta casa era una de las mejores del barrio, fue construida de tres pisos, se veía muy bonita con sus escaleras y sus ventanas; además, tenía una terraza muy grande en el cuarto piso. Siempre me pregunté por qué los niños no la utilizaban. Ellos vendieron la casa cuando los niños aún eran menores y nunca más volvimos a saber de ellos.

Aproximadamente 50 años después, encontré, cerca de mi barrio donde vivo actualmente, al mayor de estos niños, que tiene mi misma edad. Me puse feliz de verlo de nuevo, porque tenía recuerdos bonitos de la niñez cuando jugábamos. Lo saludé y le recordé que la familia y el barrio lo recordaban. Él, muy cortante, me dijo: “No quiero saber nada de esa casa. Es la peor etapa de mi niñez. Allí nos asustaban todo el tiempo, veíamos personas salir del baño con la toalla en la cabeza. En la cocina, como era antigua, había de esas estufas de carbón que tenían hornillas para cocinar, mi mamá la conservó por lo antigua. Estaba de decoración, porque cocinábamos con gas. Allí se veía una señora muy adulta con vestidos largos y un poco sucia. Nos volteaba a mirar muy triste y batía chocolate en la mañana cuando nos íbamos a



estudiar. En la tarde también estaba batiendo chocolate, siempre batiendo chocolate. Cuando estábamos mi mamá y mis dos hermanos en la sala, veíamos salir una persona a un patio que nunca se abría. La puerta de ese lugar estaba cerrada con candado y un madero grueso, de esos antiguos que se ponían cruzados en las puertas. Allí no podía haber nadie, porque era un solar, en la peña alta. Allí casi nunca salíamos ninguno por lo peligroso. Todo el tiempo pasaban cosas raras: teníamos un apartamento en el segundo piso; más se demoraba en arrendarse que las personas en desocuparlo. Le contamos a un policía y dijo: “¡Eso es mentira, arriéndemela y les demostraré qué es!”. Yo, feliz, pensé que un policía no le iba a tener miedo. A las dos de la mañana, el policía lloraba y suplicaba que le abriéramos, porque lo habían bajado de la cama y lo jalaban diciéndole palabras varias voces mientras varias personas le tapaban la boca.

Él gritaba y nosotros no lo escuchábamos. Estas entidades le decían al policía que se fuera, porque ellos mandaban allí. Mamá le dio agua y lo dejó dormir en la sala. Luego, cuando el policía vio salir al señor del baño que siempre salía (el de la toalla en la cabeza al que nosotros nos habíamos acostumbrado), salió corriendo en calzoncillos y sin camisa. Dejó las cosas por un buen tiempo y mandó por ellas a un familiar a mediodía”.

Y me contó otras cosas más espeluznantes que les pasaban a ellos, los niños y a la mamá. Por eso se quedaban en la calle cuando llegaban de la escuela hasta que llegaba el papá, porque cuando él estaba no pasaba nada. Él no les creía; así estuviera en el otro cuarto, ellos veían todas esas cosas. La mamá dijo: “¡Nos vamos!”, y le dijo al papá que ellos no aguantaban más. Se fueron a otro barrio e hicieron el compromiso de no hablar de esos tiempos tan traumáticos, fueron atendidos por psicología y aún continúan en tratamiento.

Ya pueden hablar del tema. Pasó un tiempo y me encontré al hermanito menor y le pregunté por ese tiempo vivido en el barrio Las Colinas. Él me miró muy molesto y me dijo: “No quiero saber de ese lugar ni recordarlo. Es la niñez más fea que recuerdo y aún tengo pesadillas”.

Retomamos la amistad de mi amigo de la niñez. A él, ya casado con hijos grandes, le comenté que a mi hija de 18 años le fascinaban las películas de terror y que si le podía contar un poco de lo vivido en su familia. Gustoso lo hizo. En una visita, le contó que, cuando eran niños, sus dos hermanos se ponían a jugar a las escondidas y él se metía en la estufa de carbón como escondite. En un momento, miró hacia su derecha y vio a su hermano (que lo estaba buscando afuera) al

lado suyo y se reía. Él salió muy asustado; su hermano lo recibió con mucha sorpresa ya que lo estaba buscando hacía mucho. Él no entendió por qué si para él solo habían sido minutos; en ese momento se dio cuenta de que “ese” no era su hermano.

Casi siempre cuando subían por la escalera y pasaban por enfrente del apartamento que no podían arrendar porque los sacaban corriendo y los asustaban, a ellos se les erizaba la piel y veían que salían personas de allí. Ellos se desmayaban, así pasaran acompañados con la mamá; los jalaban y les tocaban los pies y la cabeza. Le suplicaban al papá que se fueran de allí, y como él no veía nada ni lo asustaban, él no les creía. Nos contó que en el local que tenían arrendado el dueño de la tienda tenía un bebé de 4 meses que lloraba mucho cuando se quedaba solo. Un día que la esposa salió, el inquilino del primer piso, que estaba encargado del bebé, le preparó el tetero y lo dejó tomándolo y lo observaba constantemente; hasta que en un momento, de la nada, vio una mujer muy fea dándole el tetero al bebé. Él corrió a sacarlo y ella no se lo soltaba. Cuando lo soltó, momentos después, podía ver el tetero en el aire y el bebé tomando de él. Por el susto prefirió no hacer nada más. Los dueños vendieron la tienda y no quisieron saber más de la casa.

Esta casa existe. No sé si todavía siguen asustando, porque me da miedo preguntar.

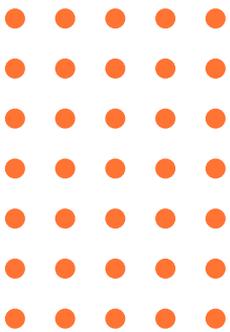
Aclaro que esta historia es real y yo conocí a los dueños de esta casa. Era vecina. Muchos vecinos contaban las historias de esta casa y de por qué nadie quería arrendarla.





Jairo Ignacio Salgado

Tan cerca del séptimo piso, ya no importa quién fue ni qué hizo; importa más quién es y qué quiere hacer este bogotano trasladado a las cálidas tierras tolimenses por razones de salud: él cree ser aún un buen compañero de viaje, un padre gruñón, pero pendiente de sus hijos, un abuelo amoroso y malcriador, un amigo leal y, finalmente, un curioso del internet. Allí encontró una publicación de Historias en Yo Mayor, se contactó y recibió el mejor de los estímulos para creer que puede escribir bien.



El día que me asustaron

Por Jairo Ignacio Salgado

6 de diciembre, frizando las 3 y 30 de la tarde. Estoy en mi oficina, frente al gran ventanal que da a un hermoso parque, extasiado, agradeciendo a Dios por las maravillosas ventas de esa temporada, cuando siento crujir el piso y la sensación de alguien parado a mi espalda; giro rápidamente y... no hay nadie.

Al rato, agotado por los extenuantes días de la temporada, decido ir a casa a descansar; al llegar, advierto que no estoy para nadie, excepto si llega o llama alguien de la familia. Luego de casi una hora suena el teléfono y escucho la infantil voz de mi hija preguntando: “Papi, ¿Cristina es de la familia?”. Salto de la cama, tomo el auricular y escucho que uno de mis conuñados sufrió un infarto fulminante en plena calle.

Para evitar el tedio, omito los detalles de lo que ocurrió inmediatamente. Me desplazé veloz a la transitada carrera 30 con calle 70, donde se había presentado el hecho. Efectivamente allí, tirado en la calle y cubierto con una sábana floreada suministrada por algún caritativo vecino, yacía el cuerpo de Mario, el mayor de mis conuñados. Ya había llegado otro familiar y a los pocos minutos lo hizo su yerno, quien me transmitió el mensaje de la hija: “Papito, debe tener colgada una cadena de oro y de ella un bolígrafo Párker dorado”.

Con la ayuda de un policía que había llegado a la escena, abrimos su camisa, pero él no tenía ni cadena ni lapicero, situación que inmediatamente comuniqué a sus familiares cercanos, y así quedó el tema. Luego llegó el carro funerario y lo embarcaron para llevarlo para alistar su cuerpo para la velación, la cual se inició al día siguiente.

Alrededor de las 11 de la mañana, se acercó mi cuñada y me dijo al oído que quería abrir el cajón para sacarle los zapatos que tenía puestos, dado que eran nuevos y le podrían servir a alguno de sus hijos. Procedimos con otro cuñado a invitar a desalojar la sala para poder levantar la tapa del féretro y así hacer lo que la viuda había pedido y, ¡¡¡¡oooh, sorpresa!!!!, al



abrir la tapa y darle una mirada rápida al cuerpo, asoma tímidamente debajo del cuello de la camisa un resplandor extraño: miramos con más detalle y allí, pendiendo de su cuello, estaban la cadena y el lapicero que el día anterior habíamos buscado infructuosamente.

¿Alguna explicación? Ni idea, pero el susto fue de aquellos.

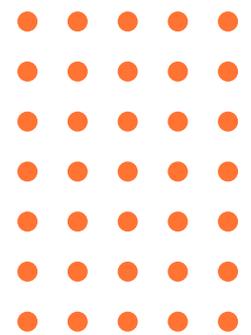
Pónganme ese trompo en la uña.





Gloria Zuluaga Palacios

Inició muy joven la lectura con “Simbad el Marino”; luego leía todo libro que le llegara, pero la universidad y el trabajo le introdujeron obligatoriamente en otras áreas. Es contadora y economista. Ha laborado para diversas entidades, casi siempre en el área financiera. Estudió hasta el bachillerato en el pueblo donde nació un 25 de enero de 1963. Su afán por continuar estudiando la llevó a vivir a Pereira, donde reside. El fantasma de la escritura le ha rondado siempre y se topó con Historias en Yo Mayor en internet. Por aprender, siente que le falta mucho, pero es su deseo.



¿El Yucal o el Guadual?

Por Gloria Zuluaga Palacios

Eran los inicios de los años 70, él apenas tenía entre 13 y 14 años. Era el mayor de los hijos de una familia trabajadora. El padre, un hombre fuerte, no era alguien que les contagiara miedos; al contrario, ordenaba lo que debía hacerse y delegaba funciones de la finca que administraba. Así, a pesar de él aún ser un niño, si sentía miedos, igual debía caminar por esos terrenos.

Las caminatas eran de todos los días, porque parte importante del trayecto entre el colegio y su vivienda rural, donde la familia residía porque debía ocuparse de la administración de una gran finca, era a pie.

Según la época de la cosecha de yuca, eran terrenos cuyo recorrido se podía acortar y, así, no tener que pasar por el guadual. Ese era el trayecto que le generaba temor, porque era frío, sombrío, no había viviendas cerca y no tenía visibilidad hacia otras.

Y es que, además, ya había tenido un gran susto en ese trayecto, un día en la tarde, regresando del colegio. Cayó algo que venía desde muy arriba, no supo qué era, pero lo alertó. Segundos después siguieron cayendo. Eran piedras, pero ¿de dónde? No podía saberlo, pero tampoco quiso averiguarlo. Corrió más que nunca, para salir rápido de ese guadual y llegar al camino donde ya había una casa habitada.

¿Cuándo podía evitarse el tránsito por el guadual? Cuando la yuca estaba recién sembrada y podía atravesarse por el cultivo, porque cuando las matas de yuca ya estaban altas, los que cuidaban el cultivo, que andaban armados, no alcanzaban a distinguir quién caminaba por allí. Como su trabajo era evitar que robaran la yuca, estaban autorizados a usar el arma. Además, su padre le había prohibido que en esos momentos transitara por el cultivo y debía dar la vuelta por el guadual; su padre no era un hombre al que podía desobedecer y tampoco estaba dispuesto a salir herido por evitar el guadual; él tampoco sentía la confianza para hablar de sus temores con su padre, debía cumplir su obligación, ir a estudiar y llegar en la tarde.

Pero no solo esa era su obligación. También debía vigilar el yucal, también tenía turnos de

vigilancia del cultivo, y no solo de día, también en las noches. Le correspondía terciarse una escopeta, un cinturón con balas y estar caminando el cultivo, evitar que los ladrones, que solían hacerlo por esas grandes fincas, llegaran con sus costales a llenarlos de yuca. ¿Se imaginan a un joven de 13, en la medianoche, transitando un gran cultivo de yucas, armado, esperando que no aparecieran ladrones, que llegara el día para cambiar la luz de una linterna por la del sol, para terminar su turno y la zozobra de la oscuridad, para devolver un arma sin disparar, tener la seguridad de no haber herido y tampoco haber salido lastimado?

Ese temor debería ser mucho más grande que el de transitar por el guadual; pero no, el guadual lo intimidaba más. Ese silencio, bajar, luego subir la pendiente, no había cultivos, nadie iba a robar las guaguas, no había arma, solo el corazón acelerado y las piernas listas para correr.

Pero sería el alma del guadual que quería compañía o, por el contrario, quería mantener su soledad. Ese tic tac en el corazón de aquellos jóvenes temerosos era su mensaje para hacerlos huir y, por más pasar de largo, mantener su belleza intacta sin que nadie se quedara tanto como para copiarla o extasiarse en ella. Quería mantener el misterio, conservarse, crecer infinitamente, impregnar el aire de suspenso y seguir viviendo en libertad.

O era el temor del joven lo que le daba la certeza de que por el guadual algún alma, sin saber si era de alguien o del guadual, salía a asustarlo, a acelerarle el corazón y a susurrarle al oído que siguiera caminando por el yucal y que dejara estas almas tranquilas en su pequeño y fresco paraíso.

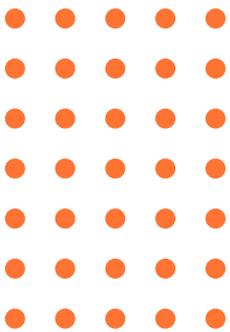
Y el joven, añorando que creciera y pudieran recoger rápido la cosecha y él pudiera dejar descansar el guadual y hacer la travesía por el yucal.





Luisa López

Ingeniera Industrial nacida en Cali en diciembre de 1961. Profesional independiente, casada y madre de dos hijos. Ha sido lectora desde niña, escritora desde siempre y cuentista hace dos años. Las historias familiares y los viajes que le apasionan son el principal alimento para sus relatos. Ahora que las responsabilidades del trabajo y la maternidad pasaron a un segundo plano, escribir se convirtió en un gratificante ejercicio diario. Llegó a Historias en Yo Mayor movida por su permanente búsqueda de herramientas que le permitan evolucionar en la producción de textos dignos de mostrar al resto del mundo.



Caminata nocturna

Por Luisa López

En una noche de insomnio salí a caminar sin rumbo fijo y, de repente, me descubrí sola en medio de un cementerio. En mi espalda sentía el frío de los muertos que me observaban desde sus tumbas. Delante de mí solo veía lápidas que brillaban con ese vaho de color azufre.

¿Color azufre?

Según las historias que escuché en mi niñez es el color del infierno, ¿sería que todos los muertos enterrados en ese cementerio convertido en un parque para mis caminatas gracias a un extravío nocturno estaban condenados al suplicio eterno? ¿Sus almas ardían en el fuego pagando los pecados cometidos mientras transitaron por este mundo?

El miedo empezó a apoderarse de mí, el escalofrío me invadía y en mi aturdimiento simplemente no encontraba una salida de aquel campo enorme, oscuro y lúgubre; actuando fuera de toda lógica sentía que estaba rodeada de ánimas malignas e invadida por el terror esperaba a que salieran de sus tumbas y me atacaran.

Desesperada como estaba se me ocurrió hacer un examen a mi vida, ¿esto sería una señal?

¿Tendría al frente mi futuro? ¿Sería yo una pecadora como todos aquellos enterrados despidiendo azufre y me condenaría también a penar eternamente en el infierno?

De pronto, el silencio dejó de ser mi compañero y escuché un sonido chirriante que me aterrorizó, venía de todas partes, agudo y ensordecedor. Aturdida como estaba, no sabía hacia dónde ir, el miedo me impedía actuar con lógica y, para empeorar, la situación estaba paralizada, no podía moverme, no me atrevía a gritar pidiendo ayuda. Sentí que iba a morir ahí, no tendría oportunidad de corregir mis errores, estaba en las puertas del infierno y me iría a acompañar a los muertos que me rodeaban.

En un repentino instante de lucidez recordé que en el bolsillo de mi sudadera llevaba una linterna y la encendí. El panorama no podía ser más aterrador: me vi rodeada de ratas, todas



mirando hacia mí con sus ojos que brillaban en la oscuridad, un grito luchaba por salir de mi garganta, pero tenía que ahogarlo, estaba frente a esos animales que siempre me produjeron pavor y sentía que no debía moverme ni emitir sonido alguno. Tal vez así las ratas me confundirían con un muerto más y no me atacarían.

Apagué la linterna y di un paso atrás, me sentí caer a un abismo, ¿o tal vez a la tumba que esperaba por mí?

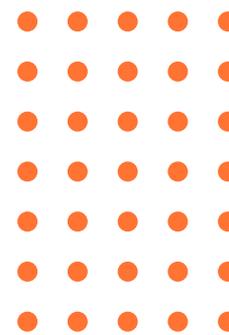
El grito que había ahogado por fin salió de mi garganta, en ese momento el ascensor del hospital se detuvo, yo yacía en una camilla y dos enfermeras con bigote, ojos pequeños y un extraño olor a azufre me miraban sonrientes mientras decían:

—La cirugía fue un éxito.



Francia Arenas

Psicóloga en pausa, vendedora especializada en finca raíz, reconocida y casi premiada como “la mejor tía del universo”. Francia Arenas nació en Bogotá doce años antes del Verano del 68. Rebelde y soñadora, se casó muy joven y agradeció haber tenido tres hijos varones que, teóricamente, serían menos rebeldes que ella. Devota de la familia (especialmente de sus nietas) es alternativamente creyente, fanática del cine, la lectura y los viajes. Llegó a la Escuela de Historias en Yo Mayor a través del periódico El Tiempo; en ella, redescubrió su pasión y quedó motivada a perseguir su vena de escritora aficionada.



Historia de espantos (de carne y hueso)

Por Francia Arenas

Nunca he sido muy crédula de historias de fantasmas y demás, pero lo que sí tengo claro es que los que nos asustan de verdad no son los espíritus, ni los muertos, sino los vivos.

Mi abuela materna, un verdadero ejemplo de mujer independiente, a sus apenas treinta y cinco años fue abandonada por su esposo, quien se fue con otra mujer y dejó a mi abuela con 7 hijos entre los 2 y 14 años. Mas eso no fue obstáculo para que ella trabajara como administradora de una escuela (en esa época el gobierno les daba alojamiento, con todo y familia). Con el apoyo de sus padres, campesinos, pero terratenientes de la época (años 30s y 40s), orgullosos de su tierra, que le enviaban mercado con los frutos de la tierrita (aguacate, naranja, mandarina, cacao, café, etc.), fue capaz de sacar a sus hijos profesionales, trabajadores, responsables y buenos ciudadanos.

Al morir sus padres y repartir las tierras entre sus muchos hijos, la parte que le quedó a mi abuela se volvió su mayor orgullo y felicidad. Siempre nos convidaba a pasar vacaciones en su finquita, pero había mucha dificultad para llegar a la casa porque no había carretera. Era toda una odisea llegar al punto en donde nos dejaba el bus intermunicipal o flota y de ahí seguir hasta la finca a lomo de mula o caballo, atravesando el río, subiendo y bajando montañas.

En uno de esos viajes yo tendría unos 11 años, le rogamos a mi papá que nos prestara el radio de pilas para escuchar música y seguro las radionovelas de la época como Kalimán. Él no quería prestarlo porque sabía que podríamos dañarlo o refundirlo en el viaje; sin embargo, accedió. Emprendimos el viaje solo con mi abuela, nuestros padres por su trabajo no nos acompañaron.

Ya en la finca, mis hermanos y yo estábamos felices con el radio, mostrándolo a todos los trabajadores o visitantes que arribaban a saludar a los niños “capitalinos”. En la noche, la oscuridad era total, no había energía eléctrica en pleno campo y en esa época menos. La casa

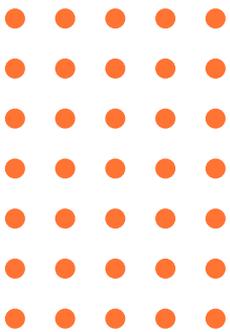
tenía una especie de terracita con una mesa grande y bancas a su alrededor, nosotros estábamos sentados en la penumbra, iluminados solo por la tenue luz de una vela, lo que le daba cierto aire de misterio al ambiente. Seguramente nos estaban observando en medio de la maleza y en un momento en que mi abuela se paró a su habitación, dos tipos con la cara y las manos tiznadas emergieron de la oscuridad, nos gritaron «Buuuuuu» y nos arrebataron el radio. Llanto y gritos a continuación, pero ya nada podía hacerse. El susto y la frustración fueron terribles. Duré muchos años sin regresar a la finca de mi abuela.





Herminia “Minnie” García

De un hogar muy lindo nació esta chica que estudió y terminó la secundaria. Luego, sus padres la enviaron a Nueva York, donde se graduó en Lenguas Modernas y trabajó como secretaria bilingüe en una gran empresa. A su regreso fue profesora en algunos colegios y en una universidad. Contrajo matrimonio y tuvo tres hijos. Ya a sus setenta y pico de años se dedicó a escribir en prosa y poesía. Pintó cuadros de paisajes, flores y caballos al óleo. Se enteró de la Escuela Virtual, se inscribió y la aceptaron. Está muy complacida con la alta calidad de profesores, escritores y coordinadores. Felicita a estas grandes fundaciones que la colmaron de dicha y que la tuvieron en cuenta con uno de sus escritos.



Un susto

Por Minnie García

Cuando hace algunos años (que aún vivía con mis padres en una casa inmensamente grande), en una noche silenciosa y muy oscura, tuve la necesidad de salir de mi habitación para conseguir un vaso de agua, bajé las escaleras y me dirigí a la cocina en busca de la nevera. En frente de esta había una ventana grande que daba a un patio donde había dos árboles y algunas plantas. Al caminar frente a esta, vi reflejado en la ventana un movimiento raro y me llené de pánico.

Contemplé en el vidrio unos ojos desbordados de terror, una boca abierta con horror y unas manos llevadas a la cabeza con desesperación.

Salieron de mi garganta unos sonidos sin sentido y grité con las fuerzas que me quedaban. Mis padres y hermanos bajaron atolondrados y me dijeron:

—¿Qué te pasa?

Yo les indiqué el vidrio y ellos dijeron:

—¡No hay nada!

Me volví a ver y, con pena, vi nuevamente mi cara en el vidrio. Era yo... ¡yo misma!, que, al llenarme de pánico, me desfiguré.

Todos se rieron de mí.

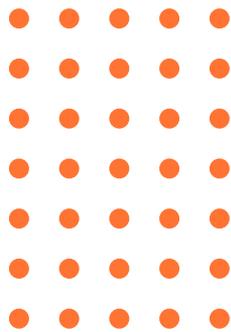
Mira lo que hace el pánico.





Enrique Álvaro González

Escritor bogotano nacido en 1955. Trabajó en el INPEC desde 1983, donde cultivó muchos de sus relatos. En 1989 ganó el concurso de cuento institucional con “Zafra, el hombre que se volvió paloma”. Desde entonces, fue autodidacta, hasta el año 2000 cuando en el taller literario Carmelina Soto practicó técnicas nuevas que lo llevaron a ganar el concurso regional de Comfenalco, con el cuento “Hombres de cristal” en 2008. Fue segundo en el concurso de cuento infantil de Comfenalco en 2013 con “La Odisea del Arlboro”, y ha sido un eterno enamorado de la literatura. Ha participado en trabajos adelantados con grupos de tercera edad en Génova, Versalles, Armenia y con grupos de lectores en la biblioteca municipal de Armenia. Es parte del taller creativo RELATA, desde 2008.



Ánimas de humo

Por Enrique Álvaro González

El Abuelo, quien en cuestiones de fútbol era el mejor, nos llevó a fijar “La Oficina” en el Cementerio Central y nosotros lo seguimos. Era el armador del equipo, el que nos enseñó a pelear con los defensas y a discutir con el árbitro, pero también era el único con el carácter necesario para moverse con soltura y en terreno conocido en lo relacionado con... aquello.

Fijamos “La Oficina” en el Cementerio Central, porque a eso de las cinco de la tarde era el lugar más seguro. No estaba muy concurrido, no había autoridad y los pocos rezanderos que había ni nos miraban, así que el abuelo, tremendo armador del equipo y líder de la gallada, con sus canas nimbadas por el sol de aquella tarde, sacó de su chaqueta el “calillo”.

Como para el Compadre era su primera vez, los nervios lo predispusieron con lo que vendría, pero sumado a sus convicciones religiosas, pese a que le explicamos que eso no tendría nada que ver, pues pasó lo que pasó.

Como siempre, el calillo lo inauguró el Abuelo. Su rostro joven y risueño expresó la complacencia de la primera aspiración, que no distó mucho de la segunda, ni la tercera. Después de esta última, cedió el honor al nervioso, indeciso y primerizo Compadre. Este tomó aire, miró temeroso a cada uno como si estuviera a punto de cobrar un penalti, recibió el calillo y, copiando al Abuelo, se lanzó a las primeras y últimas tres aspiraciones de la yerba, que ese mismo día le harían prometer que jamás las repetiría.

El efecto no tardó mucho. El Compadre empezó a reírse primero lento, como un bobo, y después su risa se fue soltando hasta ser una carcajada estrepitosa que el Abuelo se apresuró a calmar, porque: “Cálmese, ñero, que’so sí nos banderea, güevón”. Hasta ahí todo fue, digamos, controlable, porque cuando el primerizo comenzó a ver las ánimas salir de sus tumbas a reclamarle su irrespeto, al pendejo este le dio por ir a pedirle perdón a Pizarro, a Salomé y a todas esas ánimas tranquilas del cementerio central, que más bien se dedican es a hacer milagros, según dicen, pues ahí sí tocó sacarlo y “sacarnos” de La Oficina.



Fue llegando a la avenida Caracas, que, contagiados de la risa del compadre, todos hacíamos lo mismo, cuando el Abuelo se puso muy serio al exclamar: “¡Huy güevones! ¡Se nos quedó aquello!”.

Y morados de la risa nos devolvimos hasta el cementerio, más exactamente en la tumba de... No, esas cosas no se deben decir. Son reservas del sumario, como quien dice. El caso es que llegamos y ahí estaba el paquetico inocente de lo que había producido. Lo iba a coger para meterlo entre mis... perdón; otra reserva del sumario. En fin, lo iba a agarrar, pero no pude, porque en ese preciso momento nos cayó una pareja de uniformados que, al ver la risa del compadre, creyeron que era irrespeto y, luego de requisarnos tan a fondo que a mí me descubrieron una hernia, dimos con los huesos en la comisaría, donde, según dijeron los agentes, estaríamos durante 72 horas. ¿Qué tal si alcanzo a coger el paquetico?

Ya en la comisaría, fue el Abuelo, quien, por moverse en esas lides policiales gracias a su barrio, bastante “movido” de por sí, sacó su peinilla, peinó las prematuras canas que le sembraron el apodo de los del equipo a sus veintitrés años y, después de charlar con uno y otro agente, logró que nos soltaran después de hacerle aseo a los baños.



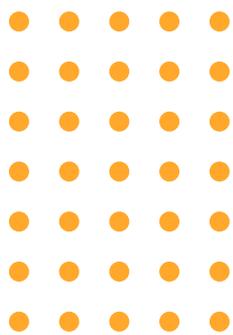
Termina la cuarta semana del Tercer Heptamerón y comienza la quinta en la cual los mayores, bajo el reinado de la tradición, recuerdan las costumbres, recetas y vocablos de sus regiones.

Lilia recuerda, en jerga, el trajín de los compaires en la molienda; Ángela rememora, entre refranes y dichos paisas, el abecedario de su niñez; Gustavo narra los rituales previos y posteriores de un casorio; María Claudia exalta en poema la belleza de la capital colombiana; Blanca, con nostalgia, evoca los cambios de Bogotá y enumera sus tesoros; Inés rinde homenaje a las regiones que la vieron crecer; Margy expresa con detalle todo lo que puede ocurrir a quien “pasa por San Gil”; Cristian expone las principales figuras que enriquecen la danza del Sanjuanero huilense; María Vitalia aprende la receta de la mazamorra chiquita; y Alejandro escribe una crujiente oda a los sombreritos de garbanzo.



Lilia Leonor Torres

Nació en Timbío, Cauca, municipio vecino de Popayán; en su año de nacimiento se acabó el gobierno del general Gustavo Rojas Pinilla. Sus primeros días de vida fue enchumbada desde la cabeza a los pies, impidiendo sus movimientos, como era la costumbre; cuando por fin su pequeño cuerpecito se liberó, quiso explorar el mundo y eso lo ha conservado en su vida profesional como gestora socioambiental. Le ha gustado tocar corazones con la palabra; cuando por radio hablaron de “Historias en yo Mayor” se inscribió, sintiendo que era lo suyo y, sin dudarlo, llegó para quedarse.



La molienda de los compadres

Por Lilia Leonor Torres

El compaire Inacio se preparaba con la comaide misia Claudina para la molienda. Ya no tenían panela ni melao pal café, antón debían apurar el trabajo, aprontar tuitico para llevar pu allá pa la enramada del trapiche que quedaba a dos tabacos de la casa. Allá tenían un güen lote de caña que ya estaba a puntico de exprimir.

El compaire Inacio estaba un poco chumao y así se subió al soberao a buscar la estera para secar los aperos que se habían mojao, yo lo vidé cuando se desgualangó de la escalera y trun, cayó sobre una pasera, su tuste quedó con un chichón como una pera; pero se hizo el vende jabón, se terció la jigra, se arremangó el zamarro y salió ventiao a buscar las bestias para empezar el trasteo pa la enramada del trapiche; la comaide misia Claudina se jue junto y tantico que pisaron el chiquero se dieron de cuenta de que la angarilla de la yegua rucia no estaba.

Un poco aturdida misia Claudina le dijo al compare:

—Ayer cuando iamos pa la chagra ese muérgano del Isidro me dijo que necesitaba la angarilla y la enjalma para traer unos guangos de leña para la tuerta Clotilde y ese, como es un viringo, me dio lástima no prestársela, ya que haciendo ese mandao se ganaría algunos billuyos.

—Ese zopenco —repuso Inacio— antualito, cuando termine la manbiada yo mismito voy a atisbar a ver qué anda tramando que no devuelve lo que no es de él. Güeno, prosigamos con aprontá lo de la molienda, ya llegaron los piones pa cortar la caña y antón hay que aturugarlos de comida pa que no den tanta candanga.

—Decime a yo —dijo la comaide Misia Claudina— endenantes les ofrecí un birimbí y se comieron hasta el fundillo de la escudilla; pero pa dejalos empachaos horitica les hago un pringapata pal almuerzo con garbanzo, arracacha, papa cidra y vu a ver qué más hay para échale.



Inacio era buena cuchara y le dijo:

—A yo me gusta el chulquin que vos haces, con ese hogao y bastante güevito cocinao y los frisoles de los que hay pu allá en la güecada.

Güeno, la comaide misia Claudina era la comadrona de la vereda y siempre andaba con pañolón y faldones de donde salía unas naguas, que algún día jueron negras, pero que horita mismito estaban desteñidas e hilachosas, todo esto aprietao a la cintura con un chumbe que los hacía mi prima Anastasia. Esa comaire como que no siempre se tomaba una chapusiada de agua, por eso golía como a yerbas y menjurjes. En una talega de majagua terciada al pescuezo cargaba alcohol, un totumo con chirrincho y tabaco por si tuviera que conjurar un espanto, un mal di ojo, un pujo, llamar un guagua asustao, o por si se le ofreciera atender una parturienta que se encontrara atrancada; pa eso siempre era la propia, manque no fuera a la molienda.

Antonces, para irse pa la enramada se chantaba un sombrero y se desparpajaba un poco con la ropa. Se ponía unas arrastraderas o alpargatas que ella mismita hacía con cabuya y un tejío que hacía en el telar. Ella pobrecitica era la encargada de, además de cocinar, de arriar las bestias del trapiche, por eso el compaire Inacio, cuando se iban a la molienda, la echaba por delante.

Mi compaire era algo currutaco, socarrón y morrongo, pero era un güen amigo y, eso sí, pa jartar guaro y manbiar coca, naiden le ganaba; sus dientes eran un tizón de negros por la manbiadera; dicen puay las malas lenguas que él y la comaire vivían amancebados, ya que no jueron ende el padrecito pa que les echara la sogá al cuello... ¡uuuuu! Pero después de tantos años a Dios le habrá dado pena y les habrá mandao su bendición.

—Güeno —se acordó el compaire Inacio—, ya está todo listo pa irnos pal trapiche y ese songo del Isidro no trae los aparejos.

En eso asomó la comaire y le dijo:

—Inacio, Inacio.... asómate que allá en la trocha viene un pisco con sombrero y camisayo, parece que es el Isidro y traide la angarilla.

—Sí —dijo el compaire—, ese mismito es y ese zoquete prefirió changársela al hombro y no traer el caballo.

Al rato se apareció en la casa el Isidro

—Buenas las tenga, don Inacio, pua aquí le degüelvo la angarilla y lo que me prestaron, perdonarán la demora, es que la borrasca no me dejaba venir.

La comaire como no deja ir a nadie de su casa sin brindarle algo, le dio su buen viandao de papas chorriadas con aloja.

Ese día dejaron todo justico para salir a las 4 de la madrugada para la enramada del trapiche y a yo también me llevaban, nos levantamos a las 3 de la mañana con un chaparrón de agua

—Achichay, qué frío —dijo el compaire— pero nos vamos.

Todos calladitos cogimos las bestias de cabestro y nos juimos monteabajo. Llegamos a la enramada, ese día cortamos caña, descogollamos y la aprontamos cerca al trapiche; al otro día la molimos y sacamos el guarapo para surunguiarlo y tener listo para melar al día siguiente. El compaire siempre hacía de metecaña y yo apilaba el bagazo.

Llegó el día de melar el guarapo, teníamos dos cagüingas y dos cedazos para descachazar la miel, el fogonero atizó la candela y empezó lo güeno... ese guarapo yerbía de sabroso y nosotros menié y menié; ni hambre nos daba, claro la comida que nos daban era muy güena: mazamorra de plátano maduro, arepas de chocho, sancocho de pezuña y la pringapata que se jaló la comaire estaba para chuparse los dedos.

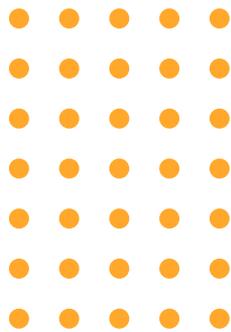
Todo el día meniamos los fondos con el guarapo y en la tarde le echamos la baba del cadillo para blanquiar la panela. Cuando caía la noche salió el melao listo para engavelar. ¡Qué güena panela que hicimos!, y todos contentos nos juimos a dormir.





Ángela Ruth Arteaga Rojas

En Yalí, Antioquia, pueblo de colinas, donde la brisa trae cada día nuevos aromas y rumores de mejores tiempos, nació Ángela Arteaga un 5 de septiembre de 1958. Recibió formación en educación y dedicó 30 años de su vida a la docencia. Es una convencida de que los sueños pasan de la utopía a la realidad si los padres y docentes están ahí ayudando a que esos sueños tengan alas y vuelen alto. Su pasión hoy es la lectura, la pintura y la escritura. A la Escuela Virtual llega por información de una amiga, allí encuentra una nueva oportunidad para convencerse de que los proyectos solo se acaban cuando se apaga la vida.



ABC de mi niñez

Por Ángela Ruth Arteaga Rojas

Cada despuntar del día, en la finca se abría un abanico de posibles aventuras y de nuevos aprendizajes. Nuestro vocabulario se iba enriqueciendo mientras escuchábamos las charlas de los mayores; eso sí, estaba muy claro: «Ustedes, muchachos, no pueden meter la cucharada en las conversas de los mayores», «Cuando llegue una visita, se me van pa'l jardín y se me manejan muy bien, sin hacer ociosidades», «Mucho cuidado con estarse chilingueando en los árboles, se pueden caer», «Y ustedes, muchachas, no vengán a decir que me van a ayudar; sus hermanas mayores y yo nos bandeamos solas para hacer el algo y atender la visita».

Buenas tardes, Misia María. Buenas tardes, Carmen Daza, bien pueda entre, no se quede en ese resisterio de sol. Gracias, Misia María, quedo boquiabierta de ver a su niño cómo está de trozo y las muchachas, tan buenas mozas. ¿Le parece, Carmen?, muchas gracias.

Carmen, deje a Martica y Amparito que se vayan con las mías al jardín. Sí, Misia María, aunque Amparito está tan engerida. Sí, Carmen, la veo muy pángina, pero que vaya y juegue, a ver si se alienta un poco.

Misia María, los suyos cómo están de alentaos, es que usted los jonjolea mucho, hasta los baña con leche de vaca. No crea eso, Carmen Daza, los míos también se enferman, mire no más, hace poco tuve que mandar a Ángela a temperar a Yalí, donde mi mamá, para que se terminara de alentar de esa tosferina tan fuerte que le dio; a los demás los curé con naranja asada y panela derretida en el zumo, eso es bendito.

Misia María, si usted supiera que estoy con el ojo pelao, imagínese que Aurelio pasó toda la noche aventá'o, yo creo que le hizo daño esos fríjoles con yuca que se comió anoche y para encima se me cayó el Alveirito del zarzo, donde duerme con los otros muchachos, se hizo un tortero ni el macho.



Mucho cuidado, Carmen, no lo puede dejar dormir mucho, y póngale una papa con sal, verá cómo se le baja el chichón, porque si se descuida, se le puede convertir en un lobanillo. Venga, Carmen, tómese un alguito con sus muchachas, mire que ya está servido.

Misia María, ¿qué es esto tan rico? Es una torta que hizo Myriam. No lo puedo creer, qué muchacha tan hacendosa y buena moza, está de merecer. Qué afán para echarse una cruz encima.

Bueno, Misia María, mi Dios le pague, ya nos vamos, no hay sea que nos coja la noche y siempre da miedito pasar la organalera.

Carmen, llévese estos huevitos y un quesito, para que le dé a sus muchachos, aunque sea con aguapanela y no se acuesten con la barriga vacía; ah y no deje de mandar por la pucha de leche todos los días.

Sí, Misia María, Dios le pague.

La virgen la acompañe y que le vaya bien, gracias por su visita.





Gustavo Herrera Bobb

Dos días después del 20 de julio de 1954, en un poblado campesino de las riberas del río Sinú, llamado Guasimal (Córdoba), fue recibido por una comadrona, usando como cama un taburete de cuero. Ese campesino, después de transitar por la primaria y bachillerato en Montería, se graduó como enfermero profesional. Apasionado por la lectura, solo después de la pandemia se dedicó a la escritura. Nunca tuvo el interés por pertenecer a Yo Mayor; lo motivaron sus hijas, y hoy en día es un agradecido de que la vida lo hubiese llevado por ese camino.

Una pedida de mano

Por Gustavo Herrera Bobb

Primera parte

Su familia se había trastea'ó al pueblo. Eran originarios de la quebrada de los pescaos, donde pululaban los tigrillos y jaguares, que sacaban de las trojas a los puecos y otros animales. Asigún se habían trastea'ó para estudiar y progresar, uno de ellos era un muchacho corronchón, el segundo de cinco hermanos, dos machos y tres jembras, y, como decía su papá, el muchachón ya estaba metío en edad de casorio.

Una mañana que el muchachón iba al río, a jarriá agua con dos burros, la aguaitó. Ella regresaba del río, montada en su burro mohíno, cadgaba en sus aguateras, dos jarretas mamonúas... y mondándole ed diente, pasó a su lado. El muchachón se quedó bien enflechao, y en todo el camino no dejó de pensar en ella.

De regreso del río, a unos amigos les preguntó por la joven, ellos se rieron, y le dijeron:

—Es la hija de Pello, la más jarocho del pueblo, se ñama Luisa, nadie la ha podido enamorar, está escotera, y vive en la casa vegde, la del podtón grande, que está frente la plaza, allí donde están en el patio aquellos cadzones, morunos y culeros colgaos en la majagua...

El muchachón le escribió un judgo de cartas güelentinosas, donde le declaraba su amor, y las hacía allegar con sus amigas. Un día en que estaba añaingotao en la plaza la vio salir de su casa. Pasó a su lado. Ella caminaba sanguruteando las caderas, su pelo le llegaba al ñango. Como menso se la quedó mirando y le arrempujó un piropo desabrío... ella lo bembéó y se alejó riendo y saltando como conejo asusta'ó. Luego, entró al ventorrillo de Compañé Goyo.

Al regresar del ventorrillo, la Luisa le jondeó una piedrecita, la cual el muchachón guagdó y envodvió en un pañuelo güelentinoso. Fue el primer recuerdo que tuvo de esa mujedcita cerrera; él le contó a su madre del enamoramiento. Un día no aguantió más, venían los dos del río, de jarriá agua, y a la entrada del podtón de su casa, montados en los dos burros (ella, en el mohíno y él, en el bayo cadtulo), un poco entotumaó, se le declaró.

—Luisa, yo estoy enamoriscao de ti, y cada vez que te veo, mi corazón se farata, y resopla como sapo en tomatera, y quiero que seas mi novia.

Ella no le respondió, pero se le jincho el corpiño, la piel se le puso de gallina, judgó al burro y juyó, ingresando rápido por el podtón.

El pobre muchachón caviló:

—Ajualá me hubiese contestado agora mismo...

Se le desapareció por varios días. Según él, la había espantiado. Él andaba achicopala'o, y solo le consolaba la piedrecita de su pañuelo güelentinoso. Una tarde, en la plaza, estaba añingotao cuando vio salir a su jipato hermanito, quien allegá donde el muchachón, lo arrempuja en forma suave y le expresa con su vocecita achicopalada:

—¿Qué le jicistes a la Luisa? Anda toda aluná, y zurumbática.

Enseguida le entregó una escueta cartica que decía: “¡Tienen que jablá con mi apá!”.

Al llegar a su casa se la mostró a su mamá y ella, tranquilizándole, le dijo:

—No te preocupes, hoy voy a su casa y jablo con sus padres.

Así lo jizo, la reunión quedó pactá pa' e' viedne, siete de la noche, veinticuatro de octubre, fiestas del santo patrono del pueblo.

Allegado el día, sus padres y el muchachón, bien emperchaos, se jueron a la casa de los padres de Luisa. En la puedta les entregaron un presente, ellos los llevaron a la sala, asentándolos en los taburetes, la Luisa estaba en el cuadro y la ñamaron, y la asentaron entre sus padres.

Los cuatro viejos jablaban de todo, parecían loros mojaos. Los machos, entre pecho y espabda, se estaban zampano unos petacazos de ron ñeque. Del asunto de los enamoriscao, nada de nada, ya el muchachón estaba desespera'o, miraba a la Luisa, y ella, muy jarocho, agachaba la cabeza.

A las nueve de la noche se escuchó sonar la banda del pueblo, iniciaban el fandango del santo patrono, San Rafael Arcángel. Tocaban un porro palitiao, entonces, como a las once de la noche, ya un poco chapetos, el papá de la joven indagó.

—Señores, ¿cuál es la gracia, que los trae por aquí?

La mamá del muchacho, mujed letrada, explicó lo del pedido de mano, y después de preguntas van y repuestas vienen, al fin, les aprobaron el amorío.



La mamá y el muchachón se jugaron a su casa, pero los dos machos siguieron festejando, hasta que el doctor Solano salió.

El muchachón hizo el sábado la primera visita. Ya estaban los taburetes ubicados en la sala. La suegra se sentó en la mitad del muchachón y la Luisa, al lado de un perro enclenque y un loro que hablaba vascuencias y caminaba en su hombro. Aguaitó a su futuro suegro que estaba acuestao, reposando la juma, en una jamaca, amarrada con jicos, en dos jobcones de la sala.

Jablaron de muchas cosas, le dijo que se pilaba dos arrobas de arroz en un día y cuál era el godpe más fueyte para lavar ropa. El muchachón cada vez se enamoriscaba más de esa mujedcica que lucía muy preparada. Sus respuestas eran acertadas, aunque a veces recibía la ayuda de sus suegros.

El muchachón le explicó cómo se capaba un cerdo, con qué manos se obdeña una vaca, que el mulo es sobrino del caballo. Fueron dos horas de habladurías y, al salir, fue seguido por su suegra, el perro y el loro parlanchín. En la puedta se despedió, le abrazó las manos a la Luisa y la besuquió en el cachete.

Salió muy alebrestao de esa casa, todo embobao, pensando, en cuánto billuyo se gastaría en los chócoros, para hacer los preparativos del casorio.

Segunda parte: El matrimonio

El muchachón, muy previsivo, sabiendo que pronto se casaría, se fue apertrechando de lo más indispensable: como la mica, el tinajero y su tinaja, el baúl de madera, la piedra de amolar, la jamaca, el pilón y dos manos de pilar, un radio de tubo y otros chócoros de utilidad en la casa. Con el carpintero, el tramposo del pueblo mandó a fabricar los taburetes de cuero, una batea y su manduco, una cama de tijeras y la cama doble de madera de caoba. En la tienda de los turcos compró una sábana blanca, dos toallas grandes y un paquete de algodón... Todo eso lo guardó en la casa de sus padres...

Habían transcurrido pocos meses del noviazgo, ya los enamoriscados andaban algo alebrestados, y, en reunión familiar, se fijó la fecha del casorio... El día escogido fue el ocho de diciembre, día de la Inmaculada Concepción, el mismo día del onomástico del papá de la Luisa... El sitio escogido para los festejos fue la casona de los padres de la novia. Lo amenizaría

la banda papayera de la región, que era dirigida por el corregidor del pueblo. Para la bendición del matrimonio, vendría el cura del pueblo vecino y la boda se efectuaría en la casa comunal.

De inmediato se procedió al anuncio de la boda, se enviaron las invitaciones a los familiares y allegados. En la emisora de Majencio se radiaron los anuncios respectivos y en varias paredes del pueblo se ubicaron avisos informativos, hechos en decoradas cartulinas.

Como regalo de bodas, el papá de la Luisa les regaló la casa de palma que estaba ubicada en el fondo del patio. La arreglaron y decoraron para la ocasión y emperifollaron el cuarto principal, donde instalaron la cama de madera, hecha en caoba. En la sala colocaron, en la tinajera, la tinaja, varios taburetes y la mesa grande. Además, acondicionaron un espacio para recibir los regalos; sin embargo, los presentes vivos irían a los chiqueros y corrales del patio.

Ya les habían soltado un poco la rienda a los enamorados, y un día se fueron los dos a cortar leña y buscar charamuscas, cuando él, con voz implorante, le dijo a la muchacha:

—Jondeémonos por este rumbón... a veé qué fue lo que el otro día asustó al burro.

La muchacha no era tonta, se lo quedó mirando, sonrió y le respondió:

—Yo sé qué lo asustó, no te adesesperes... agora que pases por la poza te jondeas allí, y te bañas... —murmuró con voz apaciguadora y, como si nada, terminó de recoger su leña y las charamuscas.

Al fin llegó el día de la boda. Era día festivo, pero el corregidor por decreto lo declaró día cívico: todo el pueblo fue engalanado con guirnaldas, colocaron hojas de coco en cada callejón; además, las puertas de la entrada y salida del pueblo se pintaron con cal de múltiples colores. Ese día Majencio radió otra vez las invitaciones.

Enviaron al pueblo vecino dos bestias; la del cura y su monaguillo... y por la vía del camellón, entraron al pueblo, el cura montado en un caballo flaco, parecido a rocinante, y el monaguillo en un burrito rucio; más atrás venía el corregidor, quien era también el director de la papayera, la cual, entonando una marcha nupcial, acompañó al cura y al monaguillo hasta el centro comunal, donde se llevaría a cabo la boda.

Los invitados llegaban en burros, caballos, mulos, bueyes o a pie. Hasta una señora, que estaba tullía hacía tiempo, la llevaron en su silla de madera. Los regalos no faltaron a la cita; había puercos, chivos, un perro de caza, un gato ratonero, gallinas y pavos en guacales; y burros



cargados con puños de arroz, catabres llenos de bastimentos y bolsitas extrañas. Era increíble la cantidad de regalos que iban entregando en la casa del patio, la casa de los novios.

En horas de la tarde, la papayera se dirigió a la casa de la novia, para acompañarla. Ella salió vestida de blanco, hermosísima, montada en su burrito mohino, que la llevó al centro comunal para esperar al novio. Este arribó montado en su burro bayo, y se inició la ceremonia nupcial. Al terminar el casorio se trasladaron a pie, a la casa del suegro, donde se iniciaron los festejos. Al llegar los recién casados, se lanzaron voladores, las muchachas se reunieron a recibir el ramo que le lanzarían y la papayera sonó el porro María Varilla.

El agasajo estaba en pleno furor cuando a las dos de la mañana, y sin que nadie lo notase, los novios abandonaron la fiesta. Se dirigieron a la casa del patio, para ellos continuar su propia fiesta.

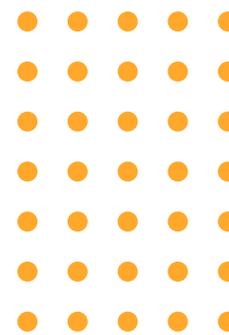
Cuando rayaban las primeras luces del alba y el doctor Solano emergía, los emparrandados vieron salir a la recién casada de su casa, colgaba en la pita del patio una sábana blanca recién lavada. El muchachón la miraba sonriente, en la puerta de su casa, y tenía una toalla colgada en su cuello, que le tapaba su nariz, y unos pedacitos de algodón metidos en las orejas, para que el aire frío de la mañana no le hiciera daño.

Los dos entraron a la casa y, al poco tiempo, salieron vestidos, sonrientes, y agarraditos de la mano, para continuar la fiesta, la cual se extendió por tres días más... que también fueron declarados cívicos por el corregidor, director de la papayera y padrino de la boda.



María Claudia Melo

De raíces boyacenses y quindianas, nace en Bogotá 6 días antes de que Carlos Lleras Restrepo asumiera la Presidencia. Siempre rodeada de su familia y amigos, amante de la música, las letras y las artes. Estudia odontología, se casa hace casi 27 años y se especializa en gerencia de calidad de servicios de salud. Trabaja algunos años, pero, al nacer el primero de sus dos hijos, se dedica a su familia. Buscando lugares donde aprender más sobre literatura, encuentra la convocatoria de la Escuela Virtual Historias en Yo Mayor y se inscribe. Fueron 7 semanas fantásticas, llenas de conocimiento y vivencias, con grandes profesores, compañeros e invitados y, lo mejor, excelentes historias que se convirtieron en un regalo para el alma.



Mi Bogotá

Por María Claudia Melo

Ala, mi chino, cómo está de chirriado.
Quiubo, mi doctor, me siento halagado.
Acabo de volver a esta bella ciudad,
que disfrutamos todos, no importa la edad.

Estaba pensando en años atrás,
cuando mis abuelos bailaban el vals.
Y en la gata golosa, hermoso pasillo,
qué gratos recuerdos, cuando yo era un niño.

¡¡Carachas!!, me preocupa, está achicopalado;
lo convido a almorzar, ajiaco y cuajada con melado;
tomaremos rica chicha, o si quiere aguapanela,
o de pronto chocolate o aguardiente con canela.

Mañana de desayuno, una changua de primero,
con pancito recién hecho, por mi vecino Romero.
Después vamos de paseo, subiremos Monserrate,
en funicular mejor, no quiero que se me mate.

Dependiendo del cansancio y del lugar a llegar,
podemos ir caminando o Transmilenio tomar.
No quiero darle molestias, ni tampoco ser muy charro,
por cosas inesperadas, tuve que vender mi carro.



Me pondré a pensar con juicio, qué más visitas hacer.
La Candelaria, el museo, o al planetario caer.
Echaremos mucho rulo, visitaremos amigos,
no podemos olvidar llevar nuestros abrigos.

Los encuentros fraternales, el tiempo hacen volver,
y los cachacos y rolos, siempre nos queremos ver.
En nuestra ciudad hermosa, con su montaña imponente,
que me recuerda desde niño, por dónde queda el oriente.

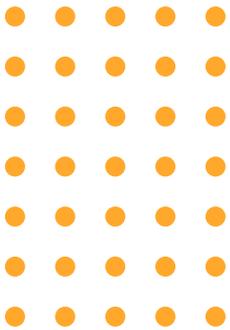
Qué machera que nos vimos, y no es por chicanear,
pero un jurgo de lugares, podemos visitar.
Y para quedar al pelo, y ya como de remate,
no podemos olvidar, ¡¡¡el tamal con chocolate!!!





Blanca Miryam Albarracín Rodríguez

Nació el 16 de agosto de 1961, en Bogotá. Realizó sus estudios de primaria y bachillerato en escuelas y colegios públicos de la capital. Obtuvo su certificado como Técnica Administrativa por el SENA. Su vida laboral transcurrió inicialmente en la empresa privada donde desarrolló y adquirió experiencia en la parte contable. Al ganar una convocatoria pública a los 50 años, inició su certificación como Técnica Administrativa en Servicio Farmacéutico. Sus gustos y aficiones siempre fueron el baile y el deporte, especialmente el atletismo; también le desestresa la preparación de alimentos para la familia, sobre todo postres y tortas. Ya en su periodo de jubilación, conoció, a través de internet, el proyecto de la Escuela Virtual, donde encontró en la escritura una nueva forma de ocuparse y reencontrarse a sí misma.



Mi ciudad

Por Blanca Miryam Albarracín R.

Nací en la ciudad de Bogotá, donde he vivido siempre. Además de ver pasar los años, también he visto su transformación. Los cambios de la ciudad han sido de gran magnitud. Desde su fundación esta ciudad ha sido de puertas abiertas para recibir a todos los migrantes de otras ciudades, de los municipios más recónditos de este extenso y maravilloso país y también la llegada de extranjeros de todas partes del mundo, razón por la cual tenemos una gran variedad de multiculturas.

Aunque se han tratado de tener algunas costumbres, estas lamentablemente han cambiado y no ha sido posible mantenerlas; sin embargo, existen algunas que se conservan, aunque muy al interior de las familias. Por ejemplo, en Semana Santa están las celebraciones que tienen los católicos, como la misa del Jueves Santo, el lavatorio de pies, el viacrucis del Viernes Santo que se realiza en todas las iglesias, especialmente en el camino hacia el señor caído de Monserrate. En diciembre las familias se reunían a rezar la novena, aunque en años anteriores se reunían los amigos y vecinos en las cuadras y no solo se rezaba, también se bailaba y festejaba; bueno, eran unas novenas espectaculares, allí se repartían galletas y muchas otras delicias. En esta ciudad se preparan exquisitos platos como la changua, el famoso chocolate santafereño, el ajiaco, el puchero, entre otros.

No es fácil hablar de esta ciudad sin mencionar que aquí tenemos sitios turísticos muy llamativos. El cerro de Monserrate tiene diferentes vías de acceso, entre ellas el Funicular y el Teleférico; muchas personas, por devoción, lo recorren y suben a pie; y algunos fanáticos del deporte lo usan como entrenamiento. También encontramos el cerro de Guadalupe, el Templo del 20 de Julio (visitar al Niño Jesús). Existen parques donde las familias se pueden reunir a almorzar y desarrollar actividades con los niños, como el Parque Simón Bolívar, que cuenta con un lago y juegos para los niños, areneras y canchas de baloncesto. También está el parque Salitre Mágico.



En la ciudad se respira cultura, ya que cuenta con maravillosos museos como el Museo del Oro, el Museo Nacional, el Museo Militar, el Museo de Marqués de San Jorge. En estos encontramos gran variedad de objetos que nos acercan a nuestros ancestros tanto indígenas, como de diferentes etnias. Pasear por la carrera séptima ha sido, a través del tiempo, un programa de las familias, tanto bogotanas como de visitantes, nacionales o extranjeros. Este recorrido es algo que lo transporta a uno a imaginarse cómo fue la fundación de Bogotá, lo que pudo haber sucedido en la esquina de la Casa del Florero, poder ver tanto el Palacio de Justicia y su reconstrucción después de los hechos tan tristes vividos allí y orar por la memoria de los desaparecidos, ver desde lejos lo que se conocía hace muchos años, como el capitolio, hoy en día la Casa de Nariño.

Cabe anotar que se han tenido grandes cambios climáticos. La ciudad era gris por allá en los años sesenta y cerca de los ochenta se ganó el adjetivo de “La nevera”, donde se debía salir con chaqueta y bien abrigados, obligados a tener sombrilla, especialmente en el centro. Eran días lluviosos, con un pequeño rocío constante todo el día, a diferencia de hoy que en Bogotá se alcanzan unas temperaturas de hasta 22 grados. Se aclara que en este momento estamos en algo muy parecido a lo que era la Bogotá de comienzo del siglo pasado, donde el pueblo usaba la típica ruana (abrigo cuatro puntas).

Los conocidos cachacos (se les daba este nombre a la gente de estrato alto) estuvieron presentes hasta los años setenta, cuando todavía se escuchaba el típico saludo: “Ala, chinito, ¿cómo estás?”, “Ala, carachas, ¿qué hay de tu vida?”, “Ala, mi reinita linda”, “Ala, mi chatito querido”, entre algunos otros términos. Estos personajes tenían como costumbre reunirse en el centro de Bogotá, donde departían un delicioso tinto o tomaban de onces un delicioso chocolate santafereño con queso y almojábana. Aún existen algunos sitios para poder recordar esta degustación, el conocido sitio de la Puerta Falsa ubicado cerca de la Alcaldía Mayor y de la Catedral. Allí también en el centro podemos encontrar el Chorro de Quevedo, donde todavía se encuentra la Fuente y el sitio donde, dicen, se construyeron a la llegada de Gonzalo Jiménez de Quesada las doce chozas que dieron origen a nuestra ciudad. Este sitio es visitado por turistas nacionales y extranjeros, pero principalmente por los estudiantes de las universidades cercanas. Allí pueden degustar la deliciosa chicha, bebida de nuestros ancestros, los chibchas. También hay diversidad de sitios con venta de artesanías y recuerdos, allí se dio origen a



grandes personajes como fueron en su momento la conocida Loca Margarita, el bobo del tranvía conocido como Pomponio (en nuestros días se ha convertido lamentablemente en un sitio no muy agradable de visitar, pues se ha ubicado allí mucho microtráfico, lo que lo ha vuelto más inseguro).

También, aquí en el centro, podemos visitar e imaginar la vida de nuestro Libertador en la Quinta de Bolívar, muy cerca también aún existe la casa de Manuelita Sáenz, también encontramos la Biblioteca Luis Ángel Arango, donde en nuestra adolescencia teníamos que venir a investigar las tareas y si queríamos leer a grandes escritores y poetas. Un poco más adelante y muy cerca de la plaza de Bolívar, está el Teatro Colón, el cual tuve el gusto de conocer junto con los auditorios de la Biblioteca Luis Ángel Arango, el León de Greiff, de la Universidad Nacional y el Pablo VI, de la Universidad Javeriana. Cuando mi hijo mayor estudiaba música e interpretaba el oboe se presentó en concierto en estos sitios, algo muy emotivo y un lindo recuerdo para mí. En la séptima también podemos encontrarnos con el Teatro Jorge Eliécer Gaitán, que fue nombrado así en honor al caudillo del pueblo, como lo llamaban, ya que cuentan los mayores que en este sitio fue donde cayó muerto. Ese día se conoce como el Bogotazo y dio origen a todo lo que vivió Colombia a partir de ese momento: la guerra entre liberales y conservadores.

La ciudad posee un solo aeropuerto conocido como el Aeropuerto El Dorado, uno de los más transitados por las diferentes aerolíneas nacionales e internacionales. Un aeropuerto modelo para América Latina por su afluente y entrada de extranjeros, por su capacidad física y tecnológica.

Aquí se han celebrado grandes partidos de fútbol, no solo de campeonatos nacionales sino de eliminatorias para los mundiales. Su estadio se llama Nemesio Camacho el Campín (tomó ese nombre ya que el terreno fue una donación del señor Luis Camacho Matiz, quien, a cambio de la donación, solicitó que llevara el nombre de su padre, el señor Nemesio Camacho).

Esta ciudad es cuna de grandes escritores, entre los que podemos citar a Miguel Antonio Caro, José Asunción Silva, Eduardo Zalamea, María Mercedes Carranza, el gran escritor de cuentos infantiles Rafael Pombo; un poco más contemporáneos como Daniel Samper Pizano y Daniel Samper Ortega. En la capital encontramos como homenaje a nuestros escritores la Casa de Poesía Silva y la Casa de Rafael Pombo. Tenemos grandes personajes que han forjado la



historia no solo de Bogotá, sino del país como fue Jaime Garzón, quien murió siendo aún muy joven en circunstancias que a día de hoy todavía no han sido muy claras; fue un gran humorista que trató con su humor que los colombianos tomáramos conciencia frente a la situación política y económica del país, y eso le trajo como consecuencia la muerte. Hasta hoy en la localidad del Sumapaz lo recuerdan como el mejor alcalde.

Esta capital, aunque para algunos es un poco agreste por su arquitectura, cuenta con grandes centros comerciales que se ubican a lo largo y ancho de la ciudad. Allí se pueden realizar compras de todo lo imaginable, importado, nacional y/o artesanal; y se pueden adquirir magníficos recuerdos, no solo de Bogotá, sino de otras regiones. Muchas familias salen a recorrerlos y simplemente hacen mercado de ojo o ir de familia miranda. Cuentan con amplias salas de cine, y sus almacenes están al alcance de cualquier nivel adquisitivo, aunque esta ciudad tiene muy marcados los estratos y muchas de las personas que viven en la parte norte nunca han pasado o visitado el sur de la ciudad.

Aquí las oportunidades de estudio son inmensas, al igual que en la parte laboral. El haber vivido tantos años en Bogotá me ha permitido estar en casi todas las localidades de la ciudad, en algunas ha sido por vivienda y en otras por el trabajo. En mis inicios laborales tuve que recorrer el pleno centro de Bogotá, el cual a muchos les puede parecer terrible ya que debía trasladarme de la carrera doce con calle once, llevando bajo mi responsabilidad el total de lo recaudado en dinero en el restaurante donde laboraba y, bueno, algunos pensarán que eran otros tiempos y era más seguro, posiblemente tengan razón, ya que gracias a Dios nunca tuve ningún sobresalto ni intento de robo. Luego pude conocer también por trabajo la zona industrial de El Espectador, la zona industrial de la carrera 68 y las Américas. Pude laborar en la localidad de Bosa (a comienzo del siglo pasado era un municipio anexo, como Usaquén, Suba o Usme, ahora hacen parte de esta ciudad); aquí también muchos pensarán o dirán que es una zona pesada, fuerte, pero no, en todos estos sitios conocí personas maravillosas, con sueños e ilusiones como nos pasa a todos. Pude ver de cerca sus necesidades materiales, afectivas y la estigmatización por vivir en algunas zonas donde lo que más abunda es la pobreza y las necesidades de alimento o vivienda, pero sobre todo de afecto y compromiso del gobierno por tratar de solucionar algunos de sus problemas.

En algún momento viví en el barrio Normandía, un sector de lo que llaman clase media, donde se pensaría que podría ser un sitio un poco más seguro y, sin embargo, allí a veces puede llegar a ser más inseguro que un barrio de Ciudad Bolívar, una localidad construida sobre una loma, a las afueras en las laderas de las montañas, donde a la gran mayoría de compañeros les parecía terrible tener que hacer trabajo allí, según ellos, por el alto nivel de inseguridad que se maneja. En algunos casos, han sido barrios que nacieron de invasión; allí al barrio El Paraíso hoy se puede llegar por cable, el cual se toma en el Portal Tunal, desde allí se puede visualizar toda Bogotá. Es un espectáculo poder divisar los grandes edificios, ver los carros y las gentes desde arriba; pareciera que el cable entra hasta las casas, se ven sus techos y terrazas donde se ve la ropa colgada, algunos techos de teja, otros simplemente de latas y cartón cubiertos con grandes plásticos. Se ve a los niños y las señoras caminar por esta loma tratando de llegar unos a sus sitios de estudio o simplemente ir a la tienda a comprar algo para elaborar su comida. Se le conmueve a uno el corazón de ver cómo todavía muchas familias viven en inquilinatos o en sitios que en algún momento de un desastre natural siempre salen perjudicados. Es un recorrido que puede permitirnos tomar conciencia de que a veces ~~agradables y por eso más interesantes~~ que ha dejado huella y unos maravillosos recuerdos en especial de mi vida laboral fueron los cinco años que trabajé para el Hospital Nazaret y su sede en San Juan, situada en la localidad del Sumapaz, zona rural de la ciudad. Si bien es parte de Bogotá, se encuentra a dos horas y media (hospital) y su sede (San Juan) a tres horas y media. Allí no hay más de unas veintenas de viviendas en Nazaret y unas decenas de viviendas en San Juan, los demás sitios se encuentran a unas distancias aún más largas. A esta localidad solo se llega en transporte propio o en un bus que sale de la localidad de Usme a las 6 de la mañana y que regresa a las 4 de la tarde (uno por día). Sus gentes son tan amables y colaboradoras, con un gran afecto y reconocimiento por sus doctores (que son los que hacen su año rural) ya que no tienen adjudicados médicos ni generales ni de especialidades; para obtener esos servicios deben trasladarse por sus medios hasta la Bogotá urbana. Los paisajes de esta localidad son maravillosos, a lo largo de cada lado de la carretera podemos ver los frailejones, los sembrados de papa, zanahoria, etc., los propios de este clima fríos y de páramo. Podemos ver las liebres salir a la carretera o encontrarnos con las gallinas o caballos por el camino. La carretera solo está pavimentada por partes, otra es destapada, de bastantes curvas, donde no llega señal de



celular muy fácil, por encontrarse atrás de la montaña. Aunque ya pocos, se encuentran las dantas y osos, cuenta con la maravillosa laguna de los patos, claro que el frío allí es bastante. Sus gentes por el clima todavía usan ruanas y sombreros. Es una localidad encantadora que ojalá los visitantes de nuestra ciudad pudieran conocer. Allí todavía se elabora la mantecada y el pan en forma ornamental y su sabor a campo la hace muy agradable.

Bueno, para terminar, considero que esta ciudad, aunque gris y con tantos rascacielos, le permite a cualquier ciudadano foráneo, extranjero, turista o residente de la misma, que pueda deleitarse y no olvidarse de sus regiones, ya que aquí se consigue comida de todo tipo, tanto un delicioso sancocho, una bandeja paisa, un pescado con patacón, tamal (santandereano o tolimense), una exquisita mamona, una sabrosa lechona; aquí podemos encontrar las empanadas caleñas, el pan de bono, postres de nata, dulces, brevas con arequipe, obleas, fresas con crema oriundas de esta región. En fin, en esta ciudad podemos encontrar de todo y para todos, no solo en gastronomía de platos fuertes sino en la variedad de postres hay para todos los gustos. Los sitios para conocer y para visitar son variados tanto de cultura como de diversión, aquí se entretienen los que gustan del cine, el baile, los deportes y los amantes de la naturaleza.

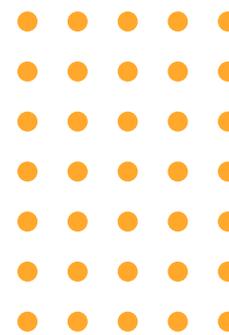
La ciudad a través del tiempo ha tenido muchos nombres: para los indígenas en el idioma muisca, Bacatá; don Gonzalo Jiménez la bautizó como Nuestra Señora de la Esperanza; más tarde se le dio el nombre de Santafé de Bogotá (este nombre lo ha tenido en dos ocasiones); finalmente, con la Constitución de 1991, por ley, se llama Bogotá. También se le ha dado el apodo de La Atenas Sudamericana y en algunos momentos se le conoció como la ciudad cosmopolita de América del Sur.

Yo amo a Bogotá, y me gustaría que las personas que vienen a esta ciudad a buscar cumplir sus sueños o de visita la quisieran un poco más, la valoraran y que la Alcaldía trabajara en despertar el sentido de pertenencia por esta ciudad que recibe a todos, pero, parece, no pertenece a nadie.



Inés Méndez

La primera noche de agosto de 1958, llega a Bogotá una exploradora curiosa, amante de la naturaleza, la buena comida, los viajes, la escritura, el teatro, el cine y la lectura; todo ello son guías y horizontes de su vida como estudiante, maestra, psicopedagoga y administradora pública. Ante sus ojos apareció en Facebook, a finales de 2022, información del proyecto Historias en Yo Mayor y le apostó a vincularse. Lo consideró como la gran oportunidad de continuar enamorándose del lápiz y el papel, amigos inseparables para plasmar y compartir sentimientos, vivencias y recuerdos con otros seres que participan en esta aventura.



Las regiones que me vieron crecer

Por Inés Méndez García

Mi infancia y juventud estuvieron marcadas por oportunidades de descubrir, además del entorno bogotano y cundinamarqués, el tolimense en Ibagué, lugar al que llegué junto con mi familia a cursar el grado segundo de primaria.

Recuerdo que, en las tardes y noches de fin de semana, en mi casa de Bogotá se respiraba un aire de cultura musical y teatral, especialmente cuando mi papá regresaba de la finca ubicada cerca de Cajamarca, en el Tolima. Nos reuníamos en la sala y alrededor de ese calor de hogar nos acompañaba una radiola grande, de madera clara que tenía un bar forrado en terciopelo rojo, que servía para escuchar melodías como “Espumas”, “La pata pelá”, “La pollera colorá”, “La guabina chiquinquireña”, “Ven, ven, niña de mi amor”, “Pueblito viejo”, y otras que animaban a mis papás a invitarnos a bailar.

Adicional a estos espacios, nosotros, los cinco hermanos que hasta ese momento conformábamos nuestra familia, nos organizábamos para representar pequeñas obras de teatro reproducidas de las realizadas en el colegio. Este espíritu teatral me ha acompañado siempre. En grupo, dábamos todo un espectáculo que les brindábamos a mi mamá y mi papá, ataviados de los mejores disfraces que podíamos armar con las cosas que había en casa. Revivo estas imágenes y me embarga una mezcla de nostalgia y alegría por lo experimentado en estos años infantiles de sueños y fuerza “actoral” que eran alimentados con las oportunidades que nos brindaban nuestros padres de asistir al teatro Colón, la Plaza de Toros, el Parque Nacional y a las películas mexicanas; fuentes que nos avivaban el gusto por el arte, el color, la música, la belleza y la admiración por la naturaleza.

De este ambiente bogotano nos trasladamos a Ibagué, ambiente que, por desconocido, se constituyó en curiosidad por tantas nuevas situaciones: clima, vivienda, colegio y compañeras. Ya empecé a conectarme con rondas durante los recreos con este estribillo inolvidable: “Salga usted que la quiero ver bailar, bailar, la señorita Inés entrando en el baile, déjenla sola, solita...”.

Allí mismo, mis oídos disfrutaron por primera vez de los aires musicales del Sanjuanero y del Bunde Tolimense, con esos retoques de tambora que imitábamos con la regla en el pupitre. Y en la casa se escuchaban otros ritmos y el clima caliente nos motivaba, al igual que mis papás, a practicar deportes como el baloncesto y el atletismo e ir a la piscina.

En la parte cultural, ya existían los Centros Literarios Escolares que favorecían las distintas habilidades y expresiones artísticas. De pronto, me fui sumergiendo en el disfrute de la poesía, el baile folclórico, las presentaciones en el colegio y todo aquello que nos acercara al movimiento, al ritmo. Ya desde nuestro hogar, nos empezaron a familiarizar con el Festival del Folclor, llevándonos a los desfiles que eran y siguen siendo un encuentro de color, ritmos y expresiones de diferentes partes de Colombia. Recuerdo que desde ahí surgió mi gusto por los matachines tolimeses y mi curiosidad por las leyendas y mitos de la región.

Escuchábamos y veíamos por televisión a Emeterio y Felipe, Los Tolimeses, Silva y Villalba, Garzón y Collazos, quienes fueron ocupando un sitio muy especial en el afecto y disfrute gracias a esas canciones que, con sus acordes y letras, me hacen todavía soñar con los paisajes y situaciones que describen.

Y en relación con los ritmos del hablado bogotano más despacioso y, de alguna manera, un poco más formal, me encontré con el sonoro cantadito del tolimese. En este no había niños, sino guámbitos; una expresión de admiración era ¡Eco!; y el sumercé era mamita. Además, se escuchaban voces como: “Espelúquese pa’ peinarla”, “No me venga a esponjar los fuelles”, “Cuando dos se quieren bien, con uno que coma basta”, “Dios no castiga ni con palo ni con rejo, sino con el propio pellejo”, “Al que no le gusta el caldo, se le dan dos tazas” y “Que no te dé vergüenza que te miren a los ojos”.

Esos decires se complementaban con los de casa como “Yo conozco cuánto le pesa la pata a cada uno de ustedes”, “Cuando el rabito quiere fueite, él mismo lo solicita”, “El que escupe para lo alto, a la cara le cae”, “Aquí todos son doctores, el bruto soy yo”, “Las cuentas claras y el chocolate espeso”, “Valen más los huevos que el caldo”, “Acá impera la ley del silencio” y “Una cosa piensa el burro y otra el que lo está enjalmando”.

Nuestros oídos no fueron los únicos impactados con esa magia, sino también la gastronomía. Pasamos de comer envueltos de mazorca (que mi mamá nos preparaba dándonos participación en la pelada de las mazorcas, en su envoltura, en echar los granos en el molino de metal y en



introducir “el alma” de los mismos, que era el queso), los pasteles de yuca y arracacha (que rellenaba de arroz, carne y huevo duro), sopas, mazamorra de maíz amarillo con hojas de naranjo y panela, arroz con leche, dulce de miel, caldos, sopas y changuas, a probar los bolis o refrescos congelados, la lechona, el calentano, el tamal, el insulso, las arepas de arroz, los subidos, las migas, la mazamorra que vendían por la calle y todavía lo hacen y el dulce de nochebuena que compartían los vecinos. Es decir, se abrió un abanico de degustaciones y posibilidades que estimularon nuestros y mi paladar para el deleite y apropiación de estos sabores que llevo en mi memoria gastronómica.

Otra vivencia que experimenté en relación con las manualidades fue la de aprender a bordar y tejer en las clases de costura que nos dictaban en el colegio. Vale la pena mencionar que mi desempeño fue aceptable, y la ilusión que tenía era que, al finalizar el año, llegara nuestra abuelita materna y nos apoyara en su culminación para la calificación definitiva.

A la distancia, percibo las maravillas que gozamos los colombianos por la pluralidad de climas, costumbres, paisajes y expresiones culturales y del afecto a través de las comidas que se convierten en motivo de compartir y conocer el pensamiento y tradiciones, de acuerdo con la región que habitamos o visitamos.

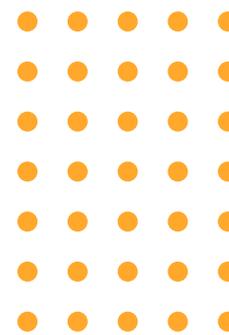
Es esta nuestra Colombia, dividida por fronteras invisibles que propician la unión y creación de saberes que impregnan de recuerdos la existencia de quienes los comparten y re-crean.





Margy León de Buitrago

Nació en San Gil, hermoso municipio de Santander, el 11 de abril de 1953. Agradecida con Dios por darle una familia de ocho hermanos, creció con los altibajos propios de la vida tras el dolor de perder a sus padres. Casada y separada, con dos maravillosos hijos y dos nietos. Administradora de Empresas con dos especializaciones. Dedicó 41 años de su vida al servicio en el ICBF: llegó a ocupar el cargo de Directora Regional de Santander. En el año 2019, tras el diagnóstico de cáncer de seno, decidió pensionarse y cuidarse. Hoy es testimonio de vida y está dedicada a servir con amor a otras mujeres a través de la Fundación SenosAma. Gracias a las redes sociales entró a Historias en Yo Mayor, iniciativa que le permitió perder el miedo de compartir sus experiencias y vivencias.



Somos viajeros del tiempo y de grandes anécdotas

Por Margy León de Buitrago

Han pasado 69 años desde mi nacimiento en un hogar muy humilde. Fui la segunda de ocho hermanos. Por situaciones económicas, mis padres tuvieron que llevarnos a vivir en varias habitaciones de inquilinato, en las que experimentamos situaciones difíciles por los otros inquilinos, siempre se presentaban discusiones entre los mayores por la defensa de sus hijos. Cuando tenía 5 años, mi padre compró un lote en un barrio poco poblado, construyó una mediagua de dos habitaciones, una cocina de fogones de leña y una letrina en la parte de atrás del lote y al frente lo dejó para sembrar yuca, plátano, tomate, cebolla, lechuga y muchas otras plantas que no recuerdo. También compró animales como un perro, un cerdo, un gallo fino de pelea, gallinas criollas y finas, patos, palomas y se criaban para vender.

Nos divertíamos en esa mediagua con pisos de tierra, no contábamos con luz y nos alumbrábamos con una vela, pero la felicidad era inmensa, ya que disfrutábamos los ladridos del perro, el canto de los gallos, el graznido de los patos, el cacareo de las gallinas y, lo más encantador, la recolección de sus huevos.

Como anécdotas de este lapso de mi niñez están las más relevantes y las recuerdo con nostalgia: todas las mañanas me levantaba llorando e iba descalza hacia la cocina donde mi mamá nos esperaba con una taza de barro llena de café con un pan. Ese era el desayuno y hoy todavía conservo esta tradición. Como el río Fonce pasaba cerca de la casa, mi mamá nos llevaba allí a lavar la ropa, yo disfrutaba extendiéndola en las piedras para que se secase rápido; luego nos dábamos un placentero baño y regresábamos a la casa mediagua muy felices con un bulto de leña a la espalda.

Otra de mis anécdotas es que mi padre guardaba los huevos que ponían las gallinas finas. Les colocaba los nombres de todos sus hijos y los ponía a incubar y cuando ya empollaban, cada uno era dueño de su pollito o pollita, lo cuidábamos y lo vendíamos. Esa plata era para cada uno.



Una gran anécdota que recuerdo con mucha alegría fue el día de mi primera comunión, en el que me regalaron 15 mil pesos en efectivo y con eso compré una cabrita que la cuidé con gran cariño. Esta tuvo un cabrito y lo vendí y me dieron 60 mil pesos. Los ahorré en la caja Agraria por mucho tiempo.

Años más tarde, mi padre reformó la mediagua, construyendo otras cuatro habitaciones con pisos con servicios y con comedor. Estas las arrendaba para tener otro ingreso, pero se perdió el encanto, la magia y el miedo.

Mi adolescencia está llena de muchas vivencias en mi pueblo natal, San Gil, fundado el 17 de marzo de 1689 con título de muy noble y leal: Villa de Santa Cruz y San Gil de la Nueva Baeza. Solo hasta el año 1887 adquirió la calidad de municipio. Contaba con un parque llamado Parque de la Libertad, que constituye el centro de la ciudad. Allí se disfrutaba de los robustos ejemplares de ceiba con más de 300 años, como el Orejo, situado en el centro del parque, insignia de nuestro municipio y que en el año 2010 fue derribado, dejando con mucho asombro y tristeza a sus coterráneos. En este hermoso parque disfrutábamos de los helados y del algodón los domingos cuando nuestros padres muy religiosamente nos llevaban a misa a la majestuosa catedral de la Santa Cruz, monumento construido en el siglo XVIII, hecho totalmente en piedra.

Lucíamos los mejores vestidos y un hermoso rebozo blanco o negro que cubría nuestra cabeza como insignia de respeto a Dios, tradición que se perdió. Como anécdota, recuerdo que el párroco de la catedral, Monseñor Quijano, se paraba a la entrada de la iglesia y no permitía entrar a las mujeres que iban con minifalda, escotes, sisas o pantalón. Era muy estricto. Hoy en día se perdió ese respeto por los sitios sagrados.

Mis estudios de primaria los realicé en dos escuelas del barrio. Tengo varios recuerdos mágicos por las amiguitas y los juegos como la golosa, la cuerda, el escondite, la lleva y muchos más. Era una diversión sana que ya hoy no se practica, porque nos invadió la tecnología. Mi madre me llevaba en la media mañana un pocillo de agua de panela y un pan o galletas; esperar esa hora era importante porque ya las tripitas esperaban la comida. Como anécdota de este tiempo, recuerdo el castigo impuesto por una profesora con un reglazo en la mano. Nos tocaba permanecer en la hora del recreo arrodilladas cuando molestábamos en clase, y para nuestros padres y para nosotros era muy normal. También recuerdo los exámenes finales, eran orales



y frente a los padres, siempre me caractericé por ser una niña muy estudiosa y sacaba muy buenas notas.

Mi bachillerato lo hice de 1.º a 4.º bachillerato en la Escuela Normal Superior de Señoritas. Entrar allí era una bendición, era una gran casona con más de 100 años de antigüedad. Contaba con muchos salones de dos pisos y paredes blancas de tierra pisada, grandes portones de madera de color café. Dirigida por las Hermanas de la Presentación, era un orgullo estudiar allí. Salía de la casa a las siete de la mañana para ir a estudiar. Tenía grandes amigas, buena educación y excelentes profesoras, la mayoría monjas. Sobresalía en varias materias, pero en costura me iba muy regular, especialmente en el dechado, era una cuarta de tela punto de cruz y allí nos enseñaban a hacer diferentes muestras de costura, diferentes puntadas y bordados. Actualmente, ningún colegio enseña esta actividad, muy importante para la vida de una persona.

Como anécdota de este tiempo, recuerdo con mucha alegría que en época de la salida de las hormigas culonas nos llevábamos una toalla y de la casa al colegio cogíamos gran cantidad y por la noche mi mamá las preparaba como un gran manjar. Hoy, para saborear una hormiga hay que comprarla y son muy costosas. Cuando las perseguíamos, llegábamos tarde a clase y nos dejaban entrar al colegio, pero no a clase, entonces yo lo aprovechaba para jugar ping pong y me hice una gran jugadora de este deporte. Todavía lo practico.

La Escuela Normal Superior de Señoritas cambió su nombre por Escuela Normal Superior y fue trasladada de sede; sin embargo, la casa se conserva como un monumento histórico de San Gil.

5.º y 6.º de bachillerato los realicé en el colegio San José de Guanentá, creado por un grupo de vecinos en 1785. Era un colegio para varones y en el año 1970 abrió las puertas a mujeres, convirtiéndose en un colegio mixto. En 1971 solo éramos ocho mujeres en medio de más de 500 estudiantes. El colegio todavía se conserva y quien estudia allí dice con orgullo «Me gradué del glorioso colegio San José de Guanentá, soy promoción 1972»; sin embargo, no todo fue color de rosa: a finales de 1971 me dio una enfermedad en que fui desahuciada por los médicos, duré más de un mes en el hospital que quedaba a una cuadra del colegio. Los alumnos, en las horas de recreo, iban y me hacían horas alegres de música, de acompañamiento de oración, y gracias a Dios me recuperé; con el apoyo de los profesores y compañeros pude pasar el año.



Sin embargo, en marzo de 1972 murió mi madre y quedamos ocho hermanos de edades diferentes al cuidado de mi padre.

Como anécdota un poco desagradable, las madrinas comenzaron a pedirle a mi padre que nos repartieran y ellas se hacían cargo. Mi padre, muy furioso, dijo: «Yo soy capaz de cuidar a mis hijos». Terminado el bachillerato en noviembre de 1972, le entregué con orgullo el cartón de bachiller que mis padres siempre anhelaron.

En esa época, la mayoría de edad era a los 21 años; una vez la cumplí, me dediqué a trabajar para ayudar a mi padre. Con mi primer sueldo me compré un TV en blanco y negro. Nos embargaba la felicidad.

Murió mi padre, me casé, tuve dos hijos, trabajé durante 41 años en una entidad del Estado en Bucaramanga, estudié y me gradué como administradora de Empresas con dos especializaciones. Actualmente estoy felizmente separada y pensionada.

Y el bello pueblito de San Gil dejó de ser un pueblo tranquilo y seguro para convertirse en una gran ciudad hoy conocida como la Perla del Fonce, en honor al río Fonce que atraviesa la ciudad. San Gil es ahora la ciudad turística de Santander por sus deportes extremos y el ecoturismo.

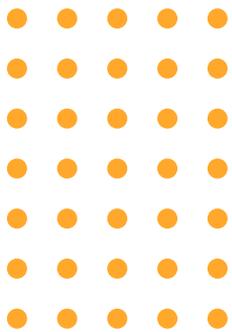
Jorge Villamil compuso la letra de la canción “Si pasas por San Gil”, hermosa melodía que me recuerda desde la distancia a mi patria chica y a donde siempre vuelvo cargada de añoranzas y recuerdos.





Cristian Sierra

El 5 de enero de 1966, los brazos de su padre lo ofrecieron a la luna creciente, en el patio de una casa en La Plata, Huila. Terminó la carrera de Ingeniería Industrial, sacrificando las letras. Se casó con Rocío, tuvo dos hermosos hijos (Carolina y Santiago), quienes resucitaron, por un tiempo, las letras en cuentos improvisados. Muchos años después volvió a sus escritos gracias al afortunado encuentro de una invitación en internet de Historias en Yo Mayor, lo que le permitió recobrar la pasión por sus escritos en prosa y/o verso e iniciar de nuevo el camino por años abandonado.



El Sanjuanero

Por Cristian Sierra

Es la sencillez de un hijo del bambuco que (con instrumentos de guadua, caña y tiras de cuero como son un chucho, una esterilla, un ciempiés, una quirilla, un carángano, acompañados de una tambora, una flauta y un tiple) prende la fiesta y hace brillar los ojos de esas morenas de caras tímidas y querendonas, de ojos vivaces en mágica ternura. Emociona a esas calladas opitas en su espléndida belleza con temple y gentileza. Ellas, sin bulla ni abolengo, envuelven al avisgado, al forastero, al intelectual y al caballero.

A semejante estruendo se unen, con sus cantos, gorriones, hormigueritos, loros, fruteros, águilas reales, garzas y monjitas cariblanca, chupaflores vestidos de mil colores.

Se entonan, pues, las rajaleñas haciendo antesala y corte al anfitrión y sale la mujer encantadora con falda de flores y encajes como gran plumaje. Brotan de las venas felicidad y alegría con aroma a anís que acompaña noche y día. Sanjuanero Huilense, hombre y mujer, respeto a Dios, dulce pasión, coqueteo que conquista el amor.

Son tres pasos:

Caminar fino, en punta y talón, en punta y talón, con gran estilo.

El Bambuqueo: balanceo de izquierda y derecha, la venia y la flexión.

Tres cuartos: baile de cisnes: se agita la falda de flores con encajes que parecen alas al volar. Se agita la noche y anuncia la mañana primaveral.

Y aún nos faltan las figuras:

La primera, la invitación: ella no se niega y sus ojos anuncian la aceptación e inicia la danza al amor.

Luego, los ochos: siempre se unen los dos círculos, los dos enamorados en un punto casi se quieren besar, casi lo logran, y se van.



El coqueteo del sombrero, el quiero, no quiero: el hombre se arrodilla a los pies de inefable belleza y ella gira a su alrededor queriendo decir sí, queriendo decir no, unida al rabo' e gallo con honor.

Luego, a arrastrar el ala: con sombrero en el piso, ella (con sus finos pies) lo desliza, y el dueño (a pesar de su gentileza, ritmo y cortejo) no puede tomarlo de nuevo.

Se inicia el toque romántico, el secreto, el murmullo al oído, entre querer y no querer. El final se acerca ya, con una de sus manos se abrazan y con la otra se une con el rabo de gallo y lo levantan con mirada de enamorados que se entregan al canto de ¡San Juan, San Juan, San Juan, San Juan!

El baile ha terminado, pero, compañeros, amigos y hermanos de cualquier parte del planeta, un opita siempre enamorado les dirá “péguense la rodadita ¡¡¡San Juan!!!”.



María Vitalia Sánchez

Nace el 27 de octubre en Sesquilé, Cundinamarca. Vive en Bogotá con su familia desde los 7 años. Estudia Licenciatura en Ciencias Sociales y Económicas en la Universidad Libre de Colombia y hace una especialización en Filosofía en la U. Santo Tomás. Cultiva la pasión por la lectura, la escritura y la enseñanza. Es docente del MEN durante treinta y siete años. Participa en foros con la elaboración de revistas filosóficas. Por Facebook conoce de Historias en Yo Mayor, participa con escritos orientados, le seleccionan uno, donde rinde tributo a la mujer campesina, dando a conocer las tradiciones de una región colombiana.

Con la comida recuerdo mi terruño

Por María Vitalia Sánchez Maldonado

Hola, sumercé. ¡Buenas noches! Yo soy de Sesquilé, pueblo que queda en el altiplano cundinamarqués. A los nacidos aquí nos llaman los matados.

Pua'quí lo que más nos gusta comer es la mazamorra chiquita, y les voy a contar cómo me enseñó mi mamá a hacerla:

En una olla de barro con agua se echa el maíz porva con dos o tres días de anticipación.

El día de la preparación, desde muy temprano, hay que tener prendido el fogón o estufa de carbón. Se coloca sobre este una olla grande con agua, sal, cebolla larga picada, ajos machacados y una zanahoria picada, un pedazo de res de costilla, “como pa' ocho personas, mija”, callo picado en trozos pequeños (antes debe lavarse muy bien con agua caliente y limón). Se deja hervir toda la mañana hasta que esté blandito.

—¿Cómo sé que está blandito, mamá?

Ella me responde:

—¡Eso hasta elolor le dice a uno, mija! O con cuidado se sacan las carnes en una artesa y se le mete la uña para saber si ya está blandita. Mientras tanto, se muele el maíz, se cuele en un colador con agua para preparar la masa. Cuando las carnes están cocinadas se echa en la olla cubios y tallos, bien lavados y picados. Se dejan hervir un rato porque son más duros que el resto del recado. Después de un rato se echa papa de año picada en cuadritos, alverja verde, habas, frijol verde y, finalmente, criollas enteras. Cuando todo está cocinado (se siente por el olor a humo, a delicioso), se mezcla nuevamente la masa y se le echa muy despacio y se va rebullendo con el cucharón. Se deja hervir hasta que espese. Se pica mucho cilantro y cebolla y se pone en la olla antes de servir.

En este punto, mamá, con su cara roja por tanto cocinar y al lado de la estufa de carbón o fogón, se muestra complacida, con una sonrisa a flor de piel. Con los dedos sobre la boca en

señal de beso dice: “esto huele a que es una delicia”... No sé si es por el tipo de leña usada para la cocción, más el carbón, y cocinar en la olla de barro que de la mazamorra sale un olor y un sabor muy aromático, como si se hubiese ahumado, un olor a esencias, canela, clavo, a eucalipto, ¡quizá!, y un poco agrio, esto debe ser por el maíz dejado tantos días en la misma agua, “hasta que hiciera ojitos”, decía mamá.

En ese punto llegaban los comensales, se servía en la cocina donde estaba la mesa con bancas y taburetes. Primero, entraban los hombres de la casa.

—¡Buenas!! ¿Ya estuvo el murrio? —preguntaban

—Sí —respondía mamá y, cogiéndose la punta del delantal, como limpiándose las manos, les invitaba a pasar. Siempre se servía primero a los hombres, luego los otros. A medida que terminaban de comer el primer plato de mazamorra, mamá preguntaba:

—¿Quiere más?

Siempre hubo un “sí, deme otro poquito” o un “luego, gracias”.

Mi papá decía:

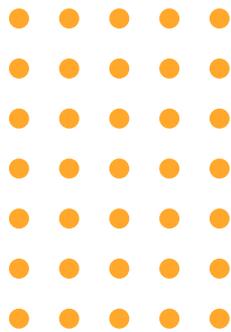
—Gracias, hija, ¡estaba rica!





Alejandro Bautista Tirado -la pluma álula-

Con inspiración, del aroma de los padres, en el ritual de la conversación, emanó un aliento fresco el 6 de noviembre de 1965, en tierras de Bacatá. En medio de marchantes y de concurridas memorias de lo cotidiano aprendió del rebusque hasta ser un profesional. Amante del ejercicio, la música clásica, la pintura, la escultura y una buena lectura. Desarrolló empatía por la escritura, y su esposa Amanda Rosa lo motivó a mostrar sus palabras en la Escuela de Yo Mayor. Aquí nos comparte una historia en formación con los recuerdos de la plaza del mercado de Cúcuta, amalgama del flujo diario de personajes diversos de la anecdótica frontera.



¡Qué curioso!, los sombreritos de garbanzo

Por Alejandro Bautista Tirado

La ciudad de las llamas eternas se inunda de una oleada de manteca y placer. Hoy todas sus calles están doradas, sus techos de adobe crujen por la explosión de tamaños, formas y rellenos que enloquecen al exquisito sabor idílico del garbanzo.

A la espera, las encanecidas tradiciones disfrutan del jolgorio anhelado, que doña Juana nos dejó en la Hacienda Tonchalá, fruto de la sartén. Mientras, el encapotado firmamento con armipotente ruego, y la nobleza del estruendo con insania, palpita en contemplación.

Mas las nubes, inmóviles, gotean como sauce llorón, un sabor tibio de pensamientos, atiborrado de diluidas herrumbres de cebolla verde, comino y aceite de oliva, salpicado de perejil y orégano fresco para hablar sin dejar de tragar, creando un silencio monumental que ende la villa.

¡Ellas lloran sin remedio! Es un frenesí, la temperatura desciende, pero el corazón se llena de temperatura. El polo sur se derrite de alegría, el norte se deshíela a carcajadas y, en los pueblos pequeños con mesurada reflexión y a veces hasta con irónica exaltación, se siente el snack callejero.

El alboroto es total, la masa en reposo espera su momento. Mientras, el aceite hirviendo recibe con algarabía las pictóricas creaciones de sombreritos armados con paciencia por las artesanas de la alcahuetería.

Y los comensales, en el ínterin con prudencia, armonía, paciencia y diplomacia, ven saltar a sus manos la savia de fruto crujiente, de harina adornada a placer con la galantería del ají o de los encurtidos de cebolla morada, erizando cabellos y pies en campaña heroica, y en el dombo del paladar se sucede un enamoramiento cautivante que durará años y tradición.





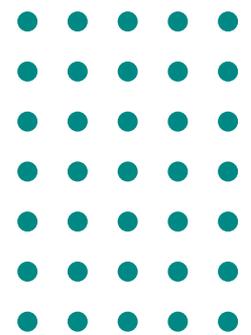
Termina la quinta semana del Tercer Heptamerón y comienza la sexta en la cual los mayores, bajo el influjo de los animales, ladran, pían, rebuznan y cuentan episodios de su vida donde estos seres fueron protagonistas e, incluso, víctimas.

Carlos cuenta las aventuras de Scrappy, un insaciable gigoló perruno, que, por pasión, llegó a perder el rastro de su propia casa; José Humberto habla por teléfono y le responden con aullidos amorosos; Rubiela exalta la terapia que ofrecen las gallinas a los seres humanos, excelsas confidentes; Alicia engulle, sin saberlo, a su conejo Gregorio; Fernelly comparte la sentencia de muerte que su abuelo ejecutó en contra del Gallo Colorado; Luz Marina se abraza por primera vez con sus hermanos gracias a los oficios de un distinguido corcel de carga; Martha reconstruye un macondiano accidente vial en el que, por fortuna, no hubo equinos heridos; Marisol adopta, a pesar de sus prevenciones, a la gata Nila: “Ni la toques, ni la cargues”; y Ramón narra la cruel venganza de un estudiante pirómano que se ensaña con un gato.



Carlos Arturo Rodríguez Pinilla

En el humilde barrio Bravo Páez, en el sector de Matatigres, al sur de Bogotá, Guillermo y Elvira, pareja de campesinos, vieron nacer a este contador de historias. Realizó estudios de primaria en escuela pública y luego el bachillerato en un colegio nocturno. Intentó cursar estudios superiores en universidades, pero, por factores ajenos, no logró terminar ninguna carrera de las emprendidas. Muy joven, se casó con María Inés y tuvieron dos hijos, hoy profesionales. Emprendió proyectos que sirvieron para la crianza de los hijos, no se pensionó y hoy trabaja como tapicero. Gracias a una información en Facebook se integró a Historias en Yo Mayor y descubrió la felicidad que se encuentra narrando muchas cosas y compartiéndolas.



Aventuras amorosas de Scrappy

Por Carlos Arturo Rodríguez Pinilla

Me presento: my name is Scrappy; mi mamá, una perrita Shih Tzu de origen estadounidense (por eso el inglés). Mi papá era un poquito “ñero”, un perro de la calle, o sea criollo, para los puristas. La dueña de mi mamá era una señora adinerada que vino en un viaje a Bogotá, con la intención de visitar unos parientes residentes en el sector de Tierra Linda (Autopista con 127), y trajo a la dueña de mis días con ella, para eso es la plata. Ah, me olvidaba, esta señora era también cuadripléjica, por tanto, debía ser asistida por una enfermera, las veinticuatro siete, como dicen ahora, y como cosa rara también se ocupaba de alimentar y sacar al parque a mi progenitora. Corría el año 2008, por andar en sus ocupaciones, la pobre enfermera de la señora no se fijó en que mi mamita estaba en celo; es decir, con las hormonas alborotadas. Como todo animalito con instinto, buscó al macho que le supliera esa necesidad, y al primero que se encontró fue al perrito de un habitante de calle que la cubrió de amor. Allí empezó mi historia.

Fui el séptimo de una camada, pero mi madre tenía solo seis pezones, adivinen quién no comía. Apenas me dejaban mis hermanitos perrunos el sorbito de leche para sobrevivir. Cuando cumplí dos meses de nacido fui adoptado por mis, hoy, papás humanos: Inés y Carlos. Fui un perrito canguro, Inés me mantenía en su pecho para transmitirme el calor que necesitaba para no morirme de frío. Además, me daba tetero en biberón. Así fui creciendo.

¡¡Desarrollé un olfato feroz!! Olfateaba una hembra a kilómetros de distancia, con más veras las del vecindario. Además, mis hormonas de macho alebrestado no me dejaban razonar, hembra que olía, hembra que coronaba; por ejemplo, la perrita del carnicero, se llamaba Luna, hoy difunta. Tuvieron que dormirla por un tumor. Ella fue mi primer amor, empecé a sentir ese aroma de hembra, ¡¡feromonas!! Olisqueando con ese olfato de perro sabueso, localicé a la dueña de mis afectos y comencé a montar guardia esperando el momento propicio para caerle. Día y noche estaba frente a su casa, cerca a la de mis papás, hasta que llegó el momento. Estaba el carnicero, don Orlando, sacando su camioneta del garaje de su casa, la perrita se asomó y yo



aproveché el desorden. Cuando el hombre se pellizcó, la perrita estaba pegada a mi cuerpecito. “¡¡Ya qué!!”, decía el carnicero. El resultado fueron ocho adorables perritos.

La señora Cristina es una dama amante de los perros. Tenía una perrita Shih Tzu, como mi madre, y la cuidaba para que no le pasara lo que pasó con la mamá. Yo sentía ese olor a hembra en celo y el instinto despertaba la ansiedad en mí. Apenas me dejaban salir de la casa de mis papás, corría al frente de la suya, que quedaba a la vuelta, y allí, sin pestañear, duraba horas enteras. Alguna vecina “sapa” me cogía del collar y me regresaba a la mía, y yo a medio descuido me volaba otra vez a donde mi dulcinea. Me ganó la vecina, no coroné; ahora la mencionada señora, cada vez que pasa por mi casa, me dice: “Vagabundo, ¿sí vio que no pudo con mi perrita?”.

Esta damita tuvo un final muy triste: fue arrollada por una buseta en uno de los diarios paseos que daba con su dueña.

Muñeca era el nombre de una gozque, también del vecindario. Sentí su olor y mirando para todos lados vi una puerta entreabierta, entré y, sorpresa, ¡un pago para mí solito! Estando todo consumado y por la naturaleza de quedar pegado a la dama en cuestión, sentí el golpe en el lomo. ¡La dueña!, esta señora energúmena, al ver ultrajada la virtud de su chandosa, me pegó un palazo con la escoba, ¡y yo sin poder defenderme! Casi me mata. Por eso cuando pasa la vieja en cuestión yo le ladro, pero me acuerdo de la paliza y más bien me hago el loco. De ese idilio salieron seis perritos.

Un día pasó una manada de canes frente a la casa de mis papás y sentí el olor. La naturaleza llamó y arranqué detrás de aquellos. Esta vez había que esperar el turno, aguantarse los muelazos de los otros rivales y, por supuesto, también echar muela. Tuve mi oportunidad con la anónima dama y no la volví a ver. Lo que sí es cierto es que pasé un susto de la madonna: de un momento a otro no sabía en dónde estaba, ¡me había perdido! Estaba de noche y desorientado, menos mal mis papás me echaron de menos y me buscaron. Me encontraron en la madrugada, en el parque de Santa Helenita, a unas ocho cuadras de la casa... dormí todo el día siguiente... reponiéndome de las lides del amor.

Por culpa del amor me perdí varias veces más... y en una de ellas duré dos días perdido. Mis papás me dieron por desaparecido, alcanzaron a colocar carteles en los postes. Me cuentan



que hasta lloraron mi ausencia. Llegué al tercer día en la madrugada. Menos mal encontré el rastro, esa fue tenaz...

La tapa, según mis papás, fue cuando cogí una pobre perra enferma de yo no sé qué, Chiripa le decían a la desdichada. La pobre quedó embarazada y tuvo seis perritos todos muy lindos, como yo. En el parto se murió y la dueña, doña Rut, los crio a punta de biberón y leche de tarro. Uno de ellos es mi orgullo, parece estrella de comercial.

Creo que hasta ahí fui, mis papás no me lo perdonaron. Se pusieron de acuerdo y, una madrugada, me llevaron a un sitio donde había muchos perritos, unos lloraban, otros ladraban de hambre, otros gemían de dolor. No me dejaron solo, al rato se acercó a mí una linda niña de bata blanca a quien le decían doctora. Me sonrió y me inyectó en el lomo. Cuando desperté, me tenían una campana transparente en el cuello; además me dolía como la panza. No entendí nada. Lo único que sé es que perdí el olfato por las hembras, ahora duermo mucho, salgo al parque y me siento tranquilo.





José Humberto Guerrero

Es una persona felizmente casada y afortunada de vivir dos siglos distintos: finales del siglo XX y principios del XXI. Tuvo que asimilar dos modelos educativos: la “letra con sangre entra” y la aparición de la tecnología. Nació en el año de 1963 en Ipiales, Nariño, década más prodigiosa de la ciencia y el cambio de paradigma científico con la teoría de sistemas del físico Fritjof Capra. Su lema es “trabajo, disciplina y educación”. Llegó a Historias en Yo Mayor cuando, explorando las redes sociales, encontró una invitación para mayores de 58 años aficionados a la escritura. Sus pasiones son el atletismo, la natación, la música clásica, leer y escribir; asimismo, tiene un amplio gusto por la comida criolla, asistir a eventos culturales y pasear en el campo, entre otros.



El señor Tomás

Jose Humberto Guerrero

Los perros son los mejores amigos. Me encariñé de uno en especial y llegué a considerarlo como un miembro más de mi familia. No era un perro cualquiera, actuaba como un humano siendo perro. Era un gran perro de quien aprendí sobre el afecto, cariño y juego. Ellos pueden comunicar a los humanos y saben detectar las energías de sus amos; no obstante, es el hombre quien no puede entender su lenguaje. Este animal me enseñó a entender las actitudes perrunas.

Es la historia del “Señor Tomás” que marcó mi vida para siempre, me acompañó entre 1990 y 2003 y murió a los trece años. Vivíamos en el barrio más antiguo de la ciudad, en una casa vieja de teja, tapia, puertas y ventanas de madera. La parte delantera del lote estaba construida y atrás quedaba una cuadra donde se sembraba verduras, hortalizas y frutas de clima frío; allí construí su casa de madera donde se refugiaba en las noches frías y lluviosas; a las 6 a.m. estaba ladrando y corriendo en el patio.

De raza cobrador dorado, textura física de tamaño mediano, tierno y juguetón. El cachorro conocía a casi toda mi familia y los reconocía como sus amos y visitaba un día por semana. Se desenvolvía en la calle con destreza, atravesaba la acera por las cebras como si fuera un ciudadano. A veces se quedaba en las casas de alguno de mis hermanos, pero volvía al otro día de madrugada; en otras ocasiones hacía la visita y volvía a casa.

Me acompañaba en las mañanas a trotar y marcaba el paso, ni tan lento ni tan de prisa, ponía un paso regulado. Su juego favorito era la pelota, se la tiraba y él la recogía y la devolvía. Cuando íbamos al río, se lanzaba al agua y nadaba feliz hasta cansarse, felicidad reflejada en el movimiento de su cola. Era cariñoso y noble, en momentos de descanso se acercaba, brindaba halagos, caricias, lamía la mano y solía recostarse en medio de mis piernas para que lo acariciara, lo peinara y abrazara.

Cuando salía de viaje me buscaba por toda la casa y, al no encontrarme, comenzaba a ladrar y se ponía nervioso. Por la noche tenía que llamar por teléfono para calmarlo; el can comprendía que estaba lejos y contestaba con un aullido y halago sonoro.

Este cachorro detectaba las energías negativas. Cuando estaba triste, me miraba, halagaba, aullaba y movía su cola, corría a mi entorno, jalaba mis piernas con el hocico; sus gestos y movimientos los interpretaba como: “aquí tienes un amigo que te acompaña”. Los domingos salíamos a pasear, lo bañaba, peinaba y él gozaba.

Cuando llegaba del trabajo, ladraba como muestra de afecto y cariño que profesaba. Le enseñé a pararse en dos patas y con la mano saludaba; por eso, a este fiel amigo lo llevaré siempre en el alma.

Cierto día salió, como de costumbre, de visita. Durante el trayecto, perros callejeros mordieron su pancita con tan mala suerte que la herida se infectó. Lo llevamos al veterinario, quien dijo que el mordisco era de rabia, se la transmitieron, no se podía hacer nada y en pocas horas murió. Antes de morir ladró por última vez y, como señal de despedida, pasó su mano y de sus ojos brotaron lágrimas.

Dos días antes, por la noche, el “Señor Tomás” corría, alborotaba y alborotaba, tocaba la puerta una y otra vez, parecía “enloquecer”, así lo hizo por dos horas, nunca se había comportado así. No salí a atenderlo porque tenía un resfrío y estaba lloviznando, pero me quedó el remordimiento. Después de muerto comprendí que estaba despidiéndose porque presentía su tragedia, al igual que un humano cuando va a suceder una desgracia. Lo enterramos en la cuadra, nos acompañaron algunos familiares y lloraron en silencio por su suerte desgraciada.

Me dio mucha tristeza y melancolía la partida de mi fiel amigo, mi salud se vio afectada, el médico diagnosticó que había sufrido una crisis nerviosa y dio un tratamiento para calmar mi ansiedad. A partir de ahí hice un propósito, no volver a tener más perros en casa, pero eso no ocurrió así.





Rubiela Tapasco

Desde niña dejó entrever su facilidad para comunicarse y, rápidamente, se enfocó en el colegio en los centros literarios, las presentaciones en izadas de bandera y cuanto acto público se presentaba. Sin temor, caminaba por las polvorientas calles del humilde barrio Santa Rita, en Armenia, hasta las emisoras para convertirse en pionera de la reportería radial, ganándose un nombre en dicho campo. Como periodista, se enteró de las inscripciones para Historias en Yo Mayor y no dudó en inscribirse y hacer parte de esta publicación que se suma a todas las conquistas alcanzadas en su vida profesional desde el Quindío.



El gallinero de fin de año

Por: Rubiela Tapasco Arenas

Cutu, y ellas llegaban volando, con la expectativa de esa lluvia de maíz amarillo que les caía encima y que llenaba todo el patio en el que podían disfrutar de sus vidas como gallinas y pollos felices.

Desde hacía algunos minutos todas estas aves en el corral conversaban entre ellas, como preguntándose la razón de la demora para el desayuno y con las ganas de encontrarse con esta maravillosa mujer que siempre salía más temprano a llamarlas para darles de comer, saludarlas y brindarles todo su cariño.

Eran como una docena que integraban el gallinero. Todas revoloteaban a la hora de comer, se expresaban en un idioma que la mujer entendía y traducía a la perfección debido a su conocimiento y al gran afecto que les tenía y les manifestaba en todo momento.

—Esta es La Negra, aquella se llama Blanquita, la de allá es La Loca, que mantiene con La Niña y no es amiga de La Grande. Todas son muy bellas y cariñosas con los pollitos que llegaron unos días después, pero que ya crecieron porque son gigantes. Así los necesito para la Navidad —decía con tanto amor María, la dueña de todos los animales de la casa.

Cada una, luego de comerse el maíz y con el buche lleno, se iba arrimando donde María que, sentada en una banca desde el corredor, las acariciaba, las saludaba, les preguntaba por cómo habían pasado la noche en sus nidos y si habían puesto el huevito para el desayuno de todos.

El fuerte cacareo temprano le anunciaba que sus gallinas estaban poniendo y que tendría rico desayuno para ella, su marido y sus muchachos, que todos los días pedían huevito con pan, chocolate y arepa caliente con mantequilla.

Al escucharla hablarles directamente, las gallinas contestaban con suavidad, sus voces, sus sonidos y sus movimientos eran delicados y tan fáciles de entender que María les agradecía, las besaba y adivinaba cuántos nidos tenían su huevito.



Las gallinitas eran tan consentidas que, con sus picos, le daban piquitos a María en sus mejillas y le susurraban al oído cosas tan bonitas que ella sabía traducir en felicidad y gratitud. Sin embargo, a veces sentía que las gallinas la regañaban, le alegaban y se enojaban por su demora para presentarse en la mañana o para permitirles el paso a sus dormitorios en las tardes.

Los pollos, todos blancos, también se acercaban y recibían su dosis de mimos, aunque María les decía con franqueza que esperaba que se engordaran y crecieran mucho, porque había familias que los estaban aguardando para guisarlos en Navidad, pues ya estaban negociados. Esto daba lugar a su cloqueo inconforme y malhumorado.

Era evidente que María tenía preferencia por sus gallinas más que por los pollos, aunque a todos los acariciaba diariamente. Sus conversaciones con estos animales eran prolongadas, les tenía mucha confianza y les confesaba cositas de su vida que a nadie más podía contar. Después de sus encuentros, ella salía tranquila y con las respuestas a muchas de sus dudas existenciales.

Aunque solo era una tarea de fin de año, la mujer sentía mucho pesar de salir de sus pollos y gallinas. Los criaba con todo el amor, nunca estuvieron enjaulados, eran animales libres, consentidos y bien alimentados. Su sacrificio, antes del 24 de diciembre, estaba a manos de su marido.

Él era capaz de torcerles el pescuezo en el momento adecuado, pelarlos y entregarlos a los clientes que llegaban por ellos para preparar los manjares familiares y disfrutar de una deliciosa comida, en medio del bullicio de las novenas del Niño Dios y la entrega de aguinaldos.

Entre tanto, en la cocina de María, la olla hervía con las presas de una inmensa gallina que sería la cena de su esposo, hijos y nietos, quienes reconocían el gran tamaño y el delicioso sabor de la que antes brincaba y volaba en el patio.

María nunca fue capaz de sacrificar sus animales, esa no era una tarea para ella. Lo de ella era el cuidado, el amor y la paciencia para verles crecer, entenderles su lenguaje, corresponderles su cariño y agradecerles su compañía. Al fin y al cabo, eran sus mejores amigas y confidentes.



Alicia Botía Perilla

Nació en una calurosa noche del 13 de diciembre de 1957 en Miraflores, Boyacá. Desde pequeña se distinguió por ser una niña curiosa y abierta al mundo que la rodeaba. Descubrió con afán los cuentos y cada volumen de las enciclopedias que encontraba en el estudio de su casa, viajando fácilmente a los diferentes lugares de cada narración. Desde entonces, siente profunda pasión por la lectura, la escritura y una buena conversación para alimentar el alma. Navegando por internet una noche, encontró el Proyecto Historias en Yo Mayor como una fuente de apoyo emocional, social y cultural.



Gregorio y yo

Por Alicia Botía Perilla

Aquel jueves 13 de diciembre, la jornada diaria había comenzado de forma muy acogedora, a pesar de que ese día yo me desperté un poco entre el sueño y la realidad. Pareciera que estaba flotando. Había dormido tranquilamente, todo estaba bien, mis ojos estaban muy abiertos y expectantes. Miré las paredes de mi cuarto. Los cuadros estaban en el mismo lugar, los dibujos pegados en el muro igual que ayer y sentí el olor del pan tostado y del café que todas las mañanas inundaba toda la casa. Escuché el sonido de una suave música de la radio y que me llamaban a desayunar. Cerré los ojos, conté hasta tres y salí corriendo para encontrarme con mis hermanas y mi madre en el comedor. Puedo decir que toda la mañana transcurrió normalmente, había un buen sol y mi hogar era el mismo dulce lugar. Sin embargo, y aunque nadie lo hubiera mencionado, para mí era el día más especial de todo el año. Era el día de Santa Lucía, la mártir cristiana, cuyo nombre siempre deseé llevar y era el día en que yo cumplía 5 años.

A las tres de la tarde llegaron tres de mis amiguitas, Clemencia, María Victoria y Luisa. Cada una me entregó una cajita envuelta en lindos colores de papel. Yo abrí cada cajita y encontré un libro con bellas ilustraciones, una bonita cachucha azul para los días de verano y una alcancía con forma de rana. Esos obsequios me hicieron sentir muy feliz y querida. Jugamos, partimos el ponqué, inflamamos globos, oímos música y luego apareció mi madre y dijo: “¡Sorpresa!”. Yo vi en sus manos al más hermoso conejo blanco, con un nudo rojo atado en su cuello. Era mi regalo de cumpleaños vivo. Desde ese momento fue mi gran amigo. Su nombre era Gregorio. Le di todo mi cariño. Él era inteligente y muy juguetón. Creamos un vínculo afectivo muy importante: le gustaba dormir cerca de mí y que yo le diera de mi mano zanahorias y lechugas frescas. Era muy feliz cuando yo cepillaba diariamente su pelo blanco y cuando le daba su juguete para roer... Gregorio llenó muchas mañanas y tardes de mi infancia... fueron unas vacaciones muy atareadas cuidando a mi conejo blanco...

Pero las vacaciones también acaban y mi madre, para evitar que el conejo se quedara solo y los perros de la casa pudieran causarle daño, me dijo que lo mejor era llevarlo donde la tía Matilde,

quien vivía sola. El domingo anterior a que comenzaran las clases en el colegio así se hizo. Como la casa de la tía quedaba en el camino hacia el colegio, yo todas las mañanas le llevaba la zanahoria y lechugas frescas y pasábamos un tiempo jugando. Los dos disfrutábamos mucho de estos momentos.

Cierta mañana de un domingo cualquiera, me invitaron a almorzar a la casa de la tía Matilde... yo fui muy contenta. Fue un almuerzo con otros invitados, personas muy agradables... al terminar de almorzar yo le dije a la tía: “La carne de pollo estaba deliciosa”. Hoy... que lo pienso... siento que hubo un largo silencio hasta que escuché la voz que decía: “Nooo... no era de pollo, era de conejo”.

Fue todo muy absurdo, sentía que estaba flotando, como si estuviera allí y no estuviera allí... yo no sabía si estaba dormida o despierta... no sabía si estaba soñando...

Me quedé callada... no podía pronunciar ninguna palabra... veía todo enorme, la casa, el comedor, las sillas y la mesa... No recuerdo cómo salí de allí.

Ahora sé que fue una dura realidad.

Era una tarde como otra cualquiera en el pueblo en donde yo nací.





Fernelly Mondragón Gordillo

Es un modelo 56, de la generación conocida hoy como los *Baby Boomers*. Pensionado, vive en Cali. Vivió su infancia en la vereda de Córcega, del Municipio de La Unión, Valle, a orillas del gran río Cauca. Le gusta relatar historias y anécdotas vividas en familia o su entorno en otros tiempos, para recordar juntos, en las reuniones presentes y hacer más amenos esos encuentros. Por información de la Radio Caracol, que escucha con frecuencia, llega al equipo de Historias en Yo Mayor, quienes le facilitaron el poder dar a conocer sus relatos a ustedes, queridos lectores.



El celoso Gallo Colorado

Por Fernelly Mondragón Gordillo

Cuando yo era niño, vivía en el campo con mis padres y tres hermanos más. De ellos, yo era el mayor. En ese momento tenía poco más de 6 años de edad. Nuestra casa era de bahareque y con techo de paja; estaba situada en una vereda llamada Córcega (del Municipio de La Unión, Valle), a orillas del río Cauca. Esa casa estaba contigua a la casa de mis abuelos paternos que, a su vez, vivían ahí con mis tías, mujeres jóvenes aún solteras.

Esta familia tenía, como era usual, una buena cantidad de gallinas criollas, de variados colores (blancas, rojas, grillas y negras saratanas) y el papá de los pollitos, a cargo del gallinero, el celoso Gallo Colorado. Todos los días, una vez al día, se les alimentaba con granos de maíz que echaban en una vasija hecha de mate o totumo, la cual agitaban para que los granos sonaran como las semillas en una maraca. Este sonido, más el llamado con las palabras “cutu, cutu, cutu”, pronunciadas en alta voz, frente al patio que era compartido por las dos familias, hacían que las gallinas aparecieran ahí, en pocos instantes, a recoger con sus picos los granos que se les arrojaban y consumían a toda prisa, bajo la vigilancia del Gallo Colorado. Él, en esos momentos, no permitía que ningún ser vivo se acercara, pues el que se atreviera sería víctima de sus celos y de su bravura para defender su harem: lo atacaba a espuelazos y picotazos.

Sucedió que un día mi hermana menor, Gloria, de año y medio, quien ya caminaba, trató de atravesar el patio sin que los adultos lo supieran, pero sí el Gallo Colorado, que cuando la vio se lanzó encima de la bebé y le dio un fuerte picotazo en su cabecita que la hizo sangrar. Corrieron mis tías a auxiliarla y a echarle café en polvo en la herida para detener el sangrado. Justo en ese momento llegó el abuelo Ezequiel quien, al enterarse de lo sucedido, dolido y a su vez muy verraco, decidió sentenciar al agresor a la pena de muerte, por atacar a la niña, menor de edad y en estado de indefensión. Él pidió que fuéramos a coger ese hijuemadre gallo.



Lo correteamos por todo el campo hasta cogerlo y se le entregó al abuelo. Él mismo ejecutó su sentencia: lo tomó con una mano por las patas y, con la otra, del pescuezo, lo apoyó sobre sus piernas y estiró con todas sus fuerzas del pescuezo hasta que murió dando aletazos. Luego, se lo entregó a la abuela Raquel, quien ya tenía la ollada de agua caliente para sumergirlo por un rato, para poderlo desplumar con facilidad. Después, preparó con él unos deliciosos tamales vallunos que al día siguiente disfrutamos todas las familias.

Colorín colorado

Esta fue la historia del celoso Gallo Colorado

Que fue sentenciado

A morir despescuezado.





Luz Marina Correa

Nació en Bogotá un 13 de julio de 1963. Los médicos le detectaron problemas visuales. Realizó sus estudios en entidades públicas, la escuela, el colegio y la universidad. Siempre supo que sería docente. Leer y escribir, pese a su limitación visual, eran su pasión. Trabajó en colegios distritales como profesora de Español y Literatura durante veinte años, hasta que la pensionaron por invalidez (baja visión). Después de diez años sin sabores, se dejó seducir por un título en redes sociales: Historias en Yo Mayor. En el proyecto, encontró eco a su quehacer, un oasis para reencontrarse y disfrutar la exquisitez de la palabra.



Un corcel llamado Burro

Por Luz Marina Correa Aguilera

Calculo que yo tendría unos 8 años; mis hermanos, 10 y 12. Llegaron las vacaciones y estábamos montados en una flota de Rápido Duitama junto a nuestros padres. Era muy extraño: mi hermano, el mayor, envidiaba los asientos, que en este caso eran las piernas de los progenitores; en cambio, yo soñaba con, algún día, sentarme en esa caja de cartón llena de mercado, amarrada con cabuya y que mi hermano debía proteger con su vida.

El viaje nos llevaría lejos o muy lejos para nuestra corta edad, pero el pensar que pasaríamos allí varios días solos nos llenaba de alegría. Visitaríamos la casa del abuelo paterno, él tenía una esposa que no era mi abuela y otros hijos que les decíamos tíos por respeto. También había unos primos que eran menores, con los cuales nunca hablábamos ni jugábamos; cuando llegábamos, ellos se escondían. Era todo un misterio que aún no logro descifrar.

Siempre éramos bienvenidos por Herminia, la esposa de mi abuelo. Mi madre llevaba presentes para todos y un gran mercado para nuestra estadía; nos sentamos en la cocina a escuchar historias y recomendaciones, porque en dos días nuestros padres retornarían a la ciudad. Por fin de vacaciones.

Era una casa grande, blanca con un terreno extenso. La tierra era muy generosa, se sembraba papa, maíz, cebolla, en fin... y los animales no faltaban, en especial las ovejas robustas que en las tardes de trabajo las desnudaban con tijeras afiladas. Era una maravilla observar todo eso. La comida en verdad era abundante y con sabor a campo, a fresco de ahí. Una labor nuestra era ayudar a recolectar leña para la estufa.

En el potrero de en frente, que mi abuelo prometió heredárselo a mi padre con el tiempo, pero nunca ocurrió (aclaro que mi padre era el hijo ilegítimo o entenado que llaman), siempre estaba amarrado un burro (llamado Burro), que solo usaban para las labores de carga, y el abuelo era el único diestro para su manejo.

Como estábamos de vacaciones, no teníamos límites en caminar y jugar por la finca; así que un día nos fuimos a divisar de cerca al burro arisco, terco y torpe que decían. Lo rodeamos, lo miramos detenidamente, lo tocamos y no hacía nada, solo mover su cola para espantar los moscos. Yo creo que Burro sabía que no éramos sus vecinos.

En mi inocencia, pregunté a mis hermanos:

—¿Qué hace el burro?

Y el mayor me contestó:

—Nada, ¿quiere montar?

A lo que yo, decidida dije:

—Sí, claro.

Fácilmente lo desamarraron y, con ayuda de ellos, me monté cogida del mismo lazo. Tenía miedo, pero era mayor mi riesgo. Burro empezó a caminar lentamente en el potrero, como de paseo, yo estaba feliz. A mis ocho años me sentía como galopando en un corcel de telenovela.

Mi hermano mayor sintió que Burro era muy perezoso y decidió darle unos golpes en la cola seguidos de un fuerte grito:

—Arreeeee...

Tal cual como lo habíamos visto en la serie de Bonanza en el televisor a blanco y negro de una vecina del barrio que nos cobraba para entrar. Al principio el grito nos causó mucha risa, pero de repente Burro afiló su andar en un trote enloquecido y desbordado. Corría a una velocidad inalcanzable, y yo, ahí encima, atada a su cuello, con miedo, aterrorizada. Mi corcel enfurecía; atravesó la finca, pasó por el aljibe que era un pozo de pánico, tal vez el único lugar prohibido. Burro, de un solo brinco, pasó por encima, yo creí que me iba a caer, pero me sostuve más fuerte. Cogió montaña arriba y yo firme. No veía a nadie, no sentía mi cuerpo y no tenía miedo del porrazo, sino del castigo; de pronto, con un movimiento brusco, cayeron mis gafas de vidrio grueso al suelo. Iba a lo desconocido, ahora sin ver nada, todo muy borroso y Burro no paraba. Me llené de pánico, empecé a gritar, miré atrás y nada. Burro sí sabía su destino, ya no tenía miedo al castigo, temía no ver, la oscuridad se apoderaba de mí. A lo lejos escuchaba los gritos de mi hermano que decía:

—Tírese, tírese...



Y, en un momento, me decidí y me lancé de Burro con los ojos cerrados. El golpe fue fuerte, pero me dolían más mis gafas. Ellas eran mis ojos. Lloré mucho, estaba triste. Mis hermanos se reían, claro, fue de película, pero estaba sin ver; así que ellos se devolvieron por todo el camino en busca de las gafas. Sabían que eran costosas, se acordaron de que mi papá decía frecuentemente:

—Toca comprarle las gafas a la china.

También les dio miedo y en el fondo sabían que eran culpables.

Al rato regresaron con las gafas, sucias, torcidas pero invictas, cayeron en el pasto y estaban a salvo, eso lo celebramos con un abrazo. Tal vez fue el primer abrazo que nos dimos. Las limpié con mi camiseta, las sentía raras; por fin vi el camino que trazó Burro en su trote desbocado, la verdad fue corto, pero, para mí, la eternidad. Burro, al sentirse libre, se detuvo y, como si fuese regañado, solito volvió a su potrero y mi hermano lo amarró. Fue la tarde más maravillosa en casa del abuelo.

En la casa grande y blanca no se percataron de nuestra travesía. Solo quedó en nuestras memorias, que hoy, siendo adultos, la recordamos y obvio reímos... aún uso gafas.





Martha Cecilia Díaz Gámez

A 2600 metros más cerca de las estrellas nació quien escribe estas cortas palabras. Era un 15 de enero de la década de los 50. Sus primeros años los vivió en un ambiente diferente al bogotano, pero, ya en edad escolar, se instaló en la capital para adelantar sus primeros estudios. Más tarde, como docente de idiomas y literatura, se dedicó a formar y educar a niños, niñas, jóvenes y adultos durante gran parte de su vida laboral. En una ocasión y queriendo buscar ampliar sus expectativas en lectura y escritura, llegó a una casona de Chapinero a integrarse a un grupo con estas metas, sin pensar que hoy en día sería parte activa del proyecto Historias en Yo Mayor, donde ha aprendido desde lo académico y lo personal.



Un increíble chasco macondiano

Por Martha Díaz Gámez

Era un duro y caluroso día caribeño en la capital de la bien nombrada zona bananera de Colombia, Santa Marta, que por los últimos días ha venido copiando algunos rasgos de la capital colombiana: los trancones y congestiones a mañana, tarde y noche que llegan a exasperar a cualquier ciudadano de esta y de cualquier ciudad del país.

Si tú no has compartido unos cuantos días en Santa Marta, la Perla de América, no te alcanzarás a imaginar la locura de la movilidad en ese entorno soleado, desordenado y caliente ambiente donde cada cual se abre paso como puede por entre las calles. Se dan codazos, y hay buses, motos, mototaxis, bicicletas, peatones, carros particulares y zorras, todos sin dios ni ley; todos buscan por dónde abrirse paso para avanzar. Además, hay un sistema de control de movilidad y unos agentes de tránsito que nunca vemos por ningún lado, pero existen. Esta situación hace que los actores de la vía terminen haciendo cada cual su voluntad.

Por esos días Fidel, así llamaremos a nuestro personaje principal del relato, salió muy apresurado de su trabajo. Justo a mediodía, para llegar a tiempo a su casa y hacer unas cuantas vueltas, todas antes de que la tarde llegara. Pero, por las condiciones de movilidad ya entendidas, tomó un atajo para llegar más rápido, sin medir los riesgos de transitar por esta senda que es un camino muy incómodo por donde no es fácil el tránsito y, sin precauciones, condujo con un poco de tensión por allí.

Fidel, muy alterado por el sol, el calor, el afán, los carros, las zorras y el trancón, iba acompañado por su querida Virginia, su esposa, que también iba afanada por sus ocupaciones y que en ningún momento pensó que algo así pudiera pasar.

De pronto, pasando por este camino se encontraron con una zorra que salió disparada de la nada esquivando también el trancón, con tan mala suerte que Fidel no alcanzó a frenar y el pobre equino quedó incrustado en el parabrisas de su lujoso carro Renault Polar que tanto habían cuidado por casi tres años seguidos.

Fue tan fuerte el impacto que Virginia creyó que el pobre caballo había fallecido. Muy asustados y preocupados por el caballo, el vidrio roto, la puerta casi caída, el sol, el calor... y el conductor de la zorra y su acompañante... un par de venezolanos, quienes también estaban asombrados de ver la escena casi macondiana que estaba sucediendo. Fidel y su esposa decidieron bajar del carro y ver con sus ojos lo que acontecía. Al caballo no le había pasado nada, ni un rasguño tenía el famélico.

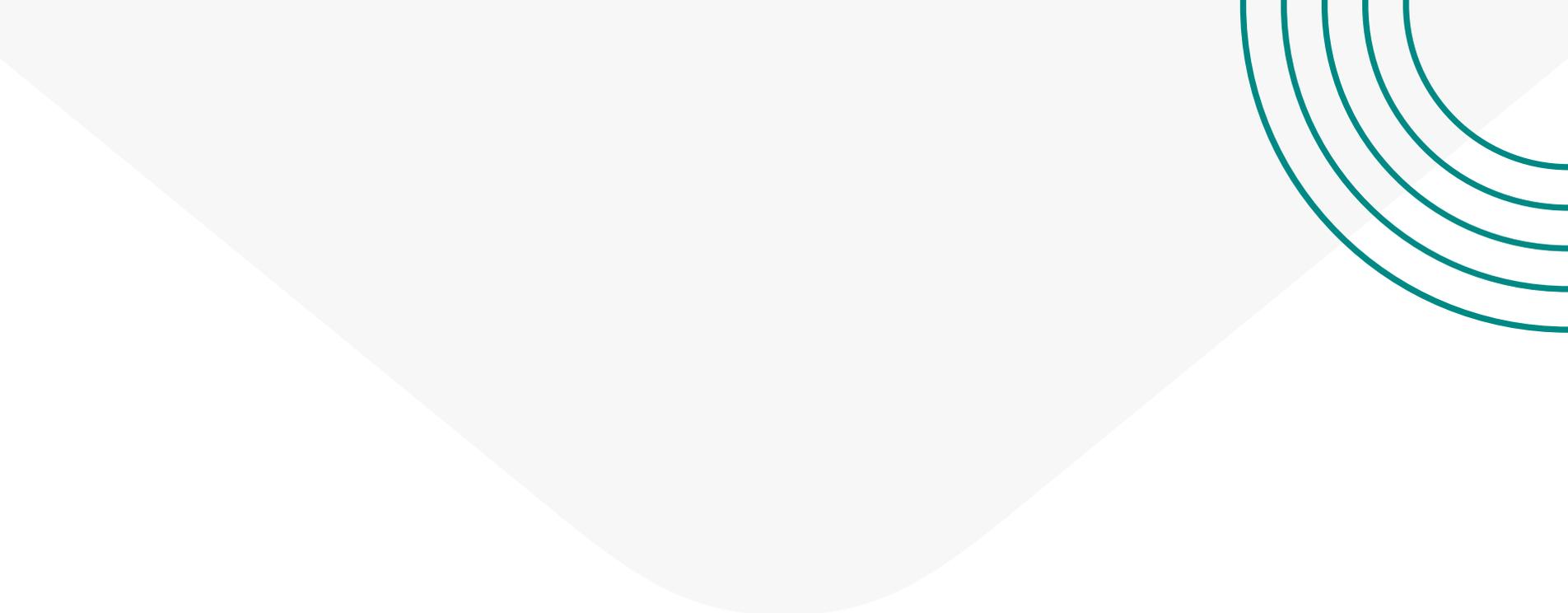
Pasaron los largos minutos y, como ya se sabe, ni policías, ni agentes de tránsito ni nada. Todos se miraron y esperaron un interminable tiempo pensando cómo resolver la situación. He de advertir que estos extranjeros trabajan y se ganan la vida diaria transportando residuos, basura, trasteos, etc.; es decir, no tenían ni un peso para pagar los daños ocasionados por este accidente.

A uno de los venezolanos lo dejaron en parte de pago por el incidente con su caballo y el otro compañero nunca regresó. A Fidel y a Virginia solo les quedó mandar a reparar su vehículo y aprender la lección.

Esto solo pasa en el país de Macondo.

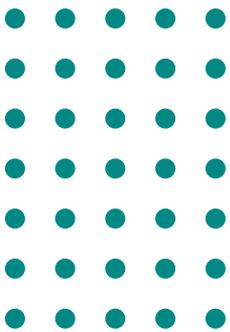
Moraleja: del afán no queda sino el cansancio.





Marisol Camargo

Nació en Bogotá, en 1967. El destino quiso que llegara a Cali antes de los 18. Su abuela fue su inspiración, mujer trabajadora y luchadora, de ella aprendió que para salir adelante debía estudiar. Aunque era gran amante del arte (dibujo, escultura, diseño), la vida definió su rumbo: el camino de los sistemas. Es tecnóloga, ingeniera y especialista. Ha trabajado toda su vida en esta área; su abuela tenía razón. Un día, en el celular, encontró Historias en Yo Mayor y se inscribió. Cuando llegó el primer correo de inicio de clases, lo había olvidado. Escribió diciendo que era un error y que usaran ese cupo para alguien más; afortunadamente, al día siguiente recordó que sí se había inscrito y volvió a escribir disculpándose por su olvido, y no perdió su primera clase; ese fue el inicio de un lindo y anhelado camino que espera seguir gracias a esta comunidad.



Nila

Por Marisol Camargo

Cuando nos pasamos a vivir a un apartamento más pequeño debido a varias situaciones familiares, me prometí que no volveríamos a tener mascotas, ya que mi hijo y yo somos muy alérgicos.

Mi hijo de vez en cuando me llamaba, porque estaba de visita con su padre donde algunos amigos o con sus tías y se le ocurría que le regalaran un perro, un gato, un conejo, en fin, cualquier peludito que cuidar, pero yo le recordaba nuestras alergias y el tamaño de nuestro apartamento.

Siendo pequeño tuvo algunas mascotas, pero no le duraban mucho; tuvo conejo y hámster. En una oportunidad una de sus tías le regaló un pajarito, recuerdo que era blanco con plumitas azules, muy hermoso. Nunca he sido partidaria de tener aves encerradas en jaulas, no me parece lo mejor. Sin embargo, como era un regalo, permití que se quedara con él; llevaba una semana con el pajarito cuando un día entró llorando a la cocina, tenía 6 años. Le pregunté qué ocurría y, en medio del llanto, me dijo que el pajarito se había ido, que no quería estar con él. Le pregunté que cómo había ocurrido eso y me dijo: “Mamá, lo dejé sentado en la silla para que tomara el sol, pero solo estuvo un momento y se fue”. Yo le respondí: “Los pajaritos tienen sus alas, para recorrer el mundo libres y quizás es lo mejor que sea libre”. Aunque en mi interior sabía que las aves que crecen en cautiverio no sobreviven mucho tiempo cuando son liberadas, pero no se lo dije.

Un buen día se apareció en casa con una gata, no era muy grande, pero con nuestro historial de alergias yo no podía permitir que se quedara con ella. Le dije que no podíamos tenerla y que miráramos qué hacer porque en la casa no quería tener un animalito que estuviera encerrado, no me parecía. Él no la quiso devolver, me contó que la gatita era del edificio a donde él visitaba a una amiga, que cada vez que él llegaba la gatita se acercaba y jugaba con él y no se iba



mientras él estuviera allí. No era de nadie y a él le daba mucho pesar. Los vecinos le ponían comida, pero nadie era su dueño y por eso la trajo a vivir con nosotros. Él siguió visitando a su amiga, pero nadie extrañó a la gatita. Como no la podía tener, se la regaló a la vecina del cuarto piso, ella era una señora amante de los animales y tenía varios gatos en su apartamento. La recibió, la llevó al médico, la hizo operar y se quedó con ella, pero sus gatitos no eran tan amigables como ella. Ellos la atacaban y la señora, para que no la lastimaran, la dejó fuera de su apartamento. La gatita entonces pasó de ser la gata de la unidad de la amiga de mi hijo a ser la gata de nuestra unidad.

Sucedía algo curioso con ella y es que, cuando yo entraba a la unidad, ella salía de cualquier lugar a saludarme, me acompañaba hasta el apartamento, me dejaba en la entrada y luego se iba. Siempre hacía lo mismo. A veces la señora que la alimentaba y la cuidaba entraba conmigo a la unidad, pero la gatita siempre se venía tras de mí; me daba pena con la señora. Empecé a ponerle comida en unos recipientes en la puerta de la casa y ella tomaba agua y comía de allí, ya no subía donde la señora del cuarto piso.

Cuando bajaba al parqueadero, ella estaba sobre el techo del carro, como esperando; no se hacía en otro, era en el nuestro. Poco a poco me fue conquistando, le ponía comida, dentro de la casa, ella llegaba, comía y se iba, le asustaba mucho cuando tocábamos la puerta, o cualquier ademán que le pareciera sospechoso. Sin embargo, al día siguiente regresaba, poco a poco cerrábamos la puerta, ya no quería salir corriendo, quizás estaba entendiendo que era por su bien.

Sentí que lo mejor era que estuviera siempre en casa, afuera había muchos peligros, así que le adapté un espacio para que durmiera y le compré un arenero; que se acostumbrara a él, nos tomó mucho tiempo e incomodidades, ella no podía. Siempre, cuando tenía ganas de hacer sus necesidades, empezaba a correr por toda la casa, yo le abría la puerta y se iba y luego regresaba tranquila, tocaba para entrar. Seguí pensando en los peligros y me pareció que se exponía mucho al salir, que quizás le podría pasar algo y no me lo perdonaría, así que ya no la dejaría salir, quizás así se acostumbraría al arenero, pero su naturaleza no la dejaba. Cuando no la dejaba salir se orinaba al lado del arenero y hacía popó en cualquier parte, para esta época ya no había marcha atrás, la gata me había domesticado. Estuvimos casi un año tratando de que hiciera sus necesidades en el arenero. Me iba a dar por vencida cuando, hablando con una

compañera del trabajo, me dijo que había rescatado una gatita bebé, que le recomendaron cerrar las puertas de los baños, porque los gatos acostumbraban a usar el baño para hacer sus necesidades, pero que si se mantenía cerrada se acostumbraría al arenero. Entonces, fui y compré un arenero nuevo, encerrado, ellos necesitan privacidad. Luego de muchos intentos, un día de repente empezó a hacer en el arenero. Yo no lo podía creer, fue muy gratificante lograr eso, pues ya no saldría a la calle.

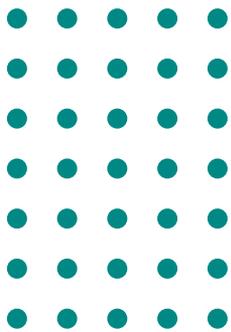
Su nombre salió de una de mis frases para referirme a ella cuando aún no era parte de nuestra vida. Yo le decía a mi hijo: “Ni la toques, ni la cargues” y ese fue el nombre que él le dio: NILA.





Ramón Barrios

Nació en San Juan Nepomuceno, Bolívar, el 22 de marzo de 1953. Estudió la primaria y parte del bachillerato en su pueblo natal. En 2021 se graduó de bachiller en la Institución Educativa Diógenes Arrieta en San Juan Nepomuceno. En 2016 sufrió un infarto cardíaco y fue operado del corazón, atravesando momentos muy difíciles de salud. Sus gustos son leer y escribir. Le apasiona la música, baladas, boleros, vallenatos, sobre todo si es romántica. Aún alegra a chicos y grandes en fiestas familiares, empresariales, en circos y en diferentes escenarios. Sus seudónimos artísticos son: Payaso, Ramolete comediante y Barmerson.



Garabitate

Por Ramón Barrios

Prudencio era un niño inquieto e inteligente. A sus tres años ya se sabía la cartilla *Alegría de Leer* número uno, sabía sumar, restar, multiplicar y dividir por una cifra; contestaba a todas las preguntas que los mayores le formulaban y con las cuales dejaba pasmadas a las personas que lo escuchaban. A los cinco ya sabía inglés, portugués y, lógicamente, español. Era, como quien dice, un niño prodigio, pero, a pesar de todas esas cualidades, nunca se ufanó de su inteligencia.

Cuando Prudencio cumplió diez años, el sacerdote de la parroquia de Villa de Dios, que así se llamaba el pueblo, les recomendó a los padres que lo llevaran a estudiar a un buen colegio, porque allí no había profesor alguno que le enseñara, ya que sabía más que ellos. El cura los mandó con una carta a una institución situada a doscientos kilómetros de distancia y el cual recibía a los niños de diez a quince años en condición de internos.

Después de un día y una noche de arduo camino recorrido a lomo de mula llegaron a su destino.

Se apearon de las bestias los padres con el hijo y los recibió el dueño, director y único profesor, el cual se combatía con los cien niños de primaria que ahí estudiaban.

Era un inmenso caserón construido con palma, bahareque y muñiga de vaca con un salón inmenso a la entrada, más seis habitaciones, con camas y hamacas, cinco donde dormían los estudiantes y una para él y su esposa, que era la encargada de preparar y servir los alimentos.

Durante todo el tiempo vivido en el internado, el niño fue demostrando sus capacidades, su inteligencia y la facilidad para expresar sus respuestas y sus inquietudes. Tenía más conocimiento que todos sus condiscípulos y el profesor se veía en aprietos para no quedar en ridículo cuando Prudencio respondía. Por ese motivo, el director le fue cogiendo cierta antipatía que, poco a poco, se fue convirtiendo en odio hacia el precoz muchacho.



Se acabó el año escolar, todos los alumnos ganaron y partieron a sus lugares de origen menos Prudencio, quien, por disposición del rector, tenía que hacer un examen adicional para poder marcharse a su casa con el certificado de aprobación.

La intención del maestro era hacer que el muchacho reprobara el año y, así, no tener que aceptarlo en el siguiente periodo lectivo, ya que, según el reglamento interno, no aceptaban repitientes.

Entonces lo despertó a primera hora en la mañana, lo llevó a la quebrada que quedaba al frente del colegio y le preguntó qué era esa corriente, el respondió: “Agua”; el profesor entonces le dijo: “No, eso se llama paciencia”. Luego, le mostró un gato y le dijo: “¿Y esto?”.

“Profe, eso es un gato”. “No”, dijo el maestro, “este animal se llama Garabitate”. Después, prendió un periódico y le dijo: “¿Esto qué es?”. Prudencio dijo: “Candela”. “Nooo”, contestó enojado el profesor, “¡esto es alumbrancia, alumbrancia!”. Por último, le mostró la casa del colegio y le dijo: “¿Cómo se llama esto?”. “Profe, se llama casa”. “No, esto se llama habitancia. Has perdido el año, mañana vienen tus padres por ti y que te busquen otro colegio, porque eres muy bruto y no aprovechaste mis enseñanzas”.

Cayó la noche, Prudencio se acostó en su hamaca llorando más de rabia e impotencia que de tristeza y dolor. Él sabía de la trampa tendida por el maestro, así que, meciéndose en el chinchorro, ideó un plan para que el maestro no se saliera con la suya.

Se levantó sigiloso a las tres de la mañana, tomó un gato que dormía plácido en la cocina, lo metió en un saco al cual le amarró con nudo ciego y salió a la calle con una caja de fósforos. Allí, le prendió fuego al saco de fique con el gato adentro y lo tiró arriba del techo de paja de la escuela. Cuando las llamas ya estaban consumiendo gran parte de la vivienda, le gritó al maestro que dormía plácido, después de haber “echado el mañanero”:

“¡SEÑOR MAESTRO, DESPIERTE, DESPIERTE, AQUÍ ESTÁ GARABITATE, LLENO TODO DE ALUMBRANCIA! ¡SI NO CORRE CON PACIENCIA, SE LE QUEMA LA HABITANCIA!”.



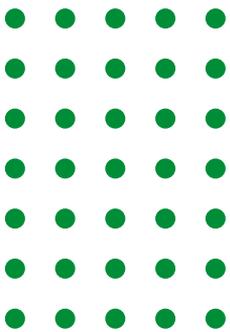
Termina la sexta semana del Tercer Heptamerón y comienza la séptima y última, en la cual los mayores, bajo el reinado de los viajes, conmemoran las más emocionantes e inesperadas odiseas.

Pilar conoce a Miguel Ángel mientras pinta la Capilla Sixtina; Nydia recorre Hawái a través de la imaginación; Doris Virginia recuerda el mar y se zambulle con nostalgia en la alegría de su infancia; Nelly viaja al corazón de la madre tierra en el Valle del Cocora; Sandra descubre por qué quien toma agua del río Casanare se queda en el llano para siempre; Martha, sin moverse, inicia el viaje más importante de su vida; Gladys aprende a viajar con la mirada (pero sin mirar); y Raquel, en verso, traza la cicatriz que dejan los turistas “de bien” con sus caprichos y groserías.



Pilar Barrera

Nació en Bogotá en 1956. Siempre ha sentido gusto por experimentar nuevos aprendizajes, leer y escuchar música. Estudió Física y Licenciatura en Artes Plásticas; además de una maestría en Educación. Fue docente en varias universidades. Paralelo a la enseñanza se ha interesado por trabajos manuales. En la actualidad, dedica tiempo a la joyería artesanal. También ha intentado desarrollar la escritura creativa y mostrar sus ideas en un Blog. Se enteró de Historias en Yo Mayor por Internet y fue aceptada, una oportunidad que considera muy valiosa.



Mi visita a la Capilla Sixtina

Por Pilar Cristina Barrera Silva

*“Se pinta con el cerebro, no con las manos”
Miguel Ángel Buonarroti*

Sin saber cómo ni cuándo, me encuentro en un lugar desconocido. Es de noche y, sin embargo, puedo ver claramente a un artista pintando el techo de un lugar muy espacioso. La luz proviene de varias antorchas, él usa ropa extraña a mis ojos, siento que de alguna manera viajé en el tiempo y llegué a la Capilla Sixtina, algo me dice que Miguel Ángel Buonarroti es quien está pintando. La escena es sobrecogedora: observar cómo van surgiendo figuras humanas con las proporciones justas para indicar armonía, ni qué pensar del manejo de color, es increíble cómo combina colores sin el más mínimo riesgo de oscurecer de manera incorrecta su paleta. Los volúmenes se empiezan a notar de manera clara con las pinceladas llenas de fuerza. Es notorio que la técnica empleada es complicada, se ve siempre húmeda la superficie y debe trabajar con premura con el fin de poder lograr las combinaciones adecuadas antes que los colores queden fijos.

Estoy absorta mirando casi sin parpadear con el fin de no perder detalle. No tengo forma de tomar fotos, en mis manos no hay nada, lo único que tengo a mi disposición es mi propia mirada, pero esta basta para guardar en lo profundo de mi ser este instante lleno de magia. Cuando lo recuerdo pienso que fueron muchos minutos los que permanecí en ese sitio.

Al recordar mi visita, me da la impresión de que Miguel Ángel no estuvo muy consciente de mi presencia, había varias personas. Creo que cuando me miró le llamó la atención mi aspecto físico, en especial por mi vestimenta; sin embargo, solo cruzamos unas pocas palabras de saludo, él hablaba poco y sus comentarios se relacionaban con la obra. Se preocupaba mucho por utilizar las proporciones correctas y los tonos adecuados en su creación, también se refería a la premura de tiempo para entregar su trabajo.



Es muy llamativo el andamio en el cual se encuentra el maestro, lo veo casi acostado sobre una gran cantidad de palos entrelazados y amarrados entre ellos con grandes y fuertes cuerdas. Este tipo de estructura nunca la había visto antes. Estoy absorta detallando todo. También se ubica de cuclillas a veces para continuar su obra. Le pregunto al gran maestro si no le molesta pintar en semipenumbra y en esa posición. Él dice que está enseñado a realizar esta actividad en esa incomodidad. Sin embargo, se le nota que experimenta incomodidad y dolor en su cuerpo por la posición en la que se encuentra por mucho tiempo. Me llama mucho la atención este sistema de iluminación: se ven varias antorchas, los muros cerca a éstas se notan sucios, creo que eso es por el humo que emiten. De pronto, escucho un ruido muy incómodo, es mi despertador. Salgo muy rápido de mi cama, me organizo para ir a la universidad a hacer mis clases de física; hoy enseñaré conceptos de movimiento parabólico, nociones de ondas mecánicas y resolveré ejercicios en compañía de mis estudiantes.

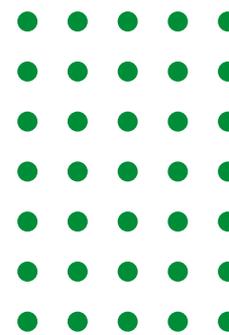
En el transcurso del día entre aulas, recuerdo mucho mi experiencia y me pregunto: ¿De verdad estuve cerca a Miguel Ángel o simplemente fue un sueño? Y aún dudo qué fue lo que ocurrió. La realidad y la fantasía se mezclan de manera continua en nuestras vidas. He llegado a la conclusión de que visité la Capilla en el momento de la creación de un fragmento de esta monumental obra.

Desde esa noche cuando alguien habla de la Capilla Sixtina, sé que ya la conocí, y no en la época de ahora cuando se ha convertido en un lugar totalmente turístico, visitada por miles de personas de todo el mundo. El recuerdo de esta experiencia siempre me llena de alegría, ya que en pleno siglo XXI soy la única persona que puede afirmar que conoció en persona a este gran artista.



Nydia Margoth Caicedo Cuenca

Nació en Zarzal, Valle, en la mitad del siglo pasado, y soñaba con ser ingeniera, pero las circunstancias de la vida la hicieron maestra. Se licenció en matemáticas y física, y obtuvo dos maestrías en el campo de la ingeniería. Para ella, la educación significó una pasión; “Quien lo probó, lo sabe”, y ella lo supo durante 47 años. Por ello, considera, como su legado, además de sus dos hijas, el haber ayudado a transformar positivamente la vida de muchos. Su hija Daniela le sugirió participar en Historias en Yo Mayor. Esta experiencia le permitió dibujar con palabras sus recuerdos y sueños. El texto que está a continuación representa uno de esos dibujos.



Hawái: un sueño de colores

Por Nydia Margoth Caicedo Cuenca

*Hacerlos realidad, en cambio, nos exige mucho.
Pero, si no soñamos, la vida carecería de colores.*

Mi familia y amigos saben que tengo una extraña fascinación con los atardeceres. No sé por qué el caer del día tiene para mí un encanto tan especial; no puedo sustraerme al gusto y la emoción que me produce el espectáculo de los varios tonos naranja, acompañados algunas veces con los grises que anuncian lluvia y/o los verdes de algunas montañas o árboles circundantes, que cambian momentáneamente su color para estar a tono. Lo considero el otoño del día, la antesala al invierno si pensamos en éste como la culminación de un ciclo, y muchas veces muestra esos mismos colores. Algunas veces cuando voy conduciendo, detengo el carro para capturar con la cámara de mi celular ese momento en el que me maravillo por los colores que la naturaleza me ofrece; es el mismo sol ocultándose, pueden ser las mismas montañas, pero tienen el poder, al igual que los artistas del Circo del Sol, de transformarse para ofrecer cada vez un espectáculo distinto, pero igualmente sorprendente y que a veces me deja sin aliento. Quizá ésta sea la razón por la que, para mí, el viaje soñado sería a Hawái. Está en mis planes y tengo la certeza de que dejará pronto de ser un sueño, para transformarse en uno de mis más bellos recuerdos.

Nací a mitad del siglo pasado y por mi trabajo y limitaciones económicas viajé muy poco. En este siglo he podido visitar muchos lugares del mundo, especialmente en Europa; sin embargo, sigo soñando con visitar este grupo de islas que, para mí, ofrecen el mejor espectáculo en el atardecer. Hace más de treinta años disfruté de la serie Hawái 5-0 y por ese buen recuerdo también disfruté su adaptación en las seis temporadas de los últimos 10 años; en ambas, especialmente en esta última versión, a full color, nunca dejaron de sorprenderme, maravillarme y emocionarme sus atardeceres. Creo que a veces me perdía de la trama y me distraía de los

afanes del comandante McGarret y su equipo que trataban de atrapar a algún culpable, porque me quedaba extasiada frente al paisaje que se ofrecía. Si se carece de vena poética no es fácil describir plenamente lo que vemos y cómo el sol se desdibuja formando ondas de colores y lentamente va ocultándose, hasta ser solo una pequeña mancha amarilla o roja, que no nos permite imaginar la dimensión de esa gran estrella, que nos provee calor y vida.

Mis hijas y mi familia saben que sueño con viajar a Hawái. ¡Desafortunadamente ese es un sueño que sí cuesta! Pero ¿qué sería de nosotros si no nos permitimos soñar? Los sueños le dan sentido a la vida, nos motivan, nos permiten tener esperanza, nos impulsan a construir o, cuando menos, entretienen nuestro tiempo de ocio. El sueño de ese viaje a Hawái es eso: esperanza y motivación que me sirven para ocupar mi tiempo de ocio. A menudo leo sobre posibles lugares que visitaría, excursiones que haría y en cuáles hoteles me gustaría hospedarme; puedo decir que ya he imaginado el viaje completo, esos diez o quince días en los que haría realidad uno de mis sueños más postergados.

Hawái representa el “Estado de Aloha”, el 50º Estado de los Estados Unidos, pero también es un archipiélago de origen volcánico, que incluye ocho islas principales. Si bien no podría visitar todo el archipiélago, quisiera no perderme el recorrer las calles y disfrutar de las bellas playas en Maui y Oahu. Si el dinero no me alcanza para más, lo que es casi seguro, porque, aunque mi bolsillo no pasa del estrato 4, mis gustos siempre han sobrepasado el estrato 6, lo que ha retardado concretar este sueño. Pero ¿qué sentido tiene la vida sin ellos?

Oahu (en hawaiano O’ahu) es la isla más poblada, con Honolulu como su capital. Allí empezaría mi recorrido. Entre nombres conocidos de esta isla están: Waikiki, Pearl Harbor y Diamond Head Crater Park. Cuando estoy planeando (o soñando) un viaje, lo primero que busco siempre es dónde hospedarme; tengo como candidato al Sheraton Waikiki Hotel, para quedarme durante siete días. (Si miran la foto de Google, entenderán por qué me gustaría este hotel).

Waikiki es un barrio de Honolulu que tiene unas playas y hoteles mundialmente reconocidos. Allí se concentran en la actualidad el 90 % de los hoteles de la capital, de tal manera que, si el bolsillo no me da para hospedarme en el Sheraton, seguro que encuentro otro a mi gusto. Sus playas, tristemente famosas por el ataque de los japoneses a Pearl Harbor, son ahora un destino vacacional no solo famoso, sino obligado para quien visite la isla. En sus tres kilómetros



de playa se alinean cocoteros, hoteles y restaurantes y, pese a su desarrollo, aún conserva muchos vestigios de su cultura e imponentes paisajes, como el que ofrece el volcán Diamond Head. El nombre de este último fue dado por marinos en el siglo XIX que confundieron los cristales de calcita, incrustados en la roca, con diamantes. En la actualidad se considera uno de los Monumentos Naturales de Estados Unidos. (Toda esta información es para que entiendan por qué sueño con visitarlo). Sería otra mirada al Mar Pacífico, con un fondo de historia dolorosa y aleccionadora.

En las playas de Waikiki anhelo ser espectadora de primera fila de los múltiples contrastes entre los tonos verdes y azules que ofrece el mar, bordeado por las playas de blanca arena, enmarcadas por la fila de los grandes hoteles que se levantan como gigantes blancos o grises y que, en las noches, con sus luces de varios colores impiden que el dios Poseidón se asome y asuste a los turistas. Quizá haya un instante en que recuerde otros viajes, otras playas, por sus palmeras, que conservan la misma identidad y son igualmente presas del viento, que mueve sus ramas en las tardes con una cadencia muy particular. Me imagino saboreando el famoso Hawaiian Shave Ice con leche condensada de Matsumoto o, al igual que en otros viajes que he hecho, a otros lugares del mundo, deleitarme con la brisa de la tarde, mientras bebo uno o varios cocteles. Podría agregar una excursión de un día al USS Missouri y todas las reliquias que se conservan como testigos del ataque a Pearl Harbor, ese que hasta ahora solo conozco por mis lecciones de historia en la secundaria o por algunas de las películas que le hacen referencia. Un crucero por la costa tampoco podría faltar y, como es importante asistir a espectáculos de arte o cultura, me gustaría ir a Ka Moana Luau en Sea Life Park, incluida la cena; sería un buen programa nocturno. He leído que se trata de un espectáculo único, que comienza y acaba con fuego y que ofrece danzas nativas. ¡Me sueño estando allá!

Yo soy una persona que, a pesar de haber nacido en un pueblo pequeño, me volví ciudadina.

No me puede faltar la visita a algún centro comercial y, en Honolulu, me gustaría visitar el famoso Ala Moana, el centro comercial de varios pisos, decorado con muchas plantas y en el que dicen se encuentran tiendas de las más prestigiosas marcas, locales y del mundo —con todo muy caro, por cierto— donde recrearía mi vista, aunque también recordaría las limitaciones de mi billetera. Espero, sin embargo, encontrar algunas ofertas que me permitan traer a casa algunos recuerdos; cuando viajo siempre le llevo a mi familia algún pequeño detalle, es mi forma de

decirles que siempre están en mi corazón. La guía turística dice que en algunos sectores de este centro hay espectáculos culturales, que de seguro disfrutaría mucho en las tardes, ya que, de Hawái, además de sus bellos paisajes naturales, me atrae, respeto y admiro mucho su cultura.

Continuando mi viaje, me imagino en Maui, hospedándome en el Wailea Beach Resort, unos cinco días (o en otro cercano, de acuerdo con mi presupuesto). Maui es una isla formada por dos volcanes que se unen en un istmo. El volcán más antiguo es el Mauna Kahalawai, también llamado West Maui Mountain. Al este se encuentra el Haleakala, un volcán más joven y grande con su cráter a 3050 metros de altitud.

La cultura de las islas está llena de mitos, leyendas y ritos que forman parte de todas las “ohanas” (familias) y para ellos este concepto abarca toda su dimensión. ‘Haleakala’ significa «casa del sol» en hawaiano, y cuenta la leyenda del semidiós Maui quien, desde la cima del volcán, enlazó al sol, mientras hacía su viaje por el cielo. Aunque ya no pueda ver al dios Maui enlazar al sol, espero poder visitar el Parque Nacional Haleakala; es un lugar, a mi modo de ver, de obligatoria visita. Además, quisiera comprar para mis hijas y familia –es decir, mi Ohana– esculturas en madera de Koa y collares o manillas que tengan algún significado. En Maui también incluiría un Tour de Avistamiento de Ballenas desde la Playa Ka’anapali. También recomiendan hacer el Crucero con Delfines y Snorkeling, pero hasta allí no llego yo. No me avergüenza confesar que no sé nadar, me da miedo meter la cabeza en el mar o en las piscinas, aunque tengan poca profundidad y ¡tampoco aprendí a montar en bicicleta!

Lo primero, entendí que obedece a un trauma de mi primera infancia: de niños, nos llevaba mi papá a visitar al abuelo, en un corregimiento cercano. Éste era dueño de muchas tierras, vivía en una gran casa –o al menos así la recuerdo– que quedaba a la orilla de “un gran río” que cruzaba por el inmenso patio. Allí nos llevaban a bañarnos y, sin ninguna consideración, mi mamá nos zambullía, esperando que perdiéramos el miedo al agua. Eso acabó con mis posibilidades futuras en natación. Mi abuelo murió y, cuando ya adolescente regresé a esa casa, ¡el “inmenso río” de mis memorias era solo una quebrada de unos dos metros de ancho y creo que ochenta centímetros de profundidad y, según me dijeron siempre fue así, por eso lo llamaban “La Sequía”! Aún no he podido superarlo y, a mi edad, está difícil, aunque no imposible. Por tanto, nada de esnórquel, buceo, etc. Están descartados en todos mis paseos. Cuando voy al mar, acostumbro, como la gran mayoría, entrar tímidamente hasta que el agua me cubra un



poco más allá de la cintura y esperar a que las olas, en analogía con aquellos que no saben ni tienen un propósito definido, me lleven y traigan a su antojo. Por supuesto, con las manos me mojo la cabeza o, con recelo, me agacho para que el cabello se humedezca. Pero, el mar es el mar y nadie se sustrae a su encanto.

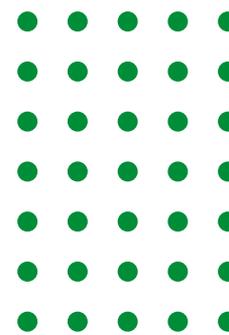
Podría seguir soñando y descubriría todos los muchos secretos, mitos y leyendas que esconde este archipiélago, pero por ahora lo dejo así. No creo posible que este sueño, que sí cuesta mucho dinero, pueda prolongarse más allá, aunque con la imaginación creo que podría, hasta regresar al momento en que el semidiós Maui enlazó al sol en uno de sus viajes al cielo.





Doris Virginia Tatis Mesa

Le gusta decir que es una muchacha de abril, nacida un 22 de abril de 1967, en un humilde hogar en Barranquilla (Atlántico). Tuvo grandes carencias y mucha abundancia de la magia de la ingenuidad infantil, cargada de sueños y fantasías. Desde pequeña, heredó de sus padres la pasión por la lectura, que siempre la ha acompañado a lo largo de su vida y la ha salvado en las batallas más duras. Se casó muy joven y emigró a Bogotá, con dos hijos. Trabajó en jardines infantiles y luego cuidó niños en casa. Quiere, en algún momento, estudiar y tener tiempo para leer.



Día de playa

Por Doris Virginia Tatis Mesa

Ir al mar para quienes nacimos cerca de él era mágico, maravilloso y divertido. Cuando llegaba el día de tan esperado paseo, la alegría nos desbordaba de gozo. Vivíamos en un barrio llamado Hipódromo, en Soledad (Atlántico), en casas del Instituto de Crédito Territorial. Crecí escuchando cómo fue que las consiguieron mis padres. La nuestra era una casa grande con callejón (o caja de aire, como le llaman también) con tejas de eternit y piso de cemento al que había que echarle agua para poder limpiarlo.

Éramos humildes. Mi madre planificaba y hacía la logística del dinero para comprar las viandas para llevar en canastos, para el arroz con pollo o con pescado frito, para las gelatinas y el agua de panela. Luego cuadraba los vestidos de baño que nos hacían ella o mi abuelita Viña y cogía a sus cuatro pela'os: Alvarito y Rafael (los dos mayores) y Doris y Claudia (las menores). Todos íbamos ataviados con trajes de playa y canastos en mano, en los que llevábamos de todo, incluyendo el alborozo de la niñez. Mi padre casi nunca iba, siempre fue un hombre muy adusto.

Después, cogíamos nuestro bus hasta la plaza de San Nicolás, donde era el paradero de los buses de Puerto Colombia. Había muchísima gente, era un hervidero de comercio y vendedores ambulantes. Como nosotros éramos playistas pobres, sin carro, esperábamos el bus. Cuando llegaban los buses, empezaba el tropel: mis hermanos corrían y se encaramaba por las ventanillas de esos buses viejos y, por ahí, mi mamá (con su metro cincuenta de estatura), uff, zas, les pasaba nuestros canastos de cosas. El griterío era ensordecedor. Luego, debíamos montarnos nosotras tres. Mientras tanto, los dos que estaban arriba habían puesto estratégicamente los canastos en puestos para que, al subir, estuviéramos cómodos. Qué hazaña, qué poderío. Íbamos de camino, nos golpeaba el viento en la cara. Qué emoción y alegría. Era deliiiiii.

Pasábamos de maravilla. Al caer la tarde volvíamos cansados, oliendo a sal, a sol y a felicidad. En ese momento, debíamos esperar a que pasara el bus de regreso y recorrer el camino a casa.

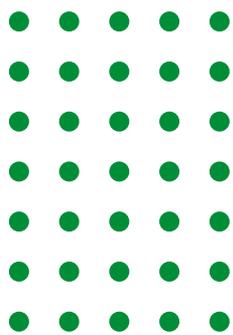
Estábamos satisfechos sin pensar en el ayer, ni en el mañana; era solo disfrutar y disfrutar. Al recordar, ya con pensamientos de adulto, veo en esos momentos que mi madre, amorosa y guerrera resiliente, nos procuraba, pese a las dificultades emocionales y económicas de nuestra vida, esos ratos para darle magia a nuestra niñez en ese momento.





Nelly Elvira Mosquera Zamudio

Es una mujer sexagescente; una libra que nació un 24 de septiembre. Tiene una historia de vida nutrida de experiencias que afirman el amor, el compartir, la solidaridad y la vida. Se declara librepensadora, piensa y trabaja en colectivos para que otro mundo, muy humano, sea posible. Viajera cuando la vida le permite salir a navegarla y hacer pausas para darse, de vez en cuando, un baño verde, de inmersión en un bosque o recibir el abrazo de la naturaleza, llamado Shinrin-Yoku. Está convencida de que ser pensionada no es jubilarse de la vida; participa en ella practicando el envejecimiento activo, acumulando juventudes, aprendiendo escritura creativa y construyéndose cada día, como un ser humano de mente abierta, solidario, amoroso y democrático.



Un viaje a la espiritualidad de la madre tierra

Por Nelly Elvira Mosquera Zamudio

El Valle del Cocora, situado en la cordillera central de los Andes colombianos, en pleno eje cafetero, es uno de los sitios hermosos del planeta Tierra en el que crece la Palma de Cera del Quindío, el árbol nacional de Colombia.

Los paisajes que ofrece nos hacen sentir vivos, que somos tierra y pensar la espiritualidad de la tierra, aquella que conecta con el universo y permite respirar, ver y sentir el frío que penetra; conectarse, darse un baño verde y vaciar la mente de pensamientos negativos para escuchar al corazón. Es una experiencia energética única. Una realidad que abraza.

Contemplar el valle es hacerse cómplice de la cópula del Big Bang y la creación, del amor y el miedo, de la vida y la muerte, del tacto y la piel, del aire y el pulmón... del ser humano y la naturaleza, de las estrellas y los soles.

Gigantes seres vegetales son las palmas, con 60 metros de altura. Crecen entre 1500 y 3000 metros sobre el nivel del mar. Una capa gruesa de cera recubre su tronco y se utilizaba para elaborar velas, lo que provocó la tala de muchos individuos. Los humanos casi la extinguen y hoy día se protege. Sin embargo, la palma de cera sigue amenazada, sus brotes se los comen las vacas y cerdos y sus plántulas mueren si les da directamente el sol. Hoy están protegidas como Patrimonio de la Unesco. Cuando se está ante una palma de cera, se entiende por qué el ser humano no domina la Tierra: no se considera uno con ella.

El Valle del Cocora es la puerta de entrada del Parque Nacional Natural de los Nevados, cuyos ecosistemas también están protegidos. Se encuentra a unos 25 kilómetros de Salento, un bello pueblo del departamento del Quindío, que se encuentra en la Cordillera Central de los Andes y en el corazón del llamado Eje Cafetero.



Como nos dice Walt Whitman, “Aprovecha el día” —CARPE DIEM—... Aprende de quienes pueden enseñarte... No permitas que la vida te pase por encima sin que la vivas... Aprovecha el viaje: para llegar a Salento se puede viajar por tierra o avión, hasta Armenia o Pereira. Se toma un jeep Willys que, en más o menos 30 minutos, deja al visitante a la entrada del valle. El almuerzo lo puedes llevar o comprar en alguno de los restaurantes y lo empacan muy bien.

En el Valle del Cocora cambia el clima. Oscurece pronto, la recomendación es llegar temprano para disfrutarlo. Llueve bastante y a veces te abraza la niebla. Una chaqueta o impermeable, zapato deportivo y agua, te harán más agradable el camino, los árboles te brindarán un baño verde, muy saludable. Conéctate con la naturaleza.

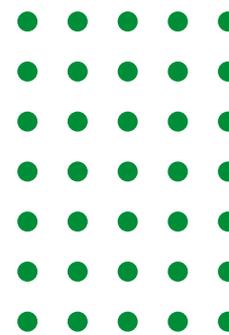
Ve al Valle del Cocora, acércate con otros ojos, medita, háblale a la palma de cera. ¿Qué le quieres decir? ¿Qué te dice? Entra en comunión con cada una. Luego, al regresar a casa, despídete con un abrazo amoroso a todos sus elementos que, como expresión de un Todo, te sumergen en la espiritualidad de la madre tierra.





Sandra Ximena Rubio Lobo

Agarrada de la mano de su mellizo, nació en Bogotá en 1966. Su pasión, que aún ejerce, es el servicio a la humanidad desde su carrera, la Odontología. Además de sus hijos, su otra pasión, la escritura –herencia de su padre– estaba dormida. Esta despierta un día en que, paseando por las redes, se encuentra con Historias en Yo Mayor. Desde ese momento han sido días y noches de contar, de escuchar, de aprender, de revivir historias; una de ellas la que hoy se plasma como una parte de este maravilloso viaje.



Ese viaje que cambió el rumbo

Por Sandra Ximena Rubio Lobo

Fue una semana después de haber recibido mi cartón cuando llegó la llamada tan esperada. Esa voz me dijo: “Deberá tomar un transporte que la lleve a la ciudad de Arauca. El domingo 30 de julio, buscará un sitio donde pasar la noche y el día primero de agosto se presentará a la oficina de recursos humanos de la Secretaría de Salud donde se le asignará el sitio en el cual vivirá para realizar su servicio social obligatorio”.

Estaba con los ojos aguados, a lo mejor por el miedo que me producía salir de mi casa por primera vez a vivir en otro sitio; o tal vez por la tristeza de dejar a mi familia, a mis amigos y a mi espacio; o quizá por el temor de enfrentarme a una tierra absolutamente desconocida para mí, de la que solo sabía, por las clases de geografía en las que ubiqué este lugar en un mapa, y entonces más o menos sabía, dónde quedaba. No tenía ni idea de qué clima tenía, quiénes la habitaban y cuáles serían sus costumbres. Todo era un misterio para mí en ese momento.

Con la ayuda de mi madre, empaqué una maleta grandísima que, además de ropa y objetos de aseo y supervivencia, tenía otras cosas de altísima importancia: mi grabadora y colección de casetes de música variada, mi peluche de Snoopy preferido, mi cuaderno de escritos –por esa época me gustaba mucho escribir– y mis fotos preferidas. Ese domingo mis padres y mis amigos muy especiales salieron a despedirme. ¡Me fui sola a ese viaje!

Aunque yo sabía que esta zona era llamada “zona roja” por aquello del orden público, llegué con la expectativa de que sería una de las mejores experiencias que la vida me brindaría. Una vez se me asignó el municipio al cual me debía dirigir, se me envió en una pequeña avioneta de la cual, al subirme, sobresalía mi enorme y pesada maleta. Era como el presagio de que ese viaje sería más largo de lo inicialmente proyectado.

Fue ahí cuando pude apreciar la incomparable belleza que el inmenso llano exponía. De verdad que esa visión me hizo sentir un magnetismo que se mantuvo desde ese primer momento;

sentí que me atrapó. Después de una hora de vuelo a ras de la llanura, donde no se ve ni una sola montaña, llegué a mi destino. Allí me esperaba un señor exponente neto del habitante del llano: sus cotizas, su sombrero y su poncho lo definían.

Se me acercó y me preguntó: “¿Es usted la catira que viene de rural?”, y enseguida se presentó: “Yo soy Héctor, el encargado de acompañarla a donde será su casa, pero déjeme primero llevarla a presentarla a algunas personas del pueblo”. En un Jeep, que además hacía las veces de ambulancia, carro oficial y transporte especial, nos encaminamos por la calle principal de Puerto Rondón, ese hermoso pueblo enmarcado por la imponencia del río Casanare. Recuerdo la picaresca advertencia que el señor Héctor me hizo: “Si usted toma agua de ese río, acá se queda, de acá ya no se va”. Creo que en ese momento hice caso omiso a su advertencia, pero después me di cuenta de que ese pueblo quedó enclavado para siempre en mi historia.

Ese mismo día conocí al alcalde y su esposa, al personero, al juez, al sacerdote, al gamonal y una de sus muchas esposas, a la señora que me proporcionaría los alimentos, al personal del hospital, que en realidad era un pequeño centro de salud, y, por último, entramos en la casa que en adelante sería mi hogar: la “casa médica”. Era una hermosa casita como sacada de un cuento de fantasía; allí estaban los recién llegados rurales de medicina, bacteriología y enfermería y un médico de planta, con quienes conformamos un grupo muy bonito, con el cual poco a poco creamos y compartimos grandes momentos. Ese grupo pasó a ser la familia que todo el pueblo nombraría como “los del hospital”.

Para aquella época no existían celulares, ni modos de comunicación diferentes a la cabina de Telecom, donde, para recibir o hacer una llamada, principalmente a la familia, era necesario concertar una cita y esperar pacientemente a que el niño mensajero corriera a la casa o al trabajo a avisar: “¡Ya, ya salió llamada, corra a tomarla antes de que se caiga!”. Era en ese momento cuando tocaba tomar la bicicleta disponible ¡¡y corra!!, y así poder saber de ellos, y ellos de uno.

Vivíamos entregados al trabajo diario donde se cumplía un estricto horario y nos empeñábamos en brindar lo mejor de nuestro conocimiento para suplir las necesidades de salud de la gente del pueblo. La acogida, el respeto, la gratitud y la admiración de la gente llanera, poseedores de una admirable autenticidad, era el pan con el que nos alimentábamos. Esa gratitud nos la expresaban con regalos que diariamente nos turnábamos en recibir: gallinas, naranjas, huevos,



arroz y todo tipo de productos cosechados por ellos mismos. Nunca se nos podía pasar por la mente rechazar algún presente, pues esto sería un insulto hacia el bondadoso personaje.

Es por esto por lo que, a cuanto bautizo, matrimonio, evento o festividad que nos invitaban tendríamos que asistir. Era un honor para nosotros que se nos contara dentro de sus invitados, como un honor para ellos que nosotros asistiésemos.

En el tiempo de verano, el río forma unas playas comparables con las paradisíacas playas caribes. Así que en los fines de semana nos disponíamos a broncearnos y a pasar momentos de relajación, cual viaje de placer en una gran playa de otro continente, sin olvidar los atardeceres y amaneceres que definitivamente quedan tatuados en nuestra memoria como uno de los regalos más hermosos del cielo.

Llegaron las festividades típicas patronales, su respectivo reinado, alboradas, muchos “parrandos llaneros” y las tardes de coleo. Obviamente no nos podríamos perder nada de todo esto. Poco a poco nos fuimos involucrando con todo lo que era propio del pueblo y, a su vez, los habitantes de este mágico lugar nos involucraron también en sus arraigos, costumbres y cotidianidad. Poco a poco habíamos pasado a ser parte de su pueblo y de las historias que allí transcurrían.

Cuando nos dimos cuenta, ya usábamos su léxico, ya preferíamos sus comidas, ya nos habíamos aprendido sus canciones y ya bailábamos su música... Ya nos sentíamos llaneros de adopción y de corazón. Nacieron historias de amor dignas de ser contadas y muchas terminaron en un final feliz.

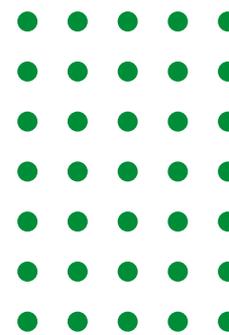
La advertencia del señor Héctor fue profética: tomar agua del río Casanare haría que uno se quedara para siempre allí. El río, el llano, sus amaneceres, sus atardeceres y su paradisíaco paisaje quedaron para siempre en mí. Aunque este no fue un viaje planeado con anterioridad, ni con fines vacacionales ni de placer, creería que ha sido el mejor viaje de mi vida y lo repetiría una y más veces si así fuera. Porque no importa a dónde se viaje, qué tan lejos, qué tan cerca, en avión, barco, carro o a lomo de yegua, sino quién viaja y quién está junto a uno.

Siempre hay un antes y un después, y ese viaje fue el hecho que marcó el antes y el después en toda mi historia.



Martha Moreno

Fue recibida por la vida el 5 de abril de 1960 en Pachavita, Boyacá (Pacha: madre y vita: vida). Pasó y vivió intensamente la primaria, en la escuela estatal; y el bachillerato, en colegio estatal. Estudió publicidad en la Universidad Jorge Tadeo Lozano. No la ejerció suficientemente. Se dedicó al comercio internacional y esa fue su profesión hasta hace poco. Sus pasiones son caminar y hacer ejercicio; sus gustos, bailar, meditar y hacer tortas. Dice que le parece lindo poder escribir su historia, redactando de una manera estética, con gracia y profundidad. También disfruta poder escuchar otras narraciones para enriquecer la forma de construir ideas en el papel.



Mi viaje más grandioso

Por Martha Moreno

Mi madre me contaba que cuando yo era pequeña, de unos 3 o 4 años, mi papá, al ver que me servían la comida y yo no comía, me ponía en su canto y empezaba a darme cucharaditas. Él sabía que, si no me daban así, yo no comería, pues me embelesaba hasta con el aleteo de una mosca... Era como si estuviera en otro mundo.

Mis padres tuvieron que emigrar de Boyacá al Valle del Cauca, pues por circunstancias adversas perdieron su casa y ellos tuvieron que dividir los trece hijos en tres grupos: unos se quedaron en Tunja, los más grandes; los del medio los dejaron en Pachavita (Boyacá) con unos tíos; y a los menores nos llevaron para el Valle. Luego, los que estudiaban en Tunja se fueron para Bogotá a buscar mejor futuro, pues no es que les gustara mucho el campo. Al cabo de unos años, todos emigramos para Bogotá y logramos reunificar la familia; vivíamos en una casa grande en donde cabíamos todos.

Como deben ser las cosas, cada uno fue haciendo su vida; unos se casaron, otros se arrejuntaron y los más liberales no quisimos el matrimonio. En mi caso particular, desde joven sentía una inconformidad con la forma como veía la vida en general, nada me llenaba y crecían en mí unas ganas de cambiarla, de transformar todo el funcionamiento de la sociedad. Pero con el paso del tiempo, me di cuenta de que no bastaba con cambiar la sociedad en su forma, si no había un cambio profundo y radical en la manera de pensar, de actuar y, sobre todo, a nivel espiritual de cada individuo. Debía abarcar tanto a la sociedad como a mí misma. Si esto no se daba, pues no iba a pasar mucho.

El paso por la escuela marcó mucho mi vida. Había una profesora de filosofía que contaba que la verdadera sabiduría no estaba en los libros, sino que había lugares como la India en donde estaban los grandes sabios. “¿Sabios?”, pensaba yo, “¿Cómo así? O sea que ¿hay otro saber diferente al académico?”. Umm... sentí que eso parecía romperme el cerebro y me pareció

simplemente fascinante poder algún día ir a conocer a esos sabios y, sobre todo, tener acceso por mí misma a esa sabiduría.

Así es como este cuerpo, esta mente y este espíritu dieron comienzo al mayor viaje de mi vida: el conocimiento de mí misma. Tal vez si descubría quién era yo, entonces sería posible, ahí sí, tratar de cambiar esta realidad. Empezó entonces la búsqueda libresca y, por ahí, descubrí un libro que se llama Budismo Zen y Psicoanálisis. ¡Allí se esbozaba que era posible penetrar profundamente en el ser e indagar quién rayos soy! Uy, qué delicia de descubrimiento; sin embargo, era solo el comienzo, pues me inquietaba saber dónde podría iniciar esa búsqueda. Así que indagué y curioseé, hasta que un buen día, de manera casual, llegó a mis manos una tarjeta que tenía la dirección de un sitio de meditación zen.

Allí fui a parar y desde hace ya un tiempo no he dejado de meditar, y claro, el hallazgo ha sido espeluznante, pues jamás pensé que hubiera tanto dentro de mí misma que podría empezar a ver y, por supuesto, a cambiar, para desde ahí sí formular propuestas para pretender cambiar el mundo. No quiero decir que hasta que no termine de conocerme y de indagar en lo profundo de mí misma no pueda emprender acciones para cambiar lo que veo... Para mí ha sido un proceso de muchos años, de pura confrontación sobre lo que creo ser y lo que soy realmente y, sobre todo, para comprobar por mí misma que existe otra realidad diferente a la palpable de la que aún no se conoce mucho pero que está ahí a la espera de ser descubierta.

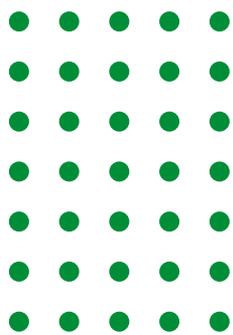
Los demás viajes a sitios y lugares hermosos, claro que los he realizado, pero este viaje hacia mi interior ha sido el más enriquecedor, el más colorido, el más cálido, el más agreste y el más memorable. Espero que perdure hasta el fin de mis días.





Gladys Navarrete

En Bogotá, en 1956, nació Gladys, una niña tierna e inocente, la segunda hija de un hogar capitalino conformado por diez hijos, seis hombres y cuatro mujeres. Siempre la caracterizó su amor por la lectura, su mejor momento del día era cuando se sentaba al lado de su padre a leer el suplemento literario del periódico en el que trabajaba él como corrector de redacción, El Tiempo. Estudió secretariado, donde aprendió herramientas que la posicionaron como secretaria en laboratorios y centros médicos privados. Encontró el amor a la edad de 20 años. Conformó un hogar con quien sería su pareja de vida: Julio. Con él tuvo grandes aprendizajes y tres hijos con los que descubrió su amor por la enseñanza, por este motivo decidió estudiar un Técnico en Educación Preescolar, donde pudo explorar la hermosa formación de la primera infancia. Su hija menor le envió el enlace de la Escuela Virtual, ella ingresó y está aprendiendo la manera de expresarse por medio de la escritura.



Una mirada

Por Gladys Navarrete

Es una tarde muy soleada. El cielo tiene nubes, pero se resisten a juntarse, pues el sol, astro soberano, es el que reina esta tarde.

El auto, en el que yo viajaba, se detuvo frente a un paradero y allí solo, sentado, había un hombre anciano, con sus ojos apagados por los años. Denotaba una tristeza y soledad que rayaba en amargura. Miraba todo y a todos sin expresar nada. Su cuerpo era delgado y de baja estatura; lo supe porque sus pies colgaban del asiento en que estaba sentado. Metía sus brazos debajo de la ruana de colores que le cubría la mitad del cuerpo.

De repente, su mirada se encontró con la mía, yo sonreí, pero él ni siquiera parpadeó. Siguió con su gesto serio como si yo no estuviera allí.

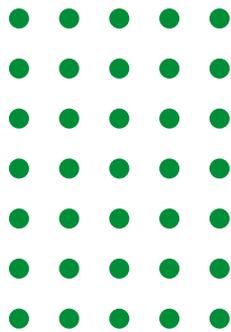
Ya me tengo que ir y el anciano frente a mí me mira sin mirarme.





Raquel Casallas

Nació en Bogotá un Domingo de Ramos del mes de abril, en el año en el que las mujeres votaron por primera vez en Colombia. Desde muy niña descubrió que su vocación estaba en la enseñanza, sueño que cumplió al licenciarse en el área de Ciencias Sociales con especialidad en Historia. Fue la pedagogía la que durante más de treinta años le permitió comprender la condición del ser humano. Satisfecha de haber contribuido en la formación de niños y jóvenes, se jubiló hace nueve años. Actualmente vive en el campo rodeada de flores, pájaros y árboles, ambiente natural que disfruta con su familia y que resulta un buen disparador de sus escritos. La lectura, el arte y el trabajo comunitario son pasiones que comparte con amigos como Aura y Wálter, quienes la invitaron a Historias en Yo Mayor, una experiencia maravillosa que le ha permitido cumplir sus deseos de adentrarse en lo más profundo de su mente al relatar sus propias historias.



Gente de bien

Por Raquel Casallas

Nubes de polvo se levantan,
fuertes ruidos se escuchan,
un hipopótamo rojo de alta gama
se aproxima, a gran velocidad.

¡¡Llegaron los patrones!!
Genaro y Matilde vuelan aturridos,
quitan broches, abren rejas,
espantan canes y gallinas.
El monstruo ya llegó.

Unos ojos vivarachos
se esconden tras las palmas,
sienten miedo,
no se atreven a saludar.
Blusa de blonda,
falda de lino color pastel.
Trepada en sus plataformas,
mira el paisaje con pequeñez.

Guayabera importada,
pantalón bombacho de nieve,
sombrero vueltiao y



golfi en cuello y muñeca,
brillan con nitidez.
Oiga, patirrajada tráiganos algo de beber,
el viaje fue muy largo y tenemos mucha sed.
Póngase el uniforme,
no sea tan igualada y no me levante la voz.

Guácale, gas, huele muy mal.
¿Fumigaron otra vez?
Abran ventanas y puertas
que no aguanto la hediondez.

Póngale a calentar agua al señor,
ya sabe que tiene hemorroides
y los baños de asiento
con caléndula le van mejor.

Alísteme a mí el jacuzzi que me quiero refrescar.
La ciática me atormenta,
me ataca una jaqueca,
seguro la meno, ya se acerca.

Hoy es domingo, día para descansar,
ustedes son los sirvientes
que bien pagos están
nosotros en cambio, sí podemos holgazanear.



CONCLUSIONES

Nobles damas y mozos a quienes hemos dedicado estas páginas para consolarlos; creemos haber cumplido nuestro propósito y, por ello, damos gracias. Antes de dar reposo a nuestra pluma, queremos hacer algunas aclaraciones. Los relatos aquí contenidos, siguiendo lo propuesto por Giovanni Boccaccio, pueden ser buenos o malos, según las personas que los lean. “Porque el vino haga daño a los enfermos, ¿hemos de decir que sea malo?... Si una mente no está sana, no puede interpretar sanamente las cosas”. Esto ocurre con estas historias, si alguno quiere sacar mal consejo, puede hallarlo, pero el que sepa sacar buen fruto, encontrará utilidad. Por demás, se trata del esfuerzo de más de ciento noventa y cinco personas que, durante siete semanas, compartieron en virtualidad encomendados al arte de escuchar y contar historias por el simple y generoso placer de hacerlo. Más de seiscientos textos fueron depurados y, finalmente, sesenta y siete seleccionados para componer este volumen. Las páginas de este libro digital responden al trabajo colectivo que aquí se describe, como también se reconoce, a continuación, el nombre de cada uno de los integrantes de la tercera cohorte de la Escuela Virtual de Historias en Yo Mayor. Nada de esto sería posible sin su confianza y complicidad. Este es su libro.



LISTA DE PARTICIPANTES

Adriana Magaly Camacho Parra

Alberto Suárez Villamizar

Alcibiades Hernández Oviedo

Alcira Sosa

Alejandro Bautista Tirado

Alfredo Gutiérrez

Alicia Botero Perilla

Alonso Grillo

Amparo Bedoya Serna

Amparo Salazar

Ana Beatriz Peralta

Ana Briguetta De Los Ríos Vargas

Ana Dolores Muñoz

Ana Fabiola Martínez

Angela Ruth Arteaga Rojas

Argeni Buitrago Pérez

Ayda Luz Martínez

Beatriz Cecilia Álvarez Arias

Beatriz White

Belcy Pinzón

Betsabé García De Barros

Blanca Aleida Vacca Arango

Blanca Denis Serrato

Blanca Melba Herrera Viera

Blanca Miryam Albarracín Rodríguez

Blanca Nelly Pico

Carlos Amador López Belalcázar

Carlos Arturo Martínez Garzón

Carlos Arturo Rodríguez Pinilla

Carlos Jaramillo

Carmen Gloria Zuluaga Palacio

Carmen Lucía Rodríguez Díaz

Carmenza Montes

César Augusto Leal Olaya

Cielo Najjar

Clara Catalina Ortega Riaño

Claudia María Orozco Álvarez

Claudia Rocío Hernández Roncancio

Clemencia Pinilla González,

Cristian Sierra Perdomo

Cristina Hernández

Daniel Alfredo Franco Ardila

Darío de Jesús Velásquez Giraldo

Dolores Arismendi

Dora Cecilia Lopera Ruiz

Doris Virginia Tatis Meza



Edith María Ávila
 Edna María Sinisterra Sinisterra
 Eduardo Alberto Sánchez Durán
 Eduardo García Castellanos
 Eduvigis Santana
 Elisio Alvarado
 Elizabeth Calderón Delgado
 Elvia Amaya
 Enrique Álvaro González
 Evelyn Russi Díaz
 Fernando Bobadilla Contreras
 Fernelly Mondragón Gordillo
 Flor Ángela Castillo
 Florentina Mayorga
 Francia Cecilia Arenas de Britton
 Freddy Alberto Lozano Santa
 Germán Cepeda Giraldo
 Gilberto Zamudio
 Gladys Navarrete
 Gloria Cristina Hernández
 Gloria Elena Osorio C.
 Gloria Milena Páez
 Guillermo Héctor Panizza Vázquez
 Gustavo Del Cristo Herrera Bobb
 Herminia García Castilla
 Hernán Darío Correa
 Hilda Lucía Quintero Serna
 Humberto Caicedo Parrado
 Humberto Saavedra Jiménez
 Idaly Tamayo Ávila

Inés Elisa Méndez
 Isabel Velandia
 Jaime Alberto Castiblanco
 Jaime García Ramos
 Jairo Ignacio Salgado Penagos
 Jesús Arley Balcázar Trochez
 Jesús Crisanto
 Jesús Gallego Rodríguez
 Jorge Enrique Olarte
 José Fernando Ballén
 José Humberto Guerrero
 José Lino Ballesteros
 José Omar Plazas Colmenares
 Juan Forero Papagayo
 Juan Rodríguez Arias
 Julieta Escobar Giraldo
 León Jairo Álvarez
 Liccy Bernal
 Ligia Alicia Díaz Jamondino
 Lilia Leonor Torres
 Lubis María Rivera Cantillo
 Lucila Niño
 Lucio José Cortés Ramírez
 Luis Alberto Lara Hernández
 Luis Carlos Uribe
 Luis Carlos Vélez Barrios
 Luis Enrique Toro
 Luis Guillermo Guzmán Cifuentes
 Luis López
 Luisa María López Mejía



Luz Marina Basto
Luz Marina Cabrera Chávez
Luz Marina Correa
Luz Marina Olarte Forero
Luz Myriam Bautista Lasprilla
Luz Myriam Palacios Rico
Manuel Olivo Moreno Herrera
Margy León de Buitrago
María Ángela Pacheco Giraldo
María Angélica González
María Aurora Martínez
María Auxiliadora Pacheco Blanco
María Claudia Melo Gaviria
María Constanza Sánchez Romero
María Consuelo Guevara Díaz
María Consuelo Meléndez González
María del Carmen Cervantes
María Del Carmen Sierra
María Del Carmen Tovar Cubillos
María Elena Sarmiento
María Elisa Buitrago Martin
María Emma Leguizamón Sánchez
María Eugenia Beltrán Franco
María Fanny López Córdoba
María Galindo
María Gumercinda Guerrero
María Helena Alarcón Sarmiento
María Obdulia Fula Iriarte
María Teresa Mora Saldarriaga
María Virginia Herrera
María Vitalia Sánchez Maldonado
María Yolanda Rodríguez Niño
Mariela Ingrid Cubillos Vanegas
Mariela Solano
Marisol Camargo Guío
Marta Franco
Marta Ligia Hidalgo Flórez
Marta Lucía Pinzón
Marta Rodríguez de Perdomo
Martha Benavides
Martha Cecilia Muñoz Ruiz
Martha Cecilia Pabón
Martha Janeth Zafra Martínez
Martha Liliana Sarasti León
Martha Lucía Castaño Botero
Martha Lucía Sarria Materón
Martha Lucía Tavera de González
Martha Moreno
Melanio Bartolo Monzón Miguel
Antonio Peña Peña Mireya Salas
Nancy Velásquez
Nelcy Cuéllar Ibáñez
Nelly Mosquera Z.
Nelly Peña
Néstor Benavides
Nicolasa Burgos Molina
Olga Lucía Mejía Sierra
Orlando Uribe Buitrago
Pedro Emilio Cifuentes

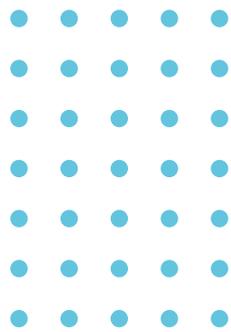


Pedro José Dávila
Pilar Cristina Barrera Silva Ramón
Efraín Barrios Martínez
Raquel Casallas Carreño
Raquel María Caraballo
Riemer Peña Vargas
Rodrigo Alberto Martínez
Rosa Dueñas
Rosa Gilma Fuquen López
Rosa María Cano
Rosa Quesada Cortés
Rosalba Navas de Ávila
Rubén Darío Parra Contreras
Rubiela Tapasco Arenas
Salvador Sánchez
Samantha Torres
Sandra Gimena Rubio Lobo
Sara Bonilla Torres
Stella Castro Enciso
Teresa Del Pilar Marroquín Medina
Teresa Luque
William Chacón Rodríguez
William Restrepo Tícora
Yolanda Eunice Gutiérrez López
Yolanda Suárez Suárez
Zor Yamira Jérez Sáenz
Zunilda Becerra





Este libro se terminó de realizar en febrero de 2023, en medio de lo que parece ser el fin de la pandemia del Covid-19.





escuela virtual

HISTORIAS EN
YO MAYOR

3.0

